

Relatos del antimundo



10331-F-8131313

2

La hipotética existencia de mundos paralelos, de universos en los que la vida humana puede adoptar formas sincrónicas a las que en el instante actual vivimos en nuestra propia dimensión, es el tema apasionante de estas historias que superan la fuerza dramática y el clima de terror de los cuentos de Lovecraft. De una de estas historias —la titulada **La mosca**— se ha dicho que es el mejor relato terrorífico del siglo xx. El problema del tiempo, de la distensión subjetiva de las coordenadas espacio-temporales y su realidad en una dimensión extraña a nuestra percepción lógica, alcanza en estas narraciones una fuerza alucinante. George Langelaan, inglés nacido en París en 1908 —su padre trabajaba en la edición continental del *Daily Mail*—, explota desde un ángulo literario las más impresionantes hipótesis científicas en una fórmula renovadora de la ciencia-ficción.



George Langelaan

Relatos del antimundo

Antologías de Ciencia Ficción Caralt - 2

ePub r1.6

Titivillus 26.08.16

Título original: *Nouvelles de l'Anti-Monde*

George Langelaan, 1976

Traducción: Fernando Sánchez Dragó

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2



La ciencia-ficción va mal, se oye decir por todas partes, excepto en la U.R.S.S.

Efectivamente, hubo un tiempo en que sólo en los Estados Unidos se publicaban treinta y cinco revistas de ciencia-ficción. En cierta ocasión preguntaron a Arthur C. Clarke si había lectores que compraban esas treinta y cinco revistas todos los meses. Y Clarke contestó: «Suponiendo que los haya, cabe preguntarse cómo se las arreglan para ocultarse unos paquetes tan voluminosos a la vigilancia de los guardas del asilo donde sin duda están encerrados».

Tenía razón: de nada se halla tan necesitado el género como de un poco de sangre nueva. Necesitado de autores que no sean, también ellos, fanáticos de la ciencia-ficción, y que no consagren todos sus esfuerzos a la imitación de Bradbury, Clarke o Poul Anderson. George Langelaan es el representante perfecto de este nuevo tipo de escritor. Lee mucho, pero casi nunca ciencia-ficción. Y extrae sus temas tanto de una rica experiencia vital como de unos sueños y pesadillas que nada tienen de ordinario.

La historia más célebre del presente volumen es «La mosca», que muchos críticos han considerado con justicia, «el cuento más terrorífico escrito en el siglo XX», y en la cual se ha inspirado una película que no consigue hacer olvidar la versión literaria del tema, pero que a pesar de ello sobrecoge y espanta al espectador.

Los otros relatos del libro están a la altura de «La mosca». En todos ellos existe un motivo común: el tiempo y sus misterios. Ya H. P. Lovecraft había dicho que la lucha contra el tiempo es el único tema digno de un novelista.

Tal lucha se plantea, bajo formas diversas, en la mayor parte de las narraciones que constituyen el presente volumen.

Apenas sabemos nada sobre el tiempo. Éste no corre igual para un objeto en movimiento que para un objeto inmóvil. El tiempo fisiológico,

por tanto, no coincide con el de los relojes. La nueva relatividad de Milne y Haldane establece una sutil distinción entre el tiempo cinematográfico y el dinámico.

No faltan, dentro de la ciencia-ficción, los relatos sobre el tiempo, pero éstos de George Langelaan son particularmente originales, tal vez porque nacen de una experiencia interior. «Hay mucho que enseñar a través de la auténtica ficción», se ha escrito más de una vez. La afirmación resulta especialmente válida aplicada a las páginas que siguen.

JACQUES BERGIER

LA MOSCA

*«A Jean Rostand, que un
día me habló largamente de
mutaciones.»*

Siempre me han dado horror los timbres. Incluso durante el día, cuando trabajo en mi despacho, contesto al teléfono con cierto malestar. Pero por la noche, especialmente cuando me sorprende en pleno sueño, el timbre del teléfono desencadena en mí un verdadero pánico animal, que debo dominar antes de coordinar lo suficiente mis movimientos para encender la luz, levantarme e ir a descolgar el aparato. Y aun entonces, necesito hacer un verdadero esfuerzo para anunciar con voz tranquila: «Arthur Browning al habla». Con todo, no recupero mi estado normal hasta que reconozco la voz que se dirige a mí desde el otro extremo del hilo y no me siento absolutamente tranquilizado hasta que sé por fin de qué se trata.

En aquella ocasión, sin embargo, pregunté con mucha calma a mi cuñada cómo y por qué había matado a mi hermano, cuando me despertó a las dos de la mañana para anunciarme el atroz asesinato y para pedirme por favor que avisara a la policía.

—No puedo explicártelo por teléfono, Arthur. Llama al cuartelillo y ven después.

—¿No sería mejor que te viera antes?

—No. Es preferible prevenir a la policía sin perder un minuto. De no hacerlo así, van a imaginarse demasiadas cosas y a hacer demasiadas preguntas... Les va a costar bastante trabajo creer que lo he hecho yo sola. En realidad, convendría decirles que el cuerpo de Bob está en la fábrica. Tal vez quieran pasarse por allí antes de venir a buscarme.

—¿Dices que Bob está en la fábrica?

—Sí, debajo del martillo-pilón.

—¿Del martillo-pilón?

—Sí, pero no preguntes tanto. Ven, ven de prisa, antes de que mis nervios se nieguen a sostenerme. Tengo miedo, Arthur. ¡Compréndelo, tengo miedo!

Y, cuando colgó, también yo tenía miedo. Hasta aquel momento había escuchado y respondido como si se tratara de un simple asunto de negocios, y sólo entonces empecé a comprender el verdadero significado de las palabras de mi cuñada.

Estupefacto, tiré el cigarrillo que había debido encender mientras hablaba con ella y marqué, dando diente con diente, el número de la policía.

¿Han intentado alguna vez explicar a un soñoliento sargento de guardia que acaban de recibir una llamada telefónica de su cuñada para anunciarles el asesinato de su hermano a golpes de martillo-pilón?

—Sí, señor, le comprendo muy bien. ¿Pero quién es usted? ¿Su nombre? ¿Su dirección?

En aquel momento, al otro lado del hilo, el inspector Twinker se hizo cargo del aparato y de la dirección de las operaciones. Él, por lo menos, pareció comprenderlo todo y me rogó que le esperara para que fuéramos juntos a casa de mi hermano.

Tuve el tiempo justo de ponerme un pantalón y un jersey, y de coger al pasar una vieja chaqueta y una gorra, antes de que un coche de la policía se detuviera frente a mi puerta.

—¿Tiene usted un vigilante nocturno en la fábrica, míster Browning? —preguntó el inspector mientras arrancaba—. ¿No le ha telefoneado?

—Sí... No. Efectivamente, es curioso., Aunque mi hermano ha podido pasar a la fábrica desde el laboratorio, donde generalmente se queda hasta muy tarde, a veces durante toda la noche.

—¿Entonces Sir Robert Browning no trabaja con usted?

—No. Mi hermano realiza investigaciones por cuenta del Ministerio del Aire. Como necesitaba tranquilidad y un laboratorio cercano a un lugar donde pudiera encontrar en cualquier momento toda clase de piezas, pequeñas y grandes, se instaló hace algún tiempo en la primera casa que hizo construir nuestro abuelo, sobre la colina, cerca de la fábrica. Yo le cedí uno de los talleres antiguos,

que ya no utilizamos, y mis obreros, trabajando bajo sus órdenes, lo transformaron en laboratorio.

—¿Sabe usted con exactitud en qué consisten las investigaciones de Sir Robert?

—Casi nunca habla de sus trabajos, que son secretos. Pero supongo que el Ministerio del Aire está al corriente. Yo sólo sé que se encontraba a punto de terminar una experiencia en la que llevaba varios años trabajando y por la que demostraba un gran interés. Algo relativo a desintegración y reintegración de la materia.

Frenando a duras penas, el inspector viró en el patio de la fábrica y detuvo el coche al lado de un agente uniformado, que parecía esperarle.

Por mi parte, no necesitaba escuchar la confirmación de labios del policía. Era como si supiera, desde mucho tiempo atrás, que mi hermano estaba muerto. Al bajar del coche, me temblaban las piernas como a un convaleciente en su primera salida.

Otro policía, salido de la sombra, vino a nuestro encuentro y nos condujo hasta un taller brillantemente iluminado. Alrededor del martillo-pilón montaban guardia varios agentes, mientras tres individuos vestidos de paisano se dedicaban a la instalación de pequeños proyectores. Vi la cámara fotográfica dirigida hacia el suelo y tuve que hacer un violento esfuerzo para apartar los ojos de él.

Sin embargo, era menos espantoso de lo que había pensado. Mi hermano parecía dormir boca abajo, con el cuerpo ligeramente atravesado sobre los raíles que servían para la conducción de piezas hasta el martillo. Como si su cabeza y su brazo estuviesen hundidos en la masa metálica del instrumento. Casi resultaba increíble que hubieran sido aplastados por él.

Después de cambiar unas palabras con sus colegas, el inspector Twinker regresó junto a mí.

—¿Cómo puede levantarse el martillo, míster Browning?

—Yo mismo haré la maniobra.

—¿Quiere que vayamos a buscar a uno de sus obreros?

—No, no hace falta. Mire: el cuadro de mandos está ahí. Fíjese, inspector. El martillo ha sido regulado para desarrollar una potencia de cincuenta toneladas y su índice de descenso es de cero.

—¿De cero?

—Sí. O a ras del suelo, hablando más claro. Por otra parte, se le ha puesto en funcionamiento intermitentemente. Lo cual quiere decir que es preciso volverlo a subir después de cada golpe. No sé aún la versión de Lady Anne, pero estoy seguro de que ella no habría sabido regular con tanta precisión la caída del martillo.

—Tal vez se quedó así ayer por la tarde.

—Imposible. En la práctica, jamás se utiliza el descenso a cero.

—¿Puede alzarse suavemente?

—No. No existe ningún mando para regular la velocidad de subida. Tal como está, sin embargo, es más lenta que cuando actúa de modo continuado.

—Bueno. Hágame ver lo que es preciso ver. Sin duda, no resultará un espectáculo agradable.

—No, inspector. Allá va.

—¿Todos dispuestos? —preguntó Twinker a los demás—. Cuando quiera, míster Browning.

Con los ojos clavados en la espalda de mi hermano, apreté a fondo el voluminoso botón negro que ponía en marcha el mecanismo de subida del martillo.

Al prolongado silbido, que siempre me hacía pensar en un gigante jadeando después de un esfuerzo, siguió la ascensión ligera y elástica de la masa de acero. Pude oír, sin embargo, la succión del desprendimiento y reprimí un movimiento de pánico al ver cómo el cuerpo de mi hermano se movía hacia delante, mientras un borbotón de sangre inundaba el amasijo oscuro descubierto por la ascensión del martillo.

—¿Hay algún peligro de que vuelva a caer, míster Browning?

—Ninguno —dije echando el cerrojo de seguridad.

Y, volviéndome de espaldas, vomité toda la cena a los pies de un joven policía que acababa de hacer lo mismo.

Durante varias semanas y después, en sus ratos perdidos, durante varios meses, el inspector Twinker se entregó en cuerpo y alma al esclarecimiento de la muerte de mi hermano. Más tarde me confesó que yo era uno de sus principales sospechosos, aunque jamás pudo encontrar la menor prueba, motivo o detalle revelador.

Anne, a pesar de su increíble tranquilidad, fue declarada loca y no hubo proceso.

Mi cuñada se confesó única culpable del asesinato de su marido

y demostró que conocía perfectamente el funcionamiento del martillo-pilón. Se negó, sin embargo, a explicar la causa de este asesinato y la razón de que mi hermano viniera a colocarse, por su propia voluntad, bajo el martillo.

El vigilante nocturno oyó funcionar el aparato; lo oyó, para ser exacto, dos veces. Y el contador, que siempre se ponía a cero después de cada operación, indicaba que el martillo había llevado a cabo dos golpes. A pesar de todo, mi cuñada se obstinó en afirmar que sólo se había servido de él una vez.

El inspector Twinker empezó dudando de que la víctima fuera realmente mi hermano pero varias cicatrices, una herida de guerra en el muslo y las huellas digitales de su mano izquierda, terminaron por disipar todas sus dudas.

Finalmente, la autopsia reveló que no había ingerido ninguna droga antes de su muerte.

En cuanto a su trabajo, los expertos del Ministerio del Aire vinieron a hojear sus papeles y se llevaron varios instrumentos del laboratorio. Todos ellos celebraron largos conciliábulos con el inspector Twinker y le convencieron de que mi hermano había destruido sus documentos y aparatos más interesantes.

Los técnicos del laboratorio de la policía, por su parte, declararon que Bob había tenido la cabeza envuelta en algo hasta el momento de su muerte y Twinker me enseñó cierto día un andrajo desgarrado, que yo reconocí inmediatamente como el paño de una mesa del laboratorio.

Anne fue trasladada al instituto de Broadmoore, donde se encierra a todos los locos criminales. Las autoridades me confiaron a su hijo Harry, que contaba seis años de edad, y se decidió que su educación y mantenimiento corrieran a mi cargo.

Yo podía visitar a Anne todos los días. En dos o tres ocasiones, el inspector Twinker me acompañó y pude comprobar que se había visto con ella otras veces. Pero jamás consiguió sacarle una palabra del cuerpo. Mi cuñada se había convertido, aparentemente, en un ser al que todo le era indiferente. Rara vez respondía a mis preguntas y casi nunca a las de Twinker. Empleaba parte de su tiempo en la costura, pero su entretenimiento favorito parecía ser la caza de moscas, que examinaba cuidadosamente antes de dejarlas en libertad.

Sólo tuvo una crisis —una crisis de nervios, mejor que una crisis de locura—, el día en que vio cómo una enfermera mataba uno de estos animales. Para tranquilizarla, hubo que recurrir a la morfina.

En varias ocasiones le llevamos a su hijo. Anne le trató con amabilidad, pero sin demostrar el menor afecto hacia él. Le interesaba como podía interesarle cualquier niño desconocido.

El día en que tuvo la crisis por culpa de la mosca muerta, el inspector Twinker vino a verme.

—Estoy convencido de que ahí reside la clave del misterio.

—Yo no veo la menor relación. Creo que mi pobre cuñada lo mismo hubiera podido coger otra manía. Las moscas son una simple fijación de su locura.

—¿Cree que está verdaderamente loca?

—¿Cómo puedo dudar de ello, Twinker?

—A pesar de todo lo que dicen los médicos, tengo la impresión, muy clara, de que Lady Browning es absolutamente dueña de sus facultades mentales, incluso cuando ve una mosca.

—De admitir esa hipótesis, ¿cómo explica usted su actitud con relación a Harry?

—De dos formas: o pretende protegerlo o le teme. Tal vez, incluso, lo deteste.

—No le comprendo.

—¿Se ha fijado en que jamás caza moscas cuando él está delante?

—Es cierto... Resulta bastante curioso. Pero confieso que sigo sin comprender nada.

—Yo tampoco, míster Browning. Y seguramente seguiremos igual hasta que Lady Browning se cure.

—Los médicos no tienen la menor esperanza...

—Estoy al corriente de eso. ¿Sabe si su hermano hizo alguna vez experimentos con moscas?

—No lo creo. ¿Se lo ha preguntado a los expertos del Ministerio del Aire?

—Sí. Y se han reído en mis barbas.

—Lo comprendo.

—Tiene usted suerte, míster Browning. Yo, en cambio, no comprendo nada, pero espero comprender algún día.

—Dime, tío Arthur, ¿viven mucho tiempo las moscas?

Estábamos desayunando y mi sobrino, con sus palabras, acababa de romper un prolongado silencio. Le miré por encima del *Times*, que había apoyado en la tetera. Harry, como la mayor parte de los niños de su edad, tenía la costumbre, o más bien el talento, de plantear cuestiones que los adultos no suelen hallarse en condiciones de responder con precisión. Harry me preguntaba a menudo, siempre de forma inesperada, y cuando tenía la mala suerte de poder aclararle alguna duda, ésta era inmediatamente seguida de otra, después de otra y así sucesivamente, hasta que yo me confesaba vencido, reconociendo que no lo sabía. Entonces, como un campeón de tenis que lanzara su pelota definitiva, la que le convertía en ganador de juego y de partida, decía:

«¿Por qué no lo sabes, tío?»

Era, sin embargo, la primera vez que me hablaba de moscas, y me estremecí ante la idea de que el inspector Twinker pudiera haberle oído. Imaginaba perfectamente la mirada con que el infatigable sabueso me obsequiaría y la pregunta que, a renglón seguido, dirigiría a mi sobrino. E intuía, al mismo tiempo, cuál habría sido —de hallarse en mi caso— su respuesta. Respuesta que, textualmente y no sin cierto malestar, tuve que repetir en voz alta.

—No lo sé, Harry. ¿Por qué me haces esa pregunta?

—Porque he vuelto a ver la mosca que mamá busca.

—¿Mamá busca una mosca?

—Sí. Ha crecido mucho, pero a pesar de todo la he reconocido.

—¿Dónde has vuelto a verla y qué tiene de particular?

—Sobre tu despacho, tío Arthur. Su cabeza es blanca en lugar de negra y su pata muy graciosa.

—¿Cuándo viste esa mosca por primera vez, Harry?

—El día que se fue papá. Estaba en su cuarto y la cacé, pero mamá llegó en ese momento y me obligó a dejarla en libertad. Unas horas después, me pidió que la encontrara. Creo que había cambiado de idea y que quería verla.

—En mi opinión debe estar muerta hace mucho tiempo —dije levantándome y yendo sin prisa hacia la puerta.

Pero en cuanto la cerré, di un salto hasta mi despacho y busqué en vano alguna huella de moscas.

Las confesiones de mi sobrino y la seguridad del inspector

Twinker sobre la relación existente entre las moscas y la muerte de mi hermano me turbaron hasta el desconcierto.

Por primera vez, admití que el inspector tal vez supiera más de lo que daba a entender. Y, también por vez primera, me pregunté si mi cuñada estaba verdaderamente loca. Un sentimiento extraño, incluso terrible, empezó a crecer en mí y, cuanto más reflexionaba sobre ello, más me convenía de la cordura de Anne.

Un drama originado por la locura podía ser inexplicable y horroroso, pero su horror, por grande que fuera, resultaba, a fin de cuentas, admisible. Sin embargo, la idea de que mi cuñada hubiera sido capaz de asesinar tan atrozmente a mi hermano en plena posesión de sus facultades mentales, con o sin su consentimiento, me daba escalofríos. ¿Cuál podía ser la explicación de un crimen tan monstruoso? ¿Cómo se había llevado a cabo?

Pasé una y otra vez revista a todas las respuestas de Anne al inspector Twinker. Éste le había hecho centenares de preguntas. Y mi cuñada contestó con perfecta lucidez a las cuestiones relativas a su vida con mi hermano. Una vida, al parecer, feliz y sin historia.

Twinker, además de ser un psicólogo muy fino, tenía una gran experiencia y estaba acostumbrado a sentir, a adivinar —por decirlo de alguna forma— el engaño. También él estaba convencido de que Anne había contestado honestamente a las preguntas que se había dignado contestar. Pero estaban las otras, aquellas ante las que siempre reaccionó de idéntica manera, repitiendo hasta la saciedad las mismas palabras.

—No puedo aclararle esa cuestión —decía lisa y llanamente, sin perder nunca la calma.

Ni siquiera la acumulación de preguntas de este tipo parecía molestarle. Una sola vez, en el curso de los numerosos interrogatorios, le hizo notar al inspector que ya le había preguntado anteriormente lo mismo. En las restantes ocasiones, siempre contestó de igual forma: «No puedo aclararle esa cuestión».

Su estribillo se convirtió en un muro formidable, contra el cual se estrelló una y otra vez la tenacidad de Twinker. Cuando el inspector cambiaba el rumbo de sus interrogatorios y se interesaba por temas que no guardaban relación directa con el drama, Anne respondía con lucidez y amabilidad. Pero en cuanto la conversación se orientaba, por algún resquicio, hacia el asesinato de Bob, mi

cuñada se escondía nuevamente tras la muralla del «no puedo aclararle esta cuestión».

Deseosa de que no recayeran sospechas sobre ninguna otra persona, Anne demostró prácticamente cómo había manejado el martillo-pilón. Nos hizo ver, sin lugar a dudas, que conocía su funcionamiento y la forma de regular la fuerza y la altura del golpe, y como el inspector adujera que todo aquello no probaba su intervención en el asesinato de Bob, nos enseñó el lugar donde se había apoyado con la mano izquierda, contra un montante del cuadro de mandos, mientras manipulaba los botones con la mano derecha.

—Sus técnicos encontrarán aquí mis huellas digitales —añadió con sencillez.

Y sus huellas, efectivamente, fueron encontradas.

Twinker sólo pudo descubrir una mentira en sus declaraciones. Anne afirmaba haber maniobrado el martillo una sola vez, mientras el vigilante nocturno juraba y perjuraba haberlo oído dos. El contador, que siempre se ponía a cero al terminar cada jornada, le daba la razón.

Durante algún tiempo, Twinker confió en forzar el mutismo de mi cuñada gracias a este error. Pero un buen día, Anne, con la mayor tranquilidad del mundo, echó por tierra sus esperanzas, declarando:

—Sí, he mentido, pero no puedo explicarle los motivos de mi mentira.

—¿Sólo me ha engañado en eso? —preguntó inmediatamente Twinker, con el propósito de desconcertarla y de adquirir así alguna ventaja sobre ella.

Con gran sorpresa por su parte —pues esperaba el estribillo habitual—, Anne respondió:

—Sí. Ha sido mi único engaño.

Y Twinker comprendió que Anne había reparado con creces la única fisura de su muro defensivo.

A la luz de las revelaciones de Harry, creció en mí un progresivo sentimiento de horror hacia mi cuñada, porque, si no estaba loca, simulaba estarlo para escapar a un castigo que merecía cien veces. En ese caso Twinker tenía razón y la llave del drama residía en las moscas, a no ser que la obsesión de Anne formara parte de su

engaño. Y si, por el contrario, no estaba en sus cabales, entonces Twinker seguía teniendo razón, porque tal vez a través de las moscas pudiera un psiquiatra descubrir la causa del asesinato.

Diciéndome que Twinker seguramente sabría resolver aquel rompecabezas mejor que yo, estuve a punto de ir a contárselo todo. Pero el pensamiento de que atosigaría a Harry con mil preguntas, me retuvo. Existía también otra razón para no acudir a él: me daba miedo que buscara y encontrara la mosca mencionada por mi sobrino. Y ese miedo era, por incomprensible, profundamente turbador.

Pasé revista a todas las novelas policíacas que había leído en mi vida. Este género literario no carece de lógica, incluso cuando presenta casos muy complicados. En la historia de las moscas, por el contrario, no había nada lógico, nada que pudiese encajar. Todo era sorprendentemente sencillo y, al mismo tiempo, misterioso. No existía culpable alguno que desenmascarar: Anne había asesinado a su marido, se había declarado autora del hecho e incluso había reconstruido la escena.

Desde luego, no podía esperarse lógica en un drama provocado por la locura, pero aún admitiendo que fuera así, ¿cómo explicar la extraña pasividad de la víctima?

Mi hermano era el típico sabio partidario de la *prueba del nueve*. Sentía horror por la intuición y por los golpes de genio. Algunos científicos elaboran teorías que después se esfuerzan en apoyar con hechos; trabajan a saltos en lo desconocido y no tienen inconveniente en abandonar una posición avanzada si las experiencias acumuladas a continuación no bastan para consolidar sus suposiciones. Mi hermano pertenecía, al contrario y —cabe decir— por excelencia, al tipo del investigador receloso, que se guarda siempre las espaldas con un sólido punto de apoyo, probado y archiprobado. Rara vez se traía entre manos más de un experimento y no participaba de ninguna de las características del sabio distraído, que se deja calar por la lluvia con un paraguas cerrado en la mano. Era, en cambio, profundamente humano. Adoraba a los niños y a los animales, y jamás titubeaba en dejar su trabajo para ir al circo con los hijos de su vecino. Le gustaban los juegos de lógica y precisión, como el billar, el tenis, el *bridge* y el ajedrez.

¿Cómo, entonces, explicar su muerte? ¿Por qué se había colocado debajo del martillo-pilón? En modo alguno podía tratarse de una estúpida jactancia, de un desafío a su propio valor. Jamás se jactaba de nada y no soportaba a las personas aficionadas a apostar. Para vejearlas, siempre decía que una apuesta es un simple negocio concluido entre un imbécil y un ladrón.

Sólo existían dos explicaciones posibles: o se había vuelto loco o tenía una razón para hacerse matar por su mujer de tan extraña manera.

Tras largas reflexiones, decidí no poner al inspector Twinker al corriente de mi conversación con Harry e intentar una nueva gestión personal con mi cuñada. Era sábado, día de visita, y como Anne pasaba por ser una enferma muy tranquila, me permitían llevarla a dar una vuelta al gran jardín, donde le habían concedido una pequeña parcela para que la cultivara a su antojo. Anne había trasplantado allí varios rosales de mi jardín.

Sin duda esperaba mi visita, porque llegó al locutorio en seguida. Empezaba a hacer frío y, en previsión de nuestro paseo habitual, se había puesto el abrigo.

Me pidió noticias de su hijo y después me condujo hasta la parcela, donde me hizo sentarme a su lado sobre un banco rústico, fabricado en la carpintería del asilo por un enfermo aficionado a las actividades manuales.

Yo trazaba vagos dibujos en la arena con la contera de mi paraguas, buscando la forma de llevar la conversación al tema de la muerte de mi hermano. Pero fue ella quien primero se refirió al asunto.

—Arthur, quería preguntarte una cosa...

—Te escucho, Anne.

—¿Sabes si las moscas viven mucho tiempo?

La miré estupefacto y estuve a punto de confesarle que su hijo me había preguntado lo mismo unas horas antes, pero repentinamente comprendí que por fin se me brindaba la posibilidad de asestar un duro golpe a sus defensas, conscientes o subconscientes. Anne, entretanto, parecía esperar con tranquilidad la respuesta, creyendo sin duda que me esforzaba en resucitar mis recuerdos de escuela sobre la duración de la vida de las moscas.

Sin apartar los ojos de ella, repuse:

—No lo sé con precisión, pero tu mosca estaba hoy por la mañana en mi despacho.

El golpe había alcanzado su objetivo. Anne volvió bruscamente la cabeza hacia mí y abrió la boca como si fuera a gritar, pero sólo en sus inmensos ojos se dibujó un auténtico alarido de terror.

Yo conseguí mantener la impassibilidad. Me daba cuenta de que por fin había adquirido alguna ventaja sobre ella y que sólo podría conservarla adoptando la actitud de un hombre al tanto de todo, que no experimenta rencor o piedad y que ni siquiera se permite emitir un juicio sobre los hechos.

Ella, finalmente, respiró y se tapó la cara con las manos.

—Arthur... ¿la has matado? —murmuró suavemente.

—No.

—¡Pero la tienes! —gritó alzando la cabeza— ¡La tienes ahí! ¡Dámela!

Un poco más y se hubiera atrevido a registrarme los bolsillos.

—No, Anne, no la tengo aquí.

—¡Lo sabes todo! ¿Cómo has podido adivinarlo?

—No, Anne, no sé nada, excepto que tú no estás loca. Pero voy a averiguar la verdad de una u otra manera. O me lo dices todo, y entonces decidiré sobre el mejor modo de resolver este asunto, o...

—¿O qué? ¡Habla de una vez!

—Iba a hacerlo, Anne... O te juro que el inspector Twinker tendrá esa mosca antes de veinticuatro horas.

Mi cuñada permaneció inmóvil un momento, con los ojos clavados en las palmas de sus blancas y afiladas manos. Después, sin alzar la mirada, dijo:

—Si te lo digo todo, ¿me prometes que destruirás esa mosca antes de tomar ninguna otra decisión?

—No, Anne. No puedo prometértelo antes de saber el verdadero significado de esta historia.

—Arthur, compréndelo... Le prometí a Bob que esa mosca sería destruida... Tengo que mantener mi promesa... De otra forma, no te diré nada.

Comprendí que me estaba metiendo en un callejón sin salida; Anne se recuperaba. Era absolutamente necesario encontrar un nuevo argumento, un argumento que la empujara hasta sus últimos baluartes y que la hiciera capitular.

A la desesperada, confiando en un golpe de suerte, dije:

—Anne, debes darte cuenta de que cuando esa mosca sea examinada en los laboratorios de la policía, el inspector Twinker tendrá la prueba de que no estás loca y...

—¡Arthur, no! No lo hagas, por Harry, no lo hagas... Llevo mucho tiempo esperando esta mosca, convencida de que terminaría por encontrarme. Al parecer no ha sido capaz y te ha buscado a ti.

Yo observaba atentamente a mi cuñada, preguntándome si fingía aún estar loca o si, a fin de cuentas, lo estaba. A pesar de todo, loca o no, daba la impresión de sentirse acorralada. Era preciso violentar aún su última resistencia y como, al parecer, temía por su hijo, dije:

—Cuéntamelo todo, Anne. Así podré proteger mejor a Harry.

—¿De qué quieres protegerle? ¿No comprendes que si yo estoy aquí, es únicamente para evitar que Harry se convierta en el hijo de una condenada a muerte, ejecutada por el asesinato de su esposo? Créeme, preferiría cien veces la horca a la muerte lenta de este manicomio.

—Anne, estoy tan interesado como tú en proteger al hijo de mi hermano. Te prometo que, si me lo cuentas todo, haré lo imposible por defender a Harry. Pero si te niegas a hablar, el inspector Twinker tendrá la mosca. De todas formas intentaré velar por el niño, pero tú misma debes hacerte cargo de que entonces ya no tendré las riendas de la situación.

—¿Por qué estás tan empeñado en saber? —dijo lanzándome una curiosa mirada de rencor.

—Anne, es la suerte de tu hijo lo que está en tus manos. ¿Qué decides?

—Vamos dentro. Voy a entregarte el relato de la muerte del pobre Bob.

—¡Lo has escrito!

—Sí. Lo tenía preparado, no para ti, sino para tu maldito inspector. Suponía que, antes o después, terminaría por dar con parte de la verdad.

—En este caso, ¿puedo enseñárselo?

—Haz lo que te parezca.

Me quedé en el locutorio mientras ella subía a su habitación. Al volver, traía un abultado sobre amarillo, que me tendió diciendo:

—Procura leerlo a solas y sin que nadie te moleste.

—De acuerdo, Anne. Lo haré en cuanto llegue y mañana vendré a verte.

—Muy bien.

Y salió del locutorio sin despedirse.

Hasta que algunas horas más tarde empecé la lectura, no descubrí la advertencia escrita en el exterior del sobre:

A quien corresponda — Probablemente al inspector Twinker.

Tras dar órdenes rigurosas de que no se me molestara bajo ninguna excusa, hice saber que no cenaría y pedí té con bizcochos. Después subí rápidamente a mi despacho.

Una vez en él, examiné cuidadosamente las paredes, las tapicerías y los muebles, sin encontrar el menor rastro de moscas. Luego, cuando la criada me subió el té y añadió leña al fuego, cerré las ventanas y corrí las cortinas. Finalmente eché el cerrojo de la puerta, descolgué el teléfono —lo hacía todas las noches desde la muerte de mi hermano—, apagué las luces, excepto la de mi mesa de trabajo, y abrí el grueso sobre amarillo.

Tras servirme una taza de té, comencé la lectura del manuscrito:

«Esto no es una confesión, porque nunca he intentado ocultar la responsabilidad que me incumbe en el trágico fin de mi marido y también porque, a pesar de declararme única autora de su muerte, no soy una criminal. Al actuar como lo hice, me limitaba a ejecutar fielmente las últimas voluntades de Robert Browning, aplastándole la cabeza y el antebrazo derecho con el martillo-pilón de la fábrica de su hermano.»

Sin haber probado una sola gota de té, volví la página.

«Con alguna anterioridad a su desaparición, mi marido me había puesto al corriente de sus experimentos. Ya entonces comprendía perfectamente que el Ministerio se los hubiera prohibido como demasiado peligrosos, pero confiaba en obtener resultados positivos antes de informar sobre ellos.

»Aunque hasta el momento la ciencia sólo ha conseguido transmitir a través del espacio el sonido y la imagen, gracias a la radio y la televisión, Bob aseguraba haber encontrado el medio de transmitir la propia materia. La materia — es decir, un cuerpo sólido — colocada en un aparato emisor, se desintegraba y reintegraba instantáneamente en un aparato receptor.

»Bob consideraba que su descubrimiento podía ser de tanta

trascendencia como el de la rueda. Creía que la transmisión de la materia por desintegración-reintegración instantánea, significaba una revolución sin precedentes, de radical importancia para la evolución del hombre. La difusión de su invento equivaldría al fin de los transportes mecanizados, no sólo para los productos y mercancías que pudieran corromperse, sino también para los propios seres humanos. Bob, hombre eminentemente práctico, que jamás se dejaba llevar por la fantasía, vislumbraba ya un mundo desprovisto de aviones, trenes, coches, carreteras y vías férreas. Todo esto sería reemplazado por estaciones emisoras-receptoras, repartidas por toda la superficie de la Tierra. Bastaría con situar a los viajeros y a las mercancías en el interior de una cabina emisora, para que fueran desintegrados y casi instantáneamente reintegrados en la cabina receptora del punto de destino.

»Mi marido tropezó con algunas dificultades al principio. Su aparato receptor sólo estaba separado de su aparato emisor por una pared. Como sujeto de su primera experiencia, eligió un viejo cenicero, recuerdo de un viaje que habíamos hecho a Francia.

»Cuando me traje triunfalmente el cenicero, aún no estaba al corriente de sus investigaciones y tardé un poco en comprender el significado de sus palabras.

»—¡Mira, Anne! — dijo —. Este cenicero ha permanecido totalmente desintegrado durante una diezmillonésima de segundo. Por un momento, ha dejado de existir. Era sólo un conjunto de átomos viajando a la velocidad de la luz entre dos aparatos. Y un instante después, los átomos se han unido de nuevo para volver a formar este cenicero.

»—Bob, por favor... ¿de qué hablas? Explícate.

»Entonces me reveló el objetivo de sus experiencias y, al ver que no le comprendía, empezó a esgrimir dibujos y a manejar cifras. Tras lo cual, naturalmente, aún entendí menos sus explicaciones.

»—Perdóname, Anne — dijo al darse cuenta, riéndose de buena gana—. ¿Te acuerdas de aquel artículo sobre los misteriosos vuelos de ciertas piedras, que irrumpen sin causa aparente en algunas casas de la India a pesar de que las puertas y las ventanas están cerradas?

»—Sí, me acuerdo muy bien. El profesor Downing, que había venido a pasar el fin de semana con nosotros, dijo que —si no había

algún truco — el fenómeno sólo podía explicarse por la desintegración de las piedras en la calle y su reintegración en el interior de la casa, antes de su caída.

»—Exactamente. —Y añadió: A menos que el fenómeno se produzca por una desintegración parcial y momentánea de la pared atravesada por las piedras.

»—Todo eso es muy bonito, pero sigo sin comprender ¿Cómo puede pasar una piedra, por muy desintegrada que esté, a través de una pared o de una puerta?

»—Puede, Anne, porque entonces los átomos que componen la materia no se tocan. Están separados entre sí por espacios inmensos.

»—¿Espacios inmensos entre los átomos que componen, por ejemplo, una simple puerta?

»—Entendámonos: los espacios entre átomos son *relativamente* inmensos. Es decir, inmensos con relación al tamaño de los átomos. Tú pesas cien libras y mides cinco pies y tres pulgadas... Si todos los átomos que componen tu cuerpo fueran comprimidos unos contra otros, sin que quedara el menor espacio entre ellos, tú seguirías pesando lo mismo, pero no abultarías más que una cabeza de alfiler.

»—Entonces, si no he comprendido mal, ¿tu pretendes haber reducido este cenicero al tamaño de una cabeza de alfiler?

»—No, Anne. En primer lugar, si los átomos de este cenicero, que apenas pesa dos onzas, fueran comprimidos, el conjunto resultante sólo sería visible al microscopio. En segundo lugar, todo esto era una simple imagen. Lo que intento explicarte pertenece a otro orden de fenómenos. Este cenicero, una vez desintegrado, puede atravesar cualquier cuerpo opaco y sólido, a ti misma, por ejemplo, sin la menor dificultad, porque entonces sus átomos separados no encuentran obstáculo alguno en la masa de tus átomos, que también están separados.

»—¿Y tú has desintegrado este cenicero y lo has reintegrado un poco más allá, después de hacerlo pasar a través de otro cuerpo?

»—A través, para ser exacto, de la pared que separaba mi aparato emisor de mi aparato receptor.

»—¿Y puede saberse qué utilidad tiene enviar ceniceros a través del espacio?

»Bob inició entonces un gesto de malhumor, pero al darse cuenta

de que sólo le estaba gastando una broma, se dedicó a explicarme algunas de las posibilidades de su descubrimiento.

»—¡Bueno! Espero que nunca me obligues a viajar así, Bob. No me gustaría terminar como tu dichoso cenicero.

»—¿Cómo ha terminado?

»—¿Te acuerdas de lo que había escrito en él?

»—Sí, claro. La inscripción «Made in France», que ahí sigue.

»—Pero, ¿te has fijado cómo?

»Cogió el cenicero con una sonrisa y palideció al darse cuenta de lo que yo quería decir. Las tres palabras seguían, efectivamente allí, pero invertidas, de forma que sólo podía leerse: «ecnarF ni edaM».

»—Es inaudito —murmuró.

»Y, sin terminar el té, se precipitó hacia el laboratorio, del cual ya no volvió a salir hasta el día siguiente por la mañana, tras una noche entera de trabajo.

»Algunos días más tarde, Bob sufrió un nuevo revés, que le puso de malhumor durante varias semanas. Después de muchas preguntas, terminó por confesar que su primera experiencia con un ser vivo había resultado un completo fracaso.

»—Bob, ¿ha sido *Dandelo*?

»—Sí —reconoció a duras penas—. Se desintegró perfectamente, pero no volvió a reintegrarse en el aparato receptor.

»—¿Y entonces...?

»—Entonces ya no existe *Dandelo*. Sólo existen sus átomos dispersos, que se pasean por alguna parte, Dios sabe cuál, del universo.

»*Dandelo* era un gato blanco que la cocinera había encontrado en el jardín. —Una buena mañana desapareció sin saber cómo. Bob acababa de aclararme lo sucedido.

»Tras una serie de nuevas experiencias y largas horas de vigilia, Bob me anunció que su aparato funcionaba ya perfectamente y me invitó a que lo viera.

»Hice preparar una bandeja con una botella de champagne y dos copas para festejar dignamente su éxito, porque yo sabía que mi marido, de no estar a punto el aparato, no me hubiera llevado a verlo.

»—Excelente idea —exclamó quitándome la bandeja de las manos. ¡Vamos a celebrarlo con champagne reintegrado!

»—Espero que sabrá tan bien como antes de su desintegración, Bob.

»—No temas, Anne. Ven aquí.

»Abrió la puerta de un compartimento cuadrangular, que era una simple cabina telefónica, debidamente transformada.

»—Ahí tienes el aparato de desintegración-transmisión —me explicó mientras ponía la bandeja sobre un taburete colocado en su interior.

»Cerró con cuidado, me tendió unas gafas de sol y me hizo situarme ante la puerta de cristales de la cabina.

»Tras ponerse él mismo las gafas negras, manipuló varios botones en el exterior de la cabina, y de ésta se elevó el dulce ronroneo de un motor eléctrico.

»—¿Dispuesta? —preguntó apagando la luz y haciendo girar otro conmutador, que llenó el aparato de un resplandor azulado—, ¡Entonces, fíjate bien!

»Bajó una palanca y todo el laboratorio se iluminó violentamente con un cegador destello anaranjado. Vislumbré, en el interior de la cabina, una especie de bola de fuego, que crepitó un instante, y sentí un repentino calor en la cara y en el cuello. Después sólo pude ver dos agujeros negros bordeados de verde, como cuando se mira durante cierto tiempo al sol.

»—Puedes quitarte las gafas, Anne. La operación ha terminado.

»Con un gesto teatral, mi marido abrió la puerta de la cabina y, a pesar de que lo esperaba, fingí una gran sorpresa al comprobar que el taburete, la bandeja, las copas y la botella habían desaparecido.

»Después me hizo pasar ceremoniosamente a la habitación contigua, donde se encontraba una cabina idéntica a la que servía de aparato emisor. Abrió la puerta y sacó triunfalmente la bandeja y el champagne que descorchó al instante. El tapón saltó alegremente y el líquido burbujeó en las copas.

»—¿Estás seguro de que se puede beber sin peligro?

»—Absolutamente —dijo Bob tendiéndome una copa—. Y ahora vamos a intentar una nueva experiencia. ¿Quieres asistir a ella?

»Pasamos a la sala donde estaba el aparato de desintegración

»—¡Oh, Bob! ¡Acuérdate del pobre Dandelo!

»—Es sólo un cobaya, Anne. Pero estoy convencido de que ahora

saldrá bien.

»Colocó al animal en el suelo metálico de la cabina y me obligó a ponerme las gafas de sol. Oí el ronroneo del motor, presencié de nuevo el estallido de luz y, sin esperar a que Bob abriera el emisor, me precipité a la habitación contigua. A través de la puerta de cristal pude ver al cobaya corriendo de un lado a otro.

»—¡Bob, amor mío! ¡Está aquí! ¡Lo has conseguido!

»—Un poco de paciencia, Anne. No lo sabremos con seguridad hasta dentro de algún tiempo.

»—Pero está tan vivo como antes.

»—Es preciso comprobar que todos sus órganos siguen intactos. Si continúa así durante un mes, podremos intentar otras experiencias.

»Ese mes me pareció un siglo. Todos los días iba a ver al cobaya, que parecía portarse de maravilla.

»Cuando Bob se convenció de su buena salud, puso a *Pickles*, nuestro perro, en la cabina. No me avisó, porque jamás hubiera consentido que *Pickles* pasara por una experiencia semejante. Al animal, sin embargo, pareció gustarle. En una sola tarde fue desintegrado y reintegrado diez o doce veces y en cuanto salía de la cabina receptora, se precipitaba al aparato emisor para repetir el juego.

»Suponía que Bob iba a convocar una reunión de científicos y especialistas del Ministerio como solía hacer cuando terminaba un trabajo, para comunicar sus conclusiones y llevar a cabo algunas demostraciones prácticas. Al cabo de algunos días, yo misma se lo hice notar.

»—No, Anne. Este descubrimiento es demasiado importante para anunciarlo sin más ni más. Hay algunas fases de la operación que ni yo mismo he llegado a comprender todavía. No puedo abandonarlo ahora en otras manos.

»A veces, aunque no siempre, me hablaba de la marcha de su trabajo. Desde luego, en ningún momento se me pasó por la cabeza la idea de que fuera a intentar una primera experiencia humana con su propia persona y sólo después de la catástrofe descubrí que un segundo cuadro de mandos había sido instalado en el interior de la cabina emisora.

»La mañana en que intentó su terrible experiencia, Bob no vino

a comer. Encontré una nota clavada en la puerta de su laboratorio:

»“Sobre todo, que nadie me moleste. Estoy trabajando”.

»Ya en otras ocasiones había hecho lo mismo. Por otra parte, no concedí importancia a la extraña y deforme escritura del mensaje.

»Y fue precisamente algo más tarde, a la hora de la comida, cuando Harry vino corriendo a decirme que había cazado una mosca con la cabeza blanca. Yo, sin querer verla, le dije que la soltara inmediatamente. Ni Bob ni yo soportábamos que se le hiciera el menor daño a un animal. Yo sabía que Harry había atrapado aquella mosca sólo porque era rara, pero también sabía que su padre no vería en ello disculpa alguna.

»A la hora del té, Bob continuaba encerrado en su laboratorio y el mensaje clavado en la puerta. A la hora de la cena, las cosas seguían igual y por fin, vagamente inquieta, me decidí a llamarle.

»Le oí moverse por la habitación y un momento después apareció un segundo mensaje por debajo de la puerta. Lo desplegué y leí:

»“Anne: he tenido algunas complicaciones. Acuesta al niño y vuelve dentro de una hora. B”.

»Golpeé de nuevo y llamé varias veces a Bob, sin recibir respuesta. Al cabo de un instante le oí teclear en la máquina de escribir y, tranquilizada por ese ruido familiar, regresé a la casa.

»Después de acostar a Harry, volví al laboratorio y encontré una nueva hoja de papel, que Bob había deslizado, como la anterior, por debajo de la puerta. Esta vez, leí con espanto:

»Anne:

»Cuento con tu firmeza de espíritu para que no pierdas la cabeza, porque sólo tú puedes ayudarme. Me ha sucedido un grave accidente. Mi vida no corre peligro por el momento, pero se trata, a pesar de ello, de una cuestión de vida o muerte. Me es imposible hablar: nada se consigue, por lo tanto, llamándome o haciéndome preguntas a través de la puerta. Tienes que obedecer mis instrucciones al pie de la letra. Después de dar tres golpes, para indicarme que estás de acuerdo, vete a buscar una taza de leche y añádele una copa colmada de ron. No he comido ni bebido nada desde anoche y tengo necesidad de hacerlo. Confío en ti.

»Con el corazón acelerado, di los tres golpes convenidos y me precipité hacia la casa para satisfacer su petición.

»De regreso al laboratorio encontré un nuevo mensaje en el suelo:

»Anne, sigue fielmente mis instrucciones:

»Cuando llames, abriré la puerta. Pon la taza de leche sobre mi mesa de trabajo, sin hacer ninguna pregunta, y pasa después a la habitación donde se encuentra la cabina receptora. Una vez allí, mira bien por todas partes. Es absolutamente necesario que encuentres una mosca. Aunque no puede andar muy lejos, yo me he pasado horas buscándola en vano. Ahora tengo un serio handicap y veo mal las cosas pequeñas.

»Pero antes de nada, júrame que me obedecerás en todo y que bajo ninguna excusa intentarás verme. Me es imposible discutir. Tres golpes en la puerta me demostrarán que estás nuevamente de acuerdo. Mi vida depende de tu ayuda.

»Sobreponiéndome a la emoción, di tres golpes espaciados.

»Entonces oí que Bob venía hacia ella. Un instante después, su mano buscaba y recorría el cerrojo.

»Al entrar, comprendí que se había quedado detrás de la puerta. Resistiendo el deseo de volverme, dije:

—Puedes contar conmigo, querido.

»Después de poner la taza en la mesa, bajo la única luz encendida, me dirigí hacia la otra habitación, que estaba, por el contrario, brillantemente iluminada. En ella reinaba el más absoluto desorden: había una gran cantidad de fichas y probetas rotas por el suelo, entre taburetes y sillas patas arriba. De una especie de enorme balde se desprendía un olor acre, originado por la combustión de unos papeles que acababan de consumirse

»Antes de empezar, sabía yo que mi búsqueda no daría resultado. El instinto me decía que la mosca deseada por Bob era la misma que Harry había atrapado y puesto en libertad, por orden mía, aquella misma mañana.

»Oí que Bob, en la habitación de al lado, se acercaba a la mesa y de ella se elevó, al cabo de un instante, una especie de succión, como si le costara trabajo beber.

—Bob, no hay ninguna mosca. ¿No podrías ayudarme algo? Si no puedes hablar, recurre a los golpes en la mesa. Ya sabes: uno

para el sí y dos para el no.

»Aunque había intentado dar una entonación normal a mi voz, tuve que hacer un esfuerzo terrible, cuando oí dos golpes secos en su escritorio, para reprimir un sollozo.

»—¿Puedo entrar en esa habitación, Bob? No comprendo nada de lo que pasa, pero sea lo que sea sabré enfrentarme a ello con valor.

»Hubo un momento de silencio y, por fin, un solo golpe.

»Al llegar a la puerta me quedé paralizada de estupor. Bob se había echado por la cabeza el paño de terciopelo dorado que generalmente se encontraba sobre la mesa donde comía, cuando por cualquier motivo no quería salir del laboratorio.

»—Bob, seguiremos buscando mañana, a la luz del sol. ¿No podrías ir a acostarte? Si quieres, te llevaré a la habitación de los huéspedes y cuidaré de que nadie te vea.

»Su mano izquierda surgió repentinamente del paño, que le tapaba hasta la cintura, y dio dos golpes en la mesa.

»—¿Necesitas un médico?

»"No", dijo con dos nuevos golpes.

»—¿Quieres que telefonee al profesor Moore? Te sería más útil que yo.

»La respuesta fue, una vez más, negativa. Yo no sabía qué hacer ni qué decir. Algo, sin embargo, me daba vueltas en la cabeza. Por fin dije:

»—Harry encontró esta mañana una mosca muy extraña, que yo le obligué a dejar en libertad. ¿No podría ser la que buscas? El niño me dijo que tenía la cabeza blanca.

»Bob emitió un extraño suspiro, ronco y metálico. Y en aquel momento tuve que morderme la mano hasta que brotó sangre para no gritar. Mi marido había dejado caer su brazo derecho a lo largo del cuerpo y tenía, en vez de mano y muñeca, una especie de artejo gris con ganchos, que le asomaban por debajo de la manga.

»—Bob, amor mío, explícame lo que ha pasado... Seguramente podría ayudarte mejor si supiera de lo que se trata... ¡Oh, Bob, es espantoso! —dije tratando vanamente de ahogar los sollozos.

»Sacó la mano izquierda y, tras golpear una vez en la mesa, me indicó la puerta.

»Salí por ella, la cerré y me desplomé en el suelo. Bob echó el

cerrojo, anduvo un poco por la habitación y finalmente se puso a escribir a máquina. Al poco tiempo, una nueva hoja apareció bajo la puerta:

»Vuelve mañana. Para entonces te tendré preparada una explicación. Toma un somnífero y duerme. Voy a necesitar todas tus fuerzas.

B.

«—¿No querrás nada durante la noche, Bob? — grité a través de la puerta en cuanto conseguí dominar el temblor de mi voz.

»Dio dos golpes rápidos y nuevamente se oyó el tecleo de la máquina.

»El sol me hizo abrir los ojos. Había puesto el despertador a las cinco, pero no lo había oído por culpa del somnífero. Eran casi las siete y me levanté enloquecida. Había dormido sin un solo sueño, como si alguien me hubiera arrojado al fondo de un oscuro pozo. Pero entonces, al regresar a la pesadilla de la vida real y acordarme del brazo de Bob, rompí nuevamente a llorar.

»Luego me precipité a la cocina y preparé, ante la sorpresa de las criadas, una bandeja de té con tostadas, que llevé al laboratorio sin perder un minuto.

»Bob me abrió al cabo de unos segundos y cerró la puerta tras de mí. Aún llevaba el paño sobre la cabeza. Por el lecho improvisado y por las arrugas de su traje gris, comprendí que había intentado descansar un poco. Una hoja mecanografiada me esperaba sobre la mesa. Bob se encontraba junto a la puerta de la otra habitación y comprendí que quería estar solo. Llevé, pues, el mensaje a ella y, mientras lo leía, le oí servirse una taza de té. A continuación, reproduzco sus palabras:

»¿Te acuerdas del cenicero? Me ha pasado un accidente similar, aunque por desgracia mucho más grave. Me he desintegrado y reintegrado yo mismo, una vez, con éxito. Pero, al intentar una segunda experiencia, no me he dado cuenta de que había una mosca en la cabina de transmisión.

»Mi única esperanza se cifra en encontrar esa mosca y en volver a "pasar" con ella. Búscala por todas partes. Si no la encuentras, será preciso que idee un procedimiento, para desaparecer sin dejar rastro.

»Yo hubiera preferido una explicación más detallada, pero Bob debía tener alguna poderosa razón para no dármela. "Seguramente está desfigurado", pensé. E intenté imaginarme su rostro invertido, como la inscripción del cenicero, con los ojos en el sitio de la boca o las orejas.

»Pero era preciso conservar la calma y tratar de salvarle. Ante todo, debía cumplir sus órdenes y esforzarme por encontrar aquella dichosa mosca a cualquier precio.

»—¿Puedo entrar ya?

»Bob abrió la puerta que ponía en comunicación las dos habitaciones.

»—No desesperes. Voy a traerte esa mosca. Aunque no se la ve por parte alguna del laboratorio, tiene que andar cerca... Supongo que estás desfigurado y que por eso pretendes desaparecer sin dejar huellas. Pero yo no lo permitiré. Si fuera necesario, te haría una máscara o una capucha y continuarías tus investigaciones hasta que consiguieras volver a la normalidad. Incluso, si no hubiera otro remedio, avisaría al profesor Moore y a otros sabios amigos tuyos y entre todos te salvaríamos.

»Bob golpeó con violencia la mesa, y emitió el suspiro ronco y metálico de la noche anterior.

»—No te irrites, Bob. No haré nada sin prevenirte, te lo prometo. Ten confianza en mí y déjame ayudarte. Estás desfigurado, ¿no es cierto? Seguramente, de un modo terrible. ¿Quieres enseñarme la cara? No me darías asco. ¡Soy tu mujer, Bob!

»Dio dos rabiosos golpes, para indicarme su total negativa, y me ordenó con la mano que saliera.

»—Bueno. Voy a buscar esa mosca, pero júrame antes que no harás ninguna tontería y que no tomaras la menor iniciativa sin consultarme.

»Extendió lentamente la mano izquierda y comprendí que ese gesto equivalía a una promesa.

»Jamás olvidaré aquella espantosa jornada dedicada íntegramente a la caza de moscas. Puse la casa patas arriba, obligando a las criadas a participar en mi búsqueda. Aunque les expliqué que se trataba de una mosca, escapada del laboratorio de mi marido, sobre la cual se había llevado a cabo un importante experimento y que a toda costa era preciso recuperar viva, creo que

en más de un momento me creyeron loca. Eso fue, por otra parte, lo que más tarde me salvó de la vergüenza de la horca.

»Interrogué a Harry. No comprendió inmediatamente y le sacudí hasta que empezó a llorar. Entonces tuve que armarme de paciencia. Sí, se acordaba. Había encontrado la mosca en el reborde de la ventana de la cocina, pero la había soltado, obedeciendo mis órdenes.

»A pesar de encontrarnos en pleno verano, en nuestra casa apenas había moscas, porque vivíamos en lo alto de una colina donde siempre hacía viento. De todos modos, atrapé varios centenares. Hice poner jícara de leche, confituras y azúcar en los rebordes de las ventanas y en varios sitios del jardín. Ninguno de los insectos cazados, sin embargo, respondió a la descripción dada por Harry. Los examiné personalmente con una lupa y todos parecían iguales.

»A la hora de comer, llevé al laboratorio leche y puré de patatas. Por si acaso, dejé también algunas moscas, cogidas al azar. Pero mi marido me dio a entender que no le servían para nada.

»—Si de aquí a la noche no aparece la mosca, estudiaremos el procedimiento a seguir. Mi idea es ésta: me instalaré en la habitación de al lado, con la puerta cerrada y te haré preguntas. Cuando no puedas contestar con un sí o un no, escribirás la contestación a máquina y me la echarás por debajo de la puerta... ¿Te parece bien?

»"Sí", golpeó Bob con su mano útil.

»Al ponerse el sol, seguíamos sin encontrar la mosca. Antes de llevarle la cena a Bob, titubeé un momento ante el teléfono. Sin duda alguna, todo aquello era una cuestión de vida o muerte para mi marido. ¿Tendría yo fuerza suficiente para oponerme a su voluntad e impedirle que pusiera fin a sus días? Seguramente jamás me perdonaría que faltara a mi promesa, pero pensé que su resentimiento era, a fin de cuentas, preferible a su desaparición y, febrilmente, me decidí a descolgar el aparato y a marcar el número del profesor Moore, su más íntimo amigo.

»—El profesor está de viaje y no volverá hasta finales de semana —me explicó cortésmente una voz neutra.

»La suerte estaba echada. Tendría que luchar sola y sola — decidí — salvaría a Bob.

»Cuando unos minutos después entré en el laboratorio, casi había recuperado la tranquilidad y me instalé, como habíamos convenido, en la habitación vecina para comenzar aquella penosa discusión, llamada a durar buena parte de la noche.

»—Bob, ¿podrías decirme con exactitud lo que ha pasado?

»Oí el tecleo de su máquina durante varios minutos. Después apareció una hoja de papel bajo la puerta.

»Anne:

»Prefiero que me recuerdes con mi aspecto anterior. No va a quedar más remedio que destruirme. He reflexionado largamente sobre el asunto y sólo se me ocurre un procedimiento, para el cual necesito tu ayuda. Al principio pensé en una sencilla desintegración por medio de mi aparato emisor, pero se trata de una idea descabellada porque algún sabio podría reintegrarme en un futuro más o menos lejano y no quiero que eso suceda a ningún precio.

»Por un momento llegué a preguntarme si Bob se había vuelto loco.

»—No quiero saber cuál es tu procedimiento, porque jamás aceptaré esa solución, Bob. Por terrible que sea el resultado de tu experiencia, estás vivo, eres un hombre, con un alma y una inteligencia. ¡No tienes derecho a destruir todo eso!

»La respuesta fue de nuevo mecanográfica.

»Estoy vivo, pero no soy ya un hombre. En cuanto a mi inteligencia, puede desaparecer de un momento a otro. Ni siquiera sigue intacta. Y no puede haber alma sin inteligencia.

»—Tienes que poner a los otros sabios al corriente de tus experiencias y trabajos. Ellos terminarán por salvarte.

»Casi me asusté al oír los golpes de Bob sobre la puerta.

»—¿Por qué no? ¿Por qué te niegas a recibir una ayuda que todos te prestarían de corazón?

»Mi marido aporreó entonces la puerta con una docena de furiosos golpes, y yo comprendí que por ese camino no iba a ninguna parte.

»Entonces le hablé de mí, de su hijo, de su familia. No me contestó. Cada vez me sentía más desconcertada. Por fin me

aventuré a lanzar un tímido:

—Bob..., ¿me escuchas?

»Esta vez se oyó un solo golpe, mucho más suave

»—En una de tus cartas te referías al cenicero de tu primera experiencia. ¿Crees que si lo hubieras metido otra vez en el aparato, las letras habrían podido recuperar su primitivo orden?

»Unos instantes más tarde, leí en la nueva hoja que acababa de ser deslizada bajo la puerta:

»Veo dónde vas a parar, Anne. He pensado en ello y esa, precisamente, es la razón de que tenga tanto interés en recuperar la mosca. Si no nos transmitimos juntos, no hay esperanza alguna.

»—Inténtalo al azar. Nunca se sabe.

»"Ya lo he intentado", fue esta vez su respuesta.

»—¡Prueba una vez más!

»La respuesta de Bob me animó un poco, porque ninguna mujer ha comprendido ni comprenderá jamás que un condenado a muerte se dedique a gastar bromas. Un minuto más tarde, efectivamente, pude leer

»Admiro tu deliciosa lógica femenina. Podríamos repetir la experiencia un millar de veces... Pero para darte ese placer, sin duda el último, voy a hacerlo. En el caso de que no encuentres las gafas negras, vuélvete de espaldas a la cabina receptora y tápate los ojos con las manos. Avísame cuando estés dispuesta.

»—¡Ya, Bob!

»Sin molestarme en buscar las gafas, obedecí sus instrucciones. Le oí mover varias cosas y cerrar la puerta de la cabina de transmisión. Tras un momento de espera, que me pareció interminable, se escuchó un ruido violento y pude percibir un brillante resplandor a través de mis párpados cerrados y de mis manos.

»Me di la vuelta y miré.

»Bob, siempre con su paño de terciopelo sobre la cabeza, salió lentamente de la cabina receptora.

»—¿ Ningún cambio? — pregunté dulcemente, tocándole en el brazo.

»Al sentir el contacto, retrocedió rápidamente y tropezó con un taburete volcado. Entonces hizo un violento esfuerzo para no perder el equilibrio y el paño de terciopelo dorado resbaló lentamente por su cabeza y cayó al suelo tras él.

»Jamás olvidaré aquella visión. Grité de miedo y cuanto más gritaba, más miedo tenía. Me metí los dedos en la boca, como si fueran una mordaza, para ahogar los gritos y, tras sacarlos empapados en sangre, grité aun con más fuerza. Sabía, me daba cuenta de que sólo apartando la mirada de él y cerrando los ojos, podría dominarme.

»Sin prisa, el monstruo en que se había convertido Bob volvió a taparse la cabeza y se dirigió a tientas hacia la puerta. Por fin pude cerrar los ojos.

»Yo, antes de aquello, creía en la posibilidad de una vida mejor y nunca había sentido miedo de la muerte. Ahora sólo me queda una esperanza: la nada total de los materialistas, porque ni siquiera en otro mundo podría olvidar. No, jamás olvidaré aquel cráneo aplastado, aquella cabeza de pesadilla, blanca, velluda, con puntiagudas orejas de gato y ojos protegidos por grandes placas oscuras. La nariz rosada y palpitante, era también la de un gato, pero la boca había sido sustituida por una especie de hendidura vertical cubierta de largos pelos rojos y prolongada por una trompa negra y viscosa, que se abocinaba en su extremo.

»Debí desmayarme, porque me desperté, algún tiempo más tarde, tendida sobre las frías baldosas del laboratorio y con los ojos clavados en la puerta, tras la cual se oía, una vez más, el tecleo de la máquina de escribir de Bob.

»Estaba atontada, como esas personas que — tras un accidente grave — no se dan cuenta cabal de lo sucedido. Me acordaba de un hombre, perfectamente lúcido, al que había visto cierta vez en una estación, sentado al borde del andén, mirando con una especie de indiferente estupor su pierna, aun sobre la vía por donde acababa de pasar el ferrocarril.

»La garganta me dolía atrozmente y temí haber arruinado mis cuerdas vocales a fuerza de gritar.

»Al otro lado de la pared cesó el ruido de la máquina y una nueva hoja apareció bajo la puerta. Estremecida, la cogí con la punta de los dedos y leí:

»Ahora ya lo comprendes. Esta experiencia ha sido un último desastre, querida Anne. Sin duda habrás reconocido una parte de la cabeza de Dandelo. Antes de la transmisión, mi cabeza era, simplemente, la de una mosca. Ahora sólo tengo de ésta los ojos y la boca. El resto ha sido reemplazado por una reintegración parcial de la cabeza del gato desaparecido.

»Supongo que hasta tú misma te das cuenta de que sólo existe una solución. Debo desaparecer, como te decía, sin dejar rastro. Da tres golpes en la puerta si estás de acuerdo. En ese caso, te explicaré el procedimiento que considero más adecuado.

»Sí, Bob tenía razón. Era preciso que nadie supiera de él ni de su triste destino. Comprendía mi error al proponerle una nueva desintegración y, confusamente, me daba cuenta de que nuevas tentativas sólo conducirían a transformaciones aun más horribles.

»Me acerqué a la puerta e intenté hablar, pero ningún sonido salió de mi garganta abrasada. Entonces di los tres golpes convenidos.

»El resto puede adivinarse. Bob me explicó su plan por medio de mensajes mecanografiados y yo lo aprobé.

»Helada, temblorosa, con la cabeza a punto de estallar, como un autómatas, le seguí de lejos hasta la fábrica. Llevaba en la mano un papel con todas las instrucciones relativas al funcionamiento del martillo-pilón.

»La cosa fue más fácil de lo que parece, porque no tenía la sensación de estar matando a mi marido, sino a un monstruo. El verdadero Bob había dejado de existir muchas horas antes. Yo me limitaba simplemente a ejecutar sus últimas voluntades.

»Con los ojos clavados en su cuerpo, tendido en el suelo e inmóvil, pulsé el botón de descenso. La masa metálica bajó silenciosamente, aunque menos deprisa de lo que yo había supuesto. El golpe sordo de su llegada al suelo se confundió con un crujido seco. El cuerpo de mi... del monstruo fue recorrido por un estremecimiento y después ya no volvió a moverse.

»Entonces me acerqué y vi que se había olvidado de meter el brazo derecho, la pata de mosca, bajo el martillo.

»Sobreponiéndome al asco y al miedo, y con prisa, porque temía que el ruido del martillo atrajera al vigilante nocturno, puse en marcha el mecanismo de ascensión de la máquina.

»Después, dando diente con diente y llorando de terror, me vi nuevamente obligada a superar el asco y a levantar y empujar hacia delante su brazo derecho, extrañamente ligero.

»Hice caer nuevamente el martillo y eché a correr.

»Ahora lo sabe todo. Haga lo que mejor le parezca.»

* * *

Al día siguiente, el inspector Twinker vino a tomar el té conmigo.

—Me enteré inmediatamente de la muerte de Lady Browning y, como me había ocupado de la muerte de su marido, me encargaron también de este asunto.

—Cuáles son sus conclusiones, inspector?

—La medicina no admite réplicas. Lady Browning, según el diagnóstico del forense, se ha suicidado con una cápsula de cianuro. Debía llevarla encima desde hace tiempo.

—Venga a mi despacho, inspector. Quiero enseñarle un curioso documento, antes de destruirlo.

Twinker se sentó ante mi mesa y leyó, al parecer sin alterarse, la larga «confesión» de mi cuñada, mientras yo fumaba mi pipa al lado de la chimenea.

Cuando volvió la última página, reunió cuidadosamente, todas las hojas y me las tendió.

—¿Qué le parece? —pregunté mientras las arrojaba con cierta delectación a la chimenea.

En lugar de responder inmediatamente, esperó a que el fuego devorara por completo las blancas hojas, que se retorcían y adquirían extrañas formas.

—En mi opinión, este manuscrito prueba definitivamente, que Lady Browning estaba loca de atar —dijo clavando en mí sus ojos claros.

—Sin duda — asentí yo mientras encendía la pipa. Permanecimos un buen rato mirando el fuego.

—Esta mañana me ha pasado algo muy curioso, inspector. Fui al cementerio, al sitio donde está enterado mi hermano. No había nadie.

—Sí, había alguien, míster Browning. Yo estaba allí. No quise molestarle en sus... trabajos.

—¿Entonces me vio...?

—Sí. Le vi enterrar una caja de cerillas.

—¿Sabe lo que había dentro?

—Supongo que una mosca.

—Sí. La encontré de buena mañana en el jardín. Había caído en una tela de araña.

—¿Estaba muerta?

—No del todo. Tuve que acabar con ella... La aplasté entre dos piedras. Tenía la cabeza blanca..., completamente blanca.

LA DAMA DE NINGUNA PARTE

*«Al poeta Jean Cocteau,
que me inspiró esta Eurídice.»*

Posteriormente, todo el mundo encontró lógico que me dedicara a meter la nariz en los asuntos personales de Bernard. Al fin y al cabo, un doble derecho me autorizaba a hacerlo: yo era, en primer lugar, su único pariente, y en segundo, el responsable de la seguridad pública en aquella zona. En aquella época, además, mi esposa y yo vivíamos en su pabellón, al borde del lago. Todo se debió a un accidente, estoy persuadido de ello, pero mi —llámenlo como quieran— intuición, instinto o peculiar olfato para este tipo de problemas, adquirido en treinta años de oficio, me hizo comprender, desde que husmeé por primera vez en el asunto, que parte de la culpa era de Berny. Cuando un perro quiere esconder un hueso, hace un agujero en el suelo, lo mete dentro y lo cubre de tierra. Cuando un hombre quiere ocultar a sus semejantes algo que ha sido escrito, quema el papel y esparce la ceniza a los cuatro vientos. Pues bien: las cenizas estaban en la chimenea. Muchas cenizas. Recogerlas no habría servido para nada, porque mi hermano las había pisoteado con la visible intención de aplastarlas. A pesar de lo cual, encontré un trozo de papel intacto en la base del montón de cenizas, es decir, en el lugar que lógicamente debía haberse consumido antes. También conseguí descifrar las borrosas palabras mecanografiadas que se veían sobre él:...NA Y CUARTO. MAÑANA. LA AMO... Llevado por la costumbre, reproduje este mensaje con la máquina de Berny para comparar los dos textos, pero ya antes de hacerlo estaba convencido de que mi hermano era el autor del primero. ¡Y todo había sucedido a las trece y dieciséis, hora bastante aproximada a la una y cuarto! De paso descubrí que

Berny tenía una aventura amorosa...

—¡Vamos, gandul, al trabajo! ¡Busca la mujer! —murmuré para mis adentros, mientras encendía la pipa tras sacudir sus endurecidas cenizas.

No encontré a la mujer, pero di con algo que parecía el resto de una foto. Un marco vacío, encima del televisor, me puso sobre la pista: era su marco.

Y, casi al mismo tiempo, descubrí el micrófono, precisamente al lado del marco vacío. Estaba conectado al televisor. Encendí éste, lo dejé calentar y pude oír, hablando a través del micrófono, cómo mi voz era amplificada por el altavoz del receptor, que no se hallaba unido a ningún otro aparato.

Encima de la mesa de Berny, y bajo un montón de documentos técnicos, encontré cuatro hojas de papel con algunas palabras escritas a máquina, siempre a base de mayúsculas. ¿Era Bernard el autor o el destinatario de aquellos mensajes? Intenté ordenarlos cronológicamente. Tres parecían encajar, pero el cuarto me llenó de perplejidad. Era el más corto: ¿ES USTED FELIZ? En las otras hojas, sucesivas, podía leerse:

¿ENTONCES QUÉ SABE USTED EXACTAMENTE DE MÍ?

ME GUSTARÍA PODER REUNIRME CON USTED AHÍ ABAJO.

¿Y QUÉ DESEAN DE Mí, SUPONIENDO QUE LES CREA?

Poco a poco, fragmento a fragmento, reconstruí la respuesta a estas preguntas. Tardé dos años enteros. En realidad, de no haber sido por la colaboración de mi mujer, aún seguiría a oscuras. Durante los primeros tiempos me negué a admitir sus descubrimientos, pero ella consiguió muy pronto pruebas irrefutables. Cuando finalmente nos vimos en posesión de todos los elementos de la historia, ya no volví a dudar. Nadie, sin embargo, habría creído entonces mi versión de los hechos. Y si me hubiera decidido a hacer un informe oficial, habría tenido un cincuenta por ciento de posibilidades de acabar en el manicomio más cercano. Pero ahora, que me hallo en posesión de una historia completa, no arriesgo nada. Si algún día se publica, siempre podré decir que se trata de una invención literaria. Únicamente mi mujer, y tal vez un grupo de sabios, sabrán que es una historia verdadera.

Todo el mundo reconocía en mi hermano Bernard al cerebro de

la familia. Personalmente, nunca me sorprendió oír decir a la gente que Bernard coleccionaba títulos y certificados de igual forma que otros coleccionan mariposas o sellos de correos. Aún recuerdo la felicidad que se reflejaba en su rostro cuando regresó a Ray Falls con su diploma de doctor. ¡El doctor Bernard E. Marsden! Y cuando, al bajar del tren, me anunció que le habían elegido para desempeñar un cargo importante en el Instituto de Investigaciones Nucleares.

Bernard vivía al borde del lago, justo encima de los rompientes, en un pabellón pequeño y muy confortable. Una vieja solterona de la vecindad iba todos los días a prepararle la comida y a limpiar la casa. La cena se la hacía él mismo. Mi hermano, a pesar de su cotidiano baño matinal en el lago, no era un deportista, pero había heredado la sólida osamenta de los Marsden y —de paso— sus intensos ojos azules. Aunque yo había adquirido sólidas nociones de lucha en la academia de policía, creo que Bernard me habría vencido con facilidad.

He aquí mi versión de los hechos:

Una noche, en la que se había quedado trabajando hasta muy tarde para preparar unas fórmulas que el cerebro electrónico debía calcular al día siguiente, Berny bostezó, se estiró y comprendió que era ya hora de irse a la cama. Sabía por experiencia que sólo conseguía dormirse después de olvidar todo lo concerniente a su trabajo. Por ello tenía la costumbre de dar un paseo hasta el borde del lago, mientras se fumaba la última pipa del día. Aquella noche, sin embargo, llovía con tanta intensidad, que se decidió a encender la televisión. La pantalla se iluminó y dos hombres aparecieron en ella. Parecían hablar entre sí, pero Berny no pudo oír nada. La imagen, por otra parte, estaba borrosa. Intentó regular el sonido y precisar la visión, pero finalmente desistió de ello, pensando que algo, su receptor o la estación local, funcionaba defectuosamente. Apagó y se fue a la cama.

Algunos días más tarde, tras concluir la copia a máquina de un informe, encendió de nuevo el aparato. Al cabo de un instante escuchó una voz de hombre, confusa y desarticulada y, al iluminarse la pantalla, sólo pudo ver unas vagas sombras, que le cruzaban una y otra vez en todas direcciones.

«Debe estar estropeado», pensó Berny, maniobrando los diversos

botones de regulación del aparato.

Estaba a punto de apagarlo, cuando una mano, nítida y clara, pasó tanteando por la pantalla, como si buscara alguna cosa. Inmediatamente fue reemplazada por la cabeza de un individuo muy viejo, que guiñó un ojo, volvió la cara para decir algo que Berny no consiguió entender y desapareció suavemente, «como un pez en un acuario». Unos ruidos indistintos, unas fugitivas sombras y nada más.

Berny miró el reloj y cogió el periódico de la noche. La última emisión televisada parecía ser la reedición del telediario a las once y treinta y cinco. ¡Era imposible que se hubiera prolongado hasta la una de la mañana! El problema debía estar en otra parte. No le iba a quedar más remedio que llamar a un experto en televisores... Aunque tal vez se trataba de la emisora local, que experimentaba imágenes en colores o un nuevo método de transmisión. Sí, eso explicaba perfectamente la falta de nitidez de las imágenes y la mala calidad del sonido. Al día siguiente por la mañana, mi hermano telefoneó a Dick Rowlands, uno de los ingenieros de la estación local.

—No, Berny: No estamos realizando ninguna experiencia. ¿A qué hora dices?

—A la una y pico. Y ya lo había observado dos días antes, a una hora todavía más avanzada.

—Anteayer... No, tampoco había nada. ¿Qué canal estabas escuchando?

—El segundo.

—Precisamente el nuestro. Tal vez se trate de una emisión lejana, que hayas captado por cualquier anomalía técnica. A veces pasa. ¿Qué clase de antena tienes?

—Interior.

—Entonces es más curioso. ¿Quieres avisarme si el fenómeno se reproduce? Iré enseguida.

Dos días más tarde, la cosa empezó de nuevo. Berny vio los mismos desdibujados individuos y escuchó las mismas palabras, guturales y apenas audibles.

—Tu aparato marcha bien, Berny —dijo Dick Rowlands al día siguiente—. Lo que has visto en la pantalla debe ser un programa muy lejano, reflejado por la estratosfera. De vez en cuando, sin

razones conocidas, los receptores ordinarios captan esos programas.

—¿Y de dónde puede venir la cosa? ¿De Rusia, de Australia...?

—De más cerca, en mi opinión, aunque es imposible precisarlo. ¿Has reconocido la lengua en la que hablaban?

—No.

El día en que me pidió prestado el televisor portátil, Berny ya no pudo seguir dudando. Evidentemente, se encontraba en presencia de un fenómeno muy singular. Las sombras habían vuelto a aparecer en su pantalla y quería saber si aparecerían también en otra. Para comprobarlo, encendió los dos aparatos al tiempo, después de las «buenas noches» que indicaban el término de la emisión local. Dos minutos más tarde, las sombras aparecieron en ambas pantallas.

De repente, Berny se levantó de un salto. ¡Eran, sin lugar a dudas, las mismas sombras y caras que había visto los días anteriores, pero diferían en cada una de las pantallas! Esto excluía la posibilidad de haber captado un programa lejano, a no ser que hubiera dos. Cuando las sombras desaparecieron y el sonido se extinguió progresivamente con su ronroneo habitual, Berny desenchufó y encendió la pipa. Sólo había dos soluciones. O experiencias, locales o distantes, de las que Dick no hubiera oído hablar, o... algo muy diferente. Era preciso verificar con cuidado la primera posibilidad. Si, efectivamente, se trataba de experiencias, no debían tener un carácter muy secreto, puesto que cualquiera las podía captar.

Pero Berny se equivocaba. Lo comprendió algunos días más tarde, al hacerse el sonido más fuerte que de ordinario. Se disponía ya a disminuir el volumen, cuando oyó una voz extraña, que parecía cacarear. Y, casi al momento, otra voz le respondió en un tono más agudo. Entonces la pantalla se iluminó y Berny pudo ver, con toda claridad, a dos hombres que charlaban entre sí. Evidentemente, se trataba de dos japoneses. Uno de ellos se volvió, señaló la pantalla con el dedo y los dos avanzaron en dirección a Berny.

«Dick, por lo tanto, tenía razón», masculló Berny. Una simple anomalía técnica le había permitido captar un programa japonés. Los dos hombres de la pantalla habían dejado de hablar y miraban hacia la cámara. Uno dijo algo y señaló nuevamente a Berny con el

dedo índice.

Después hizo ademán de coger un vaso imaginario y de beber. «Simple coincidencia», pensó Berny, echando una ojeada al vaso de leche colocado junto a él y metiéndose la mano en el bolsillo para sacar las cerillas. Pero el hombrecillo de la pantalla se hurgó también en el suyo y cuando Berny, con las cejas fruncidas, encontró lo que buscaba y se puso a encender la pipa, el individuo en cuestión le imitó con una pipa inexistente. El otro japonés, que presenciaba la escena sin intervenir en ella, se rió y dijo algo. Inmediatamente, tres o cuatro personas, vestidas todas con trajes muy sencillos, aparecieron en la pantalla y clavaron los ojos en Berny.

El vaso de leche, la pipa, la insistencia de las miradas, las evidentes alusiones a su persona... Aquello sólo podía tener una explicación: Berny se había convertido en objeto de una fantástica experiencia. Al parecer, se hallaba frente a unos ingenieros, japoneses al parecer, que habían descubierto un sistema para transformar en emisor-receptor de televisión un simple receptor. Pero Berny no podía contentarse con esa hipótesis. Sin apartar los ojos de la pantalla, se desanudó lentamente la corbata. El individuo que protagonizaba la escena, tras dedicarle un ligero saludo, acompañado de una sonrisa irónica, le imitó. No quedaba ya la menor duda.

—¿Pueden oírme? —preguntó Berny, a quien sobresaltó el sonido de su propia voz.

Los extraños personajes le miraron fijamente. Uno de ellos se puso a hablar muy deprisa y un viejo con gafas vino hasta el centro de la pantalla y dijo silabeando cuidadosamente:

—¿Hablar inglés?

—Sí —contestó Berny, dominado por una gran excitación—. ¿Pueden oírme?

Todos empezaron a hablar al mismo tiempo y el que había imitado los movimientos y gestos de Berny dijo algo al viejo, que sacudió la cabeza. La discusión se prolongó aún unos instantes, hasta que el viejo se dirigió nuevamente a Berny:

—Espere un poco, si hace el favor... ¿Comprendido?

—¿Quieren ustedes que yo espere? —preguntó Berny, señalándose a sí mismo con el dedo.

Todos le hicieron un leve saludo.

No tuvo que aguardar mucho tiempo. Ante él apareció una muchacha bastante guapa, vestida con un sencillo traje blanco, que avanzó apartándose sus largos cabellos a un lado de la cabeza. Tras dirigir una mirada a los hombres que la rodeaban, se adelantó hasta que sus dos manos parecieron tocar la pantalla. Había oído, evidentemente, la conversación, porque desde el primer momento miró a Berny. Los misteriosos personajes se agruparon alrededor de ella y continuaron hablando. La muchacha esperó pacientemente a que terminaran y después, con los ojos clavados en Berny, dijo en perfecto inglés:

—¿Habla usted inglés, por favor?

—Sí. ¿Me oye? ¿Quién es usted? ¿Dónde está?

Ella le miró tristemente y todos se pusieron a hablar al mismo tiempo.

—Al parecer, usted nos oye pero nosotros a usted no. ¿Ha comprendido?

—Sí —dijo Berny con un gesto. Después se precipitó a su mesa, cogió una estilográfica de tinta roja y escribió con letras mayúsculas sobre un folio en blanco:

¿PUEDEN LEER ESTO? ¿QUIÉNES SON USTEDES?

—Sí, podemos leerlo muy bien —contestó la muchacha cuando Berny colocó su mensaje ante la pantalla—. Nosotros... —pero en aquel momento fue interrumpida por el charloteo de media docena de excitadas voces. Entonces levantando los ojos hacia mi hermano, explicó—: Me dicen que contestaremos a sus preguntas cuando llegue el momento. Antes queremos saber quién es usted y dónde está.

Berny, tras hacer un gesto de asentimiento, trajo la mesita portátil con la máquina de escribir y se instaló delante del receptor. Después metió papel en la máquina y escribió, siempre con mayúsculas:

MI NOMBRE ES BERNARD MARSDEN. ÉSTA ES MI CASA, SITUADA EN RAY FALLS. ¿QUIÉNES SON USTEDES? ¿DÓNDE ESTÁN?

Puso el papel a la altura de la pantalla. Inclinandose, la joven lo leyó y lo tradujo.

—¿Dónde está Ray Falls? ¿No será por casualidad el Centro de

Investigaciones Nucleares? —preguntó la muchacha un momento más tarde.

Berny, señalando con el dedo la última pregunta de su mensaje, hizo un gesto afirmativo.

—Aguarde... Es preciso que consulte —dijo ella volviéndose hacia sus compañeros.

¿ESTÁN PRESOS?, tecleó rápidamente Berny, mientras los personajes de la pantalla celebraban su conciliábulo.

La muchacha leyó el mensaje y sonrió.

—No. Estos hombres son sabios muy inteligentes. Gracias a ellos hemos podido entrar en comunicación con usted. Me resulta difícil explicarle dónde estamos, porque, en realidad, no estamos en ninguna parte.

Berny dio un respingo sobre su silla, ante la sorprendida mirada de sus interlocutores, y tecleó muy deprisa:

ESTOY DISPUESTO A CREER QUE SE TRATA DE UNA EXPERIENCIA FANTÁSTICA, PERO NO QUIERO QUE NADIE SE BURLE DE MÍ. DIGA A ESOS TIPOS QUE PONGAN LAS CARTAS BOCA ARRIBA O APAGARÉ EL TELEVISOR. REPITO: ¿QUIÉNES SON USTEDES? ¿DÓNDE ESTÁN?

Mantuvo un instante el papel delante de la pantalla, para que la muchacha pudiera traducir el texto. Sus compañeros dijeron algo y ella, levantando una vez más los ojos hacia Berny, explicó:

—Tienen que ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de contestar a sus preguntas. ¿Puede esperar unos cuantos minutos?

Berny hizo un signo de aquiescencia. Ella prosiguió:

—Entretanto puedo decirle mi nombre, míster Marsden.

Se interrumpió y miró, por encima del hombro, hacia atrás.

—Me llamo Mary Seymour y soy oriunda de Hull, en Yorkshire.

En aquel momento regresaron sus compañeros. El mayor de ellos, el de las gafas, habló durante bastante rato. Por fin, la muchacha se volvió hacia Berny con una sonrisa:

—Antes de nada, quieren darle su palabra de que todo esto no es una broma. A continuación intentarán responder a sus preguntas. La cosa no será fácil y tendrá que armarse de paciencia. Nosotros no formamos parte de su mundo... No, míster Marsden, le juro que estoy diciendo la verdad y le ruego que me escuche... Desde su punto de vista, nosotros estamos muertos. Pero no, no somos

fantasmas. ¡Tenga paciencia, se lo ruego!

Berny se encogió de hombros en signo de duda. Los individuos de la pantalla se agruparon y parecieron celebrar una nueva asamblea. Hablaban muy deprisa.

—Dicen que si no nos promete escuchar hasta el final, abandonaremos su pantalla y probaremos con otro.

DE ACUERDO. LES ESCUCHARÉ HASTA EL FINAL, tecleó Berny lo más deprisa que pudo.

—Gracias. ¿Dónde estaba?... ¡Ah! Los individuos que me rodean son japoneses. Todos ellos se encontraban en el centro de la explosión cuando estalló la bomba atómica en Nagasaki. Yo también estaba allí y, para hablar con su lenguaje, fallecí en las mismas circunstancias.

MIENTEN, escribió Berny en uno de los papeles ya utilizados.

—¡Por favor! —suplicó la muchacha—. Aquí sólo hay una persona capaz de explicarle todo esto. Es el profesor Kizoki. Yo no entiendo nada de asuntos científicos, pero intentaré traducir de la manera más fiel posible lo que él me diga. En primer lugar, es preciso convencerle a usted de que no estamos muertos. Y no lo estamos, porque nos encontrábamos en el mismísimo centro de la desintegración molecular y atómica. La reacción en cadena producida por esa desintegración superó al tiempo en velocidad... He dicho, efectivamente, «superó al tiempo en velocidad»... Son palabras del profesor. Seguramente, usted sabrá lo que quieren decir. Aquello sucedió, para darle una idea aproximada, a una velocidad muy superior a la de la luz, que es —como seguramente también sabe— la más elevada que el hombre conoce.

¿A QUÉ VELOCIDAD?, escribió Berny con una mueca.

Ella tradujo la pregunta, esperó la respuesta del profesor y se volvió una vez más hacia mi hermano.

—Es imposible que usted lo comprenda, pero el profesor sugiere esto: suponga que aquello sucediera a una velocidad tal, que según la teoría de la relatividad, y con arreglo a sus actuales unidades de tiempo, la desintegración terminara antes, o por lo menos casi antes, de haber empezado. Escúcheme, por favor. El profesor dice que no ve otro medio de explicarle, de manera aproximada, la noción de velocidad a la que se refiere.

Berny asintió varias veces con la cabeza y la muchacha

prosiguió.

—El resultado de la desintegración es igualmente difícil de explicar, pero el profesor sugiere dos imágenes: de un estado de tres dimensiones en un universo de cuatro, nosotros hemos sido transferidos a un estado de cuatro dimensiones en un universo de cinco. O, si lo prefiere así, nos hemos convertido en formas de la antimateria. ¿Entiende?

Berny tecleó rápidamente:

TEÓRICAMENTE ES POSIBLE, PERO NO LO CREO ¿PUEDEN DARME ALGUNA PRUEBA?

—Supongo que ellos podrán —dijo la muchacha con una sonrisa. Después tradujo.

¿USTED LOS CREE?, escribió Berny, mientras ella escuchaba al profesor.

—Sí, porque no hay otra explicación posible.

¿CÓMO PUEDO CONVENCERLE DE QUE NO ESTÁN EN CUALQUIER EMISORA DE TELEVISIÓN, GASTANDO LA MEJOR BROMA DE SU VIDA?

—No, misten Marsden. Le aseguro que es la primera vez que alguien me ve después... después de mi desaparición en Nagasaki. Escúcheme bien: el profesor dice que está en condiciones de darle una prueba por el absurdo. Puede usted comprobar fácilmente la existencia real de dos personas, por lo menos, que están aquí y que eran muy conocidas en Nagasaki. El profesor dice que existen fotos suyas en numerosos libros de Tokio. Y que figura en la lista de las víctimas de la explosión. Dice también que era bastante conocido en los medios científicos por sus investigaciones sobre el ojo. Y añade que, cuando usted haya comprobado todo esto, lo que debe hacer cuanto antes, el simple hecho de haber podido charlar con nosotros por medio de su televisor será la mejor prueba.

Y USTED, MISS SEYMOUR? ¿PUEDO ENCONTRAR EN ALGUNA PARTE UNA FOTO SUYA E INFORMES SOBRE SU VIDA?

—¡Sí! Hay una tía mía que vive aún en Hull. Sé que conserva una foto mía, en la que estoy vestida de enfermera. Me la sacaron cuando hacía prácticas en el hospital de Hull. No le será difícil seguir mis huellas. Descubrirá que fui enviada a Singapur y que me dieron por desaparecida cuando entraron las tropas japonesas. Entonces me llevaron al Japón con otras dos enfermeras. Una de

ellas vive aún... Puedo darle su nombre y su dirección... Ella confirmará cuanto le estoy diciendo. Nos vimos por última vez en Yokohama.

¿CÓMO PUEDE SABER QUE AÚN ESTÁ VIVA?

—La veo a menudo. Todos nosotros nos desplazamos sin la menor dificultad y muy rápidamente.

¿HA APARECIDO USTED SOBRE SU PANTALLA DE TELEVISIÓN?

—Esta es la primera vez que lo hago. El profesor lo ha intentado sin éxito una porción de veces. Rara vez concurren todas las condiciones favorables. Sólo podemos integrar nuestra imagen en la corriente de electrones de un receptor que esté en marcha y, al mismo tiempo, libre. Es decir, fuera de las horas de emisión. Si entráramos en competencia con una imagen televisada, correríamos graves peligros. Y, como puede suponer, la gente no tiene costumbre de dejar encendidos sus televisores cuando no hay emisión. Usted es la primera persona con la que hemos conseguido ponernos en contacto.

SUPONIENDO QUE LES CREA (NO HE DICHO QUE SEA ASÍ), ¿QUÉ ESPERAN DE MÍ?

—Que nos sirva de enlace con algunos sabios. El profesor desea tener un cambio de impresiones con ellos.

¿SON USTEDES MUCHOS? ¿SE HAN ENCONTRADO CON OTRAS PERSONAS EN EL MISMO CASO?

—Sí. Con muchas otras, a las que apenas conseguimos entender. Seres venidos de otros mundos.

¿A QUÉ SE PARECEN?

—No lo sé a ciencia cierta... Las formas, los rasgos, los sonidos que emiten... Nada de todo eso tiene sentido en nuestra... dimensión. Es casi imposible de explicar.

La imagen de la muchacha tembló repentinamente. Un ruido de trompetas y un breve golpe de címbalos acompañaron la proyección sobre la pantalla del reloj del ayuntamiento de Ray Falls. Berny, sorprendido, echó un vistazo a su reloj y corrió a la ventana. Una franja de cielo rosado, que se reflejaba en las tranquilas aguas del lago, le confirmó que eran las seis y que un nuevo día acababa de empezar.

Berny decidió guardar silencio sobre su «visión», al menos por el

momento. Y cuando llegó, un par de horas más tarde, al Instituto de Investigaciones Nucleares, se encaminó directamente a la biblioteca y se pasó la mayor parte de la mañana consultando obras que llevaba años sin abrir. En teoría, parecía casi imposible que los átomos componentes de un objeto, o incluso de un animal, pudieran transformarse en algo completamente distinto, conservando sin embargo su entidad.

Berny veló toda la noche, pero la luz temblorosa de su pantalla no compuso forma alguna. El altavoz ronroneó y tosió hasta la aparición del reloj, con su habitual acompañamiento musical, a las seis en punto de la mañana.

Durante toda una semana, Berny perdió sus noches ante el aparato, esperando vanamente el retorno de Mary. A pesar de las apariencias, no estaba absolutamente convencido de haber sido víctima de una broma. E incluso, aun suponiendo que fuera así, alguien había realizado un prodigioso descubrimiento científico. Dudaba, además, de que existiera una mujer capaz de representar con tanta veracidad el papel de Mary Seymour. Ésta había dado una versión de su drama llena de dulzura y sencillez. ¿Se había enamorado mi hermano de un rostro, de una fugitiva sombra apenas entrevista en la pantalla de televisión? ¿Existía o no existía Mary? Ella había dicho que no era un fantasma, pero al mismo tiempo había dado a entender que tampoco podía considerársela como una criatura humana.

Cuando, una semana después, Berny se sentó ante su desayuno, había tomado ya una decisión: comprobaría la historia de Mary Seymour. Para ello pidió un permiso en el Instituto y se dirigió a Hull.

Al regresar a Ray Falls, veinte días más tarde, Berny traía una certidumbre: Mary Seymour había existido realmente. La directora de la *Royal Infirmary* de Hull le confirmó que Mary Seymour había servido como enfermera en aquel establecimiento. Y, sin necesidad de consultar los archivos, le dijo que Miss Seymour había salido para Singapur al empezar la guerra, en compañía de un grupo de médicos y enfermeras, y nunca se había vuelto a saber nada de ella. También le enseñó la placa de mármol en donde se había inscrito el nombre de la muchacha desaparecida.

La secretaria de la sección local de la Y.W.C.A.^[1] se acordaba

perfectamente de miss Seymour, que había vivido allí durante varios meses. El primer A. Seymour que encontró en el listín de teléfonos, por otra parte, resultó el adecuado. Sí, la señorita Anne Seymour había tenido una sobrina que desapareció durante la guerra. ¿Podía pasar a verla? Muy agradecido. La anciana señora le confirmó cuanto ya sabía y Berny, con el pretexto de estar verificando la lista de los ingleses residentes en Singapur al comienzo de la guerra, consiguió salir de la casa con la prueba definitiva en su bolsillo. Se trataba de una foto de Mary Seymour, a los veinte años de edad, cuyo parecido con la muchacha del televisor resultaba asombroso.

Antes de deshacer las maletas, Berny se sentó a la mesa con la intención de clasificar sus notas. Ya no le quedaba la menor duda. Iba a redactar un informe tan preciso, documentado y completo como fuera posible, que sometería al profesor Holmes, director general del Instituto. Estaba convencido de que Holmes le creería, aunque tal vez le desaconsejara la divulgación del informe, alegando que era demasiado fantástico. Berny, de todos modos, estaba resuelto. Publicaría una relación completa de los hechos, aunque para ello se viera obligado a recurrir al periódico local.

Se detuvo un instante y contempló la imagen de Mary Seymour. Repentinamente se levantó, cogió un marco de una estantería, arrancó de él una antigua foto y puso en su lugar la de Mary. Luego dejó el marco encima del televisor. Miró el reloj, encendió el aparato y un instante después, incluso antes de que la pantalla se iluminara, los ruidos, rechinamientos de neumáticos, sirenas de policía y tiros de revólver le hicieron comprender que proyectaban una película policíaca. Redujo el volumen y regresó a su mesa.

Debió trabajar durante un buen rato, porque cuando algún tiempo más tarde, fatigado, bostezó, se desperezó y volvió la cabeza, vio a Mary, que parecía hablarle desde la pantalla.

—¡Mary! —dijo en un soplo...

Se acercó de un salto al aparato y elevó al máximo su potencia.

—... no queremos.

REPITA, POR FAVOR, se apresuró a teclear en la máquina.

—Sabemos que está preparando un informe sobre nosotros y le suplicamos que abandone ese proyecto.

MARY, AHORA SÉ QUE TODO ES CIERTO. ¿DÓNDE ESTÁN LOS

OTROS?

—No quieren dejarse ver. Resulta bastante doloroso... Dos de nuestros amigos fueron destruidos la última vez.

¿USTED NO SUFRIÓ DAÑO?

—No, pero prométame que no hará ese informe.

¿POR QUÉ?, escribió rápidamente con el lápiz.

—Son los otros quienes han tomado esta decisión. Aunque pudiéramos volver a la Tierra, no queríamos hacerlo. La mayoría se ha pronunciado contra toda nueva comunicación con... los terrícolas.

Berny volvió a enseñarle el papel donde había garabateado la pregunta ¿POR QUÉ?

—Los humanos... los terrícolas son malos.

Berny cogió la foto de Mary y se la enseñó.

—Sí, ya lo sé. Estaba allí —dijo la muchacha sonriendo.

—¡Mary! ¿Me ha seguido a todas partes?

—No puedo oírle, Berny...

Escribió la pregunta y se la enseñó.

—Sí. Podemos ir a donde queramos sin dificultad. Precisamente me encontraba en Hull cuando usted llegó.

MARY, ¿ES USTED FELIZ?

—Todo tiene un valor tan diferente aquí... Sí, Berny, soy feliz, pero con una felicidad que los... hombres de la Tierra no sabrían comprender.

¿CÓMO VIVEN USTEDES? ¿QUÉ HACEN?

—Es imposible de explicar. Las cosas que tienen alguna importancia en la tierra, aquí no existen. Nosotros mismos, por ejemplo, carecemos de forma. Somos, simplemente.

ENTONCES, ¿CÓMO PUEDEN VERSE UNOS A OTROS?

—No nos vemos. Pero siempre sabemos dónde estamos. Y es mejor así. ¿Cómo podría explicárselo? Cuando usted me mira, sólo ve mi cara, la forma externa de mi cara. Aquí, cuando nos encontramos (e incluso sin necesidad de encontrarnos), no vemos el interior ni el exterior de los demás, pero nos conocemos. Nos conocemos a fondo. Quiero decir que si nuestro conocimiento de los demás pudiera transformarse en imágenes sería como si usted pudiera ver a alguien desde todas las posiciones, comprendida la interior, al mismo tiempo.

¿PUEDEN LEER EN EL PENSAMIENTO AJENO?

—No, no quería decir eso. No podemos leer el pensamiento... Lo conocemos simplemente.

ENTONCES, ¿CÓMO SE COMUNICAN ENTRE USTEDES?

—Jamás tenemos necesidad de comunicarnos. Sabemos, pero... es inútil, no podría comprenderlo.

TAL VEZ, SI LO INTENTO...

—De acuerdo, Berny. Pero no creo que adelantemos nada.

¿PUEDEN VERNOS Y CONOCER NUESTROS PENSAMIENTOS DE LA MISMA FORMA?

—No, porque los terrícolas sólo tienen tres dimensiones. Pero podemos pasearnos entre ustedes, observarles y escucharles.

¿POR QUÉ NO ME OYE USTED AHORA?

—Porque, para que usted pueda verme y oírme, debo insinuar, por decirlo de algún modo, mis átomos en su tubo catódico... Suponiendo que se llame así.

¿QUÉ SABE DE MI, MARY?

—Creo que todo, Berny. Llevo mucho tiempo junto a usted, especialmente desde que visitó a mi tía en Hull.

Berny enrojeció, tuvo un instante de vacilación y por fin tecleó:

¿SABE TAMBIÉN QUE LA AMO?

—Sí, Berny. Tal vez lo supe antes que usted...

¿PUEDE ADIVINAR EL PORVENIR?

—No como usted lo adivinaría.

¿LE IMPORTO ALGO?

—Sí, pero de una forma muy diferente.

SÓLO PUEDE HABER UNA MANERA.

—¡Oh, no! —dijo ella riéndose—. Pero estando donde está, no sería capaz de entenderlo, Berny.

¿DE TODAS FORMAS LE IMPORTO ALGO?

—Sí. Para ser justa, según sus... sus criterios, creo que yo... también le quiero, Berny.

ME GUSTARÍA PODER REUNIRME CON USTED AHÍ.

—Eso carecería de sentido, Berny. Le aseguro que es imposible besar algo desprovisto, según su punto de vista, de realidad material. Pero me estoy entreteniendo más de la cuenta y debo marcharme. ¿Es tarde? Aquí no tenemos conciencia del tiempo.

Berny asintió con la cabeza y le enseñó el reloj.

—¡Oh! Buenas noches, Berny. Hasta pronto.

Le envió un beso y se deslizó fuera de la pantalla, que continuó parpadeando sin imagen alguna. Del aparato no salía ya el menor ruido.

Berny se pasó trabajando el resto de la noche. Reflexionó mucho y escribió también mucho. Cuando llegó la mañana, había terminado, entre otras cosas, una carta a máquina de tres páginas para Mary Seymour.

Al día siguiente, en lugar de continuar su informe, visitó a su proveedor de objetos eléctricos y le compró un micrófono. De regreso a casa, instaló éste de tal forma que, al hablar ante él, la voz fuera amplificada por el altavoz del televisor. Después redactó una explicación sobre otra hoja de papel: esperaba que, gracias a ese procedimiento, Mary podría escucharle y él no se vería obligado a utilizar el fastidioso canal de la máquina de escribir para expresarse. Dispuso cuidadosamente este segundo mensaje, en unión de su carta, frente a la pantalla, y aquella noche, al terminar las emisiones locales de televisión, dejó el aparato encendido.

Se encontraba en la cocina, preparando un vaso de leche con bizcocho, cuando oyó que Mary le llamaba:

—¡Berny! Si no te importa, no utilices aún ese micrófono. Temo que sus consecuencias puedan ser aún más peligrosas que la simple llegada de la imagen. ¿No lo crees tú también?

Berny cerró la puerta de la nevera y fue corriendo a desenchufar el micrófono.

—Berny, va bien, va maravillosamente —dijo Mary con voz emocionada—. He oído perfectamente el golpe de la puerta y no he sentido ningún daño. Intenta decir algo... en voz baja para empezar.

Temblando como una hoja, Berny murmuró:

—Mary, te amo.

—Gracias, Berny. Ya lo sabía. Sé también lo que has escrito, porque en cuanto recupero mi otro «estado», me quedo cerca de ti y puedo ver lo que haces.

—¿Has mirado por encima de mi hombro mientras redactaba?

—No exactamente. Estaba al mismo tiempo en tus dedos, en el papel sobre el que escribías... ¿Pero cómo vas a entender todo esto?

—Lo único que entiendo, Mary, es que me quieres y que es

absolutamente preciso que encontremos una solución a todo esto.

—¿Qué solución?

—Al fin y al cabo, querida, no eres un fantasma. ¡Estás viva, incluso muy viva! De no ser así, no podrías aparecer sobre una pantalla de televisión, hablando y discutiendo inteligentemente. Ésta es mi conclusión: puesto que vives, hay esperanza.

—¿Esperanza de qué, Berny?

—No lo sé. Pero si una bomba atómica ha podido transportarte al sitio donde estás, y dejarte sana y salva allí, basta con llevar a cabo la operación inversa. Por ello debo hacer un informe sobre todo esto, para que hombres más capacitados que yo estudien el procedimiento más adecuado.

—Berny, eres un encanto... pero todo eso es imposible —dijo Mary con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Tiene que haber un medio de... de salvarte!

—No necesitamos ser salvados. Y los otros, aunque efectivamente lo necesitáramos, no quieren ser salvados... Berny, si dices una sola palabra de nuestra aventura a alguien, no volverás a verme jamás.

—¡Cómo puedes hablar así!

—En tus manos lo dejo, Berny. Volveré mañana por la noche, si nuestro secreto sigue siéndolo. Si no... encenderás inútilmente tu televisor.

—No te vayas aún.

Pero su cara sonriente ya había desaparecido.

No volvió al día siguiente ni al otro. La tercera noche, al término de las emisiones regulares, apareció en la pantalla de improviso, tapándose una parte de la cara con algo que parecía un pañuelo de cabeza.

—¡Mary! ¿Qué ha pasado? ¡Mírame! —dijo Berny acercándose a la pantalla.

—Berny, amor mío... No hubiera debido venir. Empiezo a resentirme y temo desintegrarme poco a poco si continúo apareciendo en tu pantalla.

—¿Cómo te has dado cuenta? ¡Enséñame tu cara!

—Prefiero que te acuerdes de la Mary de la foto. Tengo que irme, Berny. ¿Lo comprendes, verdad? Y recuerda que estaré siempre cerca de ti, porque, al menos en términos terrestres, te

amo.

—¡Espera, Mary! ¿Cómo vamos a comunicarnos?

—No me apartaré de tu lado, Berny. Pero si ahora me quedara más tiempo, la separación sería irremediable. Recuérdalo bien: no estoy muerta. Hasta luego, mi... ¡Adiós, Berny!

Berny se inclinó sobre la pantalla y ella, acercándose a él, besó la superficie de cristal y desapareció.

Berny descuidó de tal modo su trabajo en el Instituto durante las siguientes semanas, que el profesor Holmes le llamó a su despacho y le preguntó si tenía algún problema.

—Sí y no, señor... Tra... trabajo en un informe... algo completamente... y...

—Bueno. Sea lo que sea, no se mate, Marsden, y avísame cuando haya terminado. Me gustará conocer lo antes posible sus conclusiones.

Mi hermano había ordenado hacer una copia de la foto de Mary para agregarla a su informe. Cuando terminó éste, lo relejó cuidadosamente, titubeó aún durante una semana y, decidiéndose al fin, escribió una nota a máquina para Mary. Había intentado una o dos veces hablar en voz alta, pero —aunque estaba seguro de la presencia de la muchacha— no fue capaz de continuar. El mensaje decía lo siguiente:

MARY. VOY A INTENTAR QUE VUELVAS A LA TIERRA. PARA CONSEGUIRLO, NECESITO LA COLABORACIÓN DE LOS MEJORES SABIOS. ÉSTA ES LA RAZÓN, COMO TÚ SIN DUDA SABES, DE QUE HAYA HECHO UN INFORME COMPLETO DE NUESTRA AVENTURA. SÉ QUE NO LO APRUEBAS, PERO ESTOY SEGURO DE QUE ALGÚN DÍA LO COMPRENDERÁS E INCLUSO ME QUEDARÁS AGRADECIDA.

Firmó el papel y lo dejó, ostensiblemente, encima de la mesa. Después cogió el sombrero y en ese momento sonó el timbre del teléfono.

—Sí, es el doctor Marsden.

—Me llamo Perkins, doctor. He encontrado su número en la guía. ¿Estaba escuchando la radio hace unos instantes?

—Lo siento. No. Excúseme, pero no tengo tiempo...

—Espere, doctor, esto no es una broma. He oído un mensaje

radiodifundido para usted.

—¿Qué clase de mensaje?

—Lo han leído, con carácter urgente, entre las noticias deportivas y el concierto sinfónico.

—¿Y cómo sabe que era para mí? ¿Qué decía?

—Era muy corto. Decía simplemente que el doctor Marsden, de Ray Falls, llamara a Miss Seymour, sin falta, esta noche.

—¿Quién lo ha leído?

—No lo sé. Supongo que el locutor.

—¿Era un hombre o una mujer?

—Mire, doctor, ya le he dicho que no se trata de una broma. Llame usted mismo al autor del mensaje. Él le dará todos los informes que desee. Yo solamente quería prestarle un servicio.

—Se lo agradezco infinitamente.

Apenas había colgado, cuando el timbre sonó de nuevo.

—¿Es el doctor Marsden? Hace cinco minutos han radiado un mensaje para usted.

—Ya lo sé. Muchas gracias.

Colgó y al ver que el timbre empezaba otra vez, desenchufó el aparato, se puso el sombrero y el abrigo y salió. Un coche de policía se detuvo ante él, junto a la entrada de su garaje.

—¿Es usted el doctor Marsden?

—Sí. ¿Por qué?

Un policía salió del coche y encendió una linterna, que enfocó hacia Berny.

—Han transmitido un mensaje urgente por la radio y varias personas, que lo han oído, nos han llamado por teléfono para que viniéramos a avisarle.

—Gracias. Yo también lo he oído y me estoy ocupando de él.

—Muy bien. ¿Quiere que le llevemos a alguna parte, doctor?

—No, muchas gracias. No es tan urgente como eso.

Berny encendió su televisor a las once y media y contempló pacientemente la última parte de una película, el boletín de noticias, el parte meteorológico y la habitual despedida de la locutora. Pasó una hora antes de que las oscilaciones luminosas se hicieran más vivas y Berny, repentinamente, se encontró frente a un individuo calvo al que jamás había visto.

—Doctor Marsden, me he ofrecido voluntario para aparecer aquí

esta noche y se me ha aceptado porque hablo inglés.

—¿Dónde está Miss Seymour? ¿Por qué no ha venido personalmente?

—Por la sencilla razón de que una nueva entrevista podría acarrearle gravísimos daños.

—¿A usted no?

—Sólo si me quedara aquí mucho tiempo o si volviera con frecuencia. Esto es tan peligroso para nosotros como la radiactividad para ustedes. Tengo, pues, poco tiempo y le ruego que me escuche con atención.

—¿Está bien Miss Seymour?

—Sí, a condición de que no vuelva a exponerse...

—¿Puedo hablar con ella, aunque sea sin verla?

—No. Y deje de interrumpirme, por favor. Lo que voy a decirle tiene gran importancia y mi margen de seguridad está casi consumido.

—Adelante.

—Miss Seymour nos ha hablado de sus planes. Nosotros no estamos de acuerdo. Por dos razones: en primer lugar, no deseamos recuperar nuestra forma anterior; en segundo, es probable que sus experiencias tuvieran consecuencias fatales para nosotros.

—¿Qué opina Miss Seymour sobre todo esto?

—Creí que no iba a interrumpirme. Miss Seymour está de acuerdo con nosotros. Sabemos que usted no puede conseguir nada y se lo advertimos, pero, para serle francos, nos asustan sus posibles ensayos: ésta es la razón de que hayamos decidido ofrecerle algo a cambio de su silencio. Si realmente lo desea, puede venir con nosotros sin excesivas dificultades. Miss Seymour desea que usted conserve su forma actual, pero no se opondrá a su decisión.

—¿Y... se casará conmigo?

—Si usted lo desea, sí... pero eso aquí carece de sentido. Usted no puede comprenderlo.

—¿Qué debo hacer?

—El procedimiento, para usted, no reviste demasiados obstáculos. Colóquese en el centro de una explosión atómica. Sabemos que no pertenece al servicio de explosiones nucleares, pero seguramente podría arreglárselas para participar en uno de los próximos ensayos.

—Eso es ridículo —gruñó Berny.

—Sí, seguramente, pero tengo que marcharme. Ya he sobrepasado mi límite de seguridad. Desgraciadamente, el tiempo cuenta cuando aparecemos de esta forma. Avise a Miss Seyrnour si se decide y tomaremos las disposiciones necesarias para que puedan encontrarse.

—¡Eh! ¡Un minuto!

pero el individuo había desaparecido.

Berny no era hombre que se suicidara. Sin embargo, reflexionando sobre el asunto, llegó a la conclusión de que no se trataba de un verdadero suicidio. Al fin y al cabo, se limitaría a sufrir una transformación que nada tenía que ver con la muerte. Carecía de mujer e hijos y su desaparición no perjudicaba a nadie.

No tardó mucho en descubrir que el funcionamiento de los diversos dispositivos de seguridad hacían prácticamente imposible acercarse a una bomba. Y aún era más difícil provocar una explosión accidental, por lo demás, Berny abandonó muy pronto esta idea, porque representaba un grave peligro para otras personas. La cosa no parecía, ni mucho menos, tan sencilla como había supuesto el mensajero. Y, sin embargo, una buena mañana encontró inesperadamente un sistema. Hojeando unos papeles que alguien había dejado por error encima de su mesa del Instituto, Berny se enteró de que uno de sus colegas, el profesor Brenden, estaba a punto de hacer explotar una granada A experimental. Se trataba de una granada de mano que, según su inventor, provocaría una desintegración nuclear en miniatura, capaz de «destruirlo absolutamente todo en un radio de algunos metros». El artefacto presentaba, por añadidura, la ventaja de no tener consecuencias radiactivas y permitía estudiar el lugar de la explosión algunos segundos después de ésta, sin peligro alguno. A diferencia de las granadas ordinarias, la del doctor Brenden no iba provista de detonador deflagrador. En cuanto se le quitaba el seguro, cualquier choque superior a dos kilos accionaba el detonador.

Berny comprendió que no podía tomarse un interés demasiado manifiesto por los trabajos del profesor Brenden, porque entonces las reglas de seguridad del Instituto obligarían a interrogarle y, como medida preventiva se abriría una investigación que tal vez condujera al descubrimiento de su secreto. Después de examinar

todas estas eventualidades, se decidió a redactar un breve informe sobre los distintos sistemas aptos para provocar explosiones muy limitadas, en las cuales la carga nuclear podría contenerse en una simple bala de fusil. Una explosión de ese tipo sólo tendría un radio de acción de algunas decenas de centímetros; Berny comprendía perfectamente las dificultades que encerraba su proyecto, pero trazaba a grandes rasgos la manera de superarlas. Tras enviar el informe a sus superiores, no tuvo que esperar mucho tiempo. El profesor Holmes entró una mañana en su despacho y le dijo:

—Sus ideas son interesantes, Marsden. Parece haber llegado más lejos que el propio Brenden. ¿Qué le parecería una colaboración temporal con él? Va a comenzar sus primeras pruebas y usted podría serle muy útil.

En unos días, Berny aprendió cuanto necesitaba saber y estableció un escrupuloso plan de acción. Pondría el cebo a una de las granadas de Brenden, la llevaría a un depósito especial, cerraría la puerta blindada y la haría saltar a sus pies. Hubiera preferido una explosión al aire libre, pero se daba cuenta de lo descabellado de esta idea, porque nunca conseguiría engañar a los detectores automáticos y a los contadores Geiger instalados en todas las salidas del Instituto.

Cuando estuvo seguro de que ya sólo le faltaba escoger el momento, volvió a su casa y redactó una carta para Mary, explicándole lo que pensaba hacer y pidiéndole que le enviara un mensajero aquella noche. A las doce y cuarto, exactamente trece horas antes del momento escogido para su experiencia, apareció en la pantalla el individuo calvo que ya conocía.

—Miss Seymour le pide que renuncie. Pero, suponiendo que usted se empeñe en seguir adelante, me ha asegurado que le esperará.

Y desapareció.

Berny cometió un error trágico. Hubiera debido echar un vistazo a los otros depósitos subterráneos. En uno de ellos había tres botabas tácticas de potencia media. A Dios gracias sólo explotó una, sin duda la más cercana a la granada de Berny. Pero a pesar de la relativa debilidad de la explosión, Ray Falls fue duramente alcanzado. Seis mil ochenta y tres personas murieron instantáneamente. Y de las ciento veintidós mil trescientas cuarenta

y nueve expuestas a las radiaciones, sólo el ocho por ciento tienen actualmente posibilidades de sobrevivir. La parte este de la ciudad fue completamente destruida, tanto por la explosión como por el gigantesco incendio que la siguió.

¿Cómo me enteré de lo que le había sucedido a Berny? Gracias a mi mujer, con la que trabé conocimiento poco después de la catástrofe y que fue durante mucho tiempo nuestra principal sospechosa. La descubrió el primer equipo de salvamento entre las ruinas del Instituto de Investigaciones y fue trasladada al hospital para curarle una profunda quemadura, que había estrechado considerablemente el lado derecho de su cara. Sufría un profundo trauma y había perdido por completo la memoria. Creía llamarse Mary, pero no estaba segura de ello y, a pesar de nuestros esfuerzos, jamás conseguimos identificarla. Lo que intrigó a los médicos, aun más que su amnesia, fue su total e increíble resistencia a la radiactividad, que mató a tanta gente y que aún sigue matando. Yo, como responsable de la seguridad pública, tuve que verla con frecuencia y ella pareció ligarse mucho a mí (siempre decía que le recordaba a alguien). Cuando, finalmente, le propuse que se casara conmigo, aceptó con toda sencillez.

Después de nuestra luna de miel, empezamos a vivir en el pabellón del borde del lago, que yo había heredado de mi hermano. Llegamos allí una noche y al día siguiente por la mañana, mientras desayunábamos, Mary descubrió el televisor y estuvo a punto de desmayarse.

En aquel momento recobró la memoria.

Ahora llevamos una vida tranquila y somos muy felices. Yo mismo he desmontado el televisor, porque su presencia parecía inquietarla. Por otra parte, en la medida de lo posible, evitamos siempre la proximidad de estos aparatos. Creo saber lo que en ellos le da miedo.

Un miedo que yo comparto.

LA OTRA MANO

*«A la memoria —sin rencor—
de mi maestro de escuela, que me
golpeaba violentamente los dedos
cuando me sorprendía escribiendo
con la mano izquierda.»*

—¿Doctor, podría usted cortarme la mano derecha?

Eché un vistazo por encima de las gafas al hombre delgado y atlético que se encontraba al otro lado de la mesa y, durante un segundo, mi mirada se cruzó con la suya. Allí se leía, al mismo tiempo, miedo y determinación.

Cogí una ficha:

—¿Su nombre, señor...?

—Manoque. Aquí tiene mi carnet de identidad... Jean-Claude Manoque.

—¿Su edad?

—Treinta y dos años.

—¿Su dirección?

Después de cada pregunta, le miraba. Tranquilo a pesar de su petición, bien vestido y dueño de una voz particularmente suave, aquel individuo parecía un hombre de mundo y su dirección daba a entender que gozaba de una posición acomodada. Sus ojos, sin embargo, traicionaban cierto nerviosismo, lo cual nada tenía de extraño en una persona que había tomado la decisión de hacerse operar.

—¿Es su médico de cabecera quien le ha sugerido la necesidad de una intervención quirúrgica?

Cuando le oí decir que no había consultado a ningún otro médico y que había venido a verme únicamente porque yo era

cirujano y vecino suyo, dejé la pluma y me acomodé en la butaca.

—¿Quiere enseñarme su mano, señor Manoque?

Se inclinó hacia mí y extendió la mano sobre la mesa, con la palma vuelta hacia arriba. Era el instrumento fuerte y bien formado que cabía esperar de un hombre de acción, con largos y robustos dedos de punta cuadrada. En la base del pulgar y a lo largo de la palma descubrí dos callosidades que toqué ligeramente.

—Es el tenis —me explicó sonriendo.

Le puse la mano boca abajo, miré las uñas, impecablemente arregladas, y llevé a cabo una inspección superficial, apretando los distintos tendones y venas. Un discreto vello, que le cubría la piel desde la muñeca hasta el arranque de los dedos, denotaba fuerza física, y dos viejas cicatrices sobre las articulares parecían indicar cierta agresividad.

—La otra mano, por favor...

Ambas se parecían mucho. Sólo existía una diferencia perceptible: la derecha temblaba ligeramente, pero también aquello podía obedecer al tenis.

—Gracias, señor Manoque. Ahora, sí hace el favor de explicarme...

—¿Es absolutamente necesario?

—Temo que sí. ¿Por qué quiere desprenderse de su mano?

—Porque no me pertenece —dijo con lentitud, mirándome fijamente a los ojos.

—Ya comprendo, ¿y de quién es? —le pregunté mientras arrancaba una hoja del bloc de notas y empezaba a escribir. Una larga experiencia profesional me había enseñado a no manifestar nunca sorpresa e incluso a reprimir hasta la más imperceptible sonrisa ante las declaraciones de mis pacientes.

—No lo sé, ni me importa. Lo único que quiero es librarme de ella...

—Señor Manoque, siento no poder atenderle personalmente, pero aquí tiene la dirección de un colega que le ayudará.

—Un psiquiatra, supongo. Gracias, doctor. Lo que yo necesito es un cirujano. Perdóneme por haberle molestado... En realidad, ya contaba con esta reacción. Me arreglaré de otro modo.

—Sí, señor Manoque. Se trata de la dirección de un psiquiatra, pero se equivoca si piensa que no puede hacer nada por usted. Le

aconsejo que vaya a verlo.

—No, gracias. Volveré por aquí.

Hizo un saludo ligero y se levantó.

—No podré recibirle.

—Estoy seguro de que podrá.

La enfermera le condujo hasta la puerta. Por mi parte, y mientras esperaba al enfermo siguiente, miré la ficha que acababa de llenar, dudé un instante, y por fin la rompí y la tiré al cesto de los papeles.

Algo más tarde, mientras examinaba —reprimiendo un bostezo — varias radiografías del estómago de la esposa de un célebre anticuario (una mujer en perfecto estado de salud, pero convencida de que necesitaba ser operada de una imaginaria úlcera), mi enfermera llamó a la puerta y entró sin esperar respuesta.

—Perdone, es un caso muy urgente.

La señora del anticuario se volvió hacia ella y después me dirigió una mirada sorprendida.

—¿De qué se trata? —pregunté saliendo de la habitación en compañía de la enfermera y cerrando la puerta tras nosotros.

—Ese joven que acaba de salir... está en el dispensario...

—¿Quiere usted decir que no se ha ido de aquí?

—No. Se fue pero ha vuelto... Ha tenido un accidente.

—¿Un accidente?

—Su mano, doctor.

Cuando, tras un gemido, recobró el conocimiento, le estaba poniendo unos laboriosos puntos de sutura en su mutilada muñeca.

—¿Puede estarse quieto un poco más o prefiere que le duerma?

—No... no me moveré —murmuró.

—Ya está —dije cinco minutos más tarde.

Encendí un cigarrillo y se lo puse en la boca, mientras mi enfermera le inyectaba una dosis de morfina.

—Dentro de un momento llegará la ambulancia.

—Gracias —dijo. Y luego, tras una ligera vacilación, añadió—: Supongo que desea saber...

—No, ahora no. Le veré mas tarde en la clínica.

—Como quiera —contestó sonriendo—. ¡Ah! He pensado que usted, o la policía, o cualquier otro, podría reclamarla... Está en el bolsillo. En el bolsillo izquierdo de mi chaqueta.

—¿De qué habla?

—De la mano, naturalmente —dijo arrastrando las sílabas y con los ojos entornados por efecto de la morfina.

Aquella misma tarde recibí la visita del comisario de policía del barrio, que me explicó lo sucedido. Al parecer, el ebanista de la esquina vio como el señor Manoque entraba en su taller, se dirigía hacia uno de sus obreros, dedicado en aquel momento a serrar patas de silla, se inclinaba sobre él y ponía tranquilamente la muñeca contra la hoja de la sierra, que giraba a toda velocidad.

—El ebanista está seguro de que el señor Manoque lo hizo aposta, pero el obrero es menos tajante. ¿Le ha dado su paciente alguna indicación, doctor?

—Sólo que se había guardado la mano en el bolsillo de la chaqueta, por si la policía la reclamaba. Ahora, si desea verla, está sobre esa bandeja...

—No, gracias, doctor.

Dudé antes de mencionar mi primera entrevista con el señor Manoque y por fin me decidí a silenciarla. Aunque estuviera loco, se había confiado a mí y no me sentía con derecho a revelar su secreto.

Al día siguiente por la mañana volví a ver al comisario, que salía de la habitación de mi enfermo. El señor Manoque parecía haberle tranquilizado por completo, explicándole que el deplorable accidente sólo se debía a su torpeza, y que el ebanista no tenía ninguna responsabilidad en el asunto.

—Le agradezco que no haya hablado a la policía de mi primera visita, doctor —me dijo mientras examinaba su gráfico de temperatura— Al enterarse, seguramente, me habrían encerrado en un manicomio.

—Nunca discuto sobre las enfermedades de mis pacientes, señor Manoque, ni siquiera con la policía.

—¿Continúa usted pensando que necesito un tratamiento psiquiátrico?

—Estoy convencido de ello.

—Pero... ¿Y si hubiera una explicación?

—Siempre hay una explicación.

—De acuerdo. ¿Querría escuchar, de todos modos, la mía?

—Cuando esté lo suficientemente repuesto para venir a la

consulta. Y, si no le importa, llamaré a un amigo que se interesará mucho por su historia... Un médico, naturalmente.

—Se empeña en ayudarme contra mi voluntad —dijo el señor Manoque con una sonrisa—. Muy bien. Pero le prevengo de que su amigo tropezará con un cliente particularmente rebelde.

—¿Por qué?

—Porque conservo la cabeza en su sitio.

—Sí, eso salta a la vista.

Con el brazo en cabestrillo y acaso un poco más delgado, pero siempre sonriente, el señor Manoque vino una semana más tarde a la consulta, donde le presenté a mi colega y amigo, el profesor Boucet, que acababa de llegar.

—Señor Manoque, no quiero que usted se sienta obligado a discutir aquí cuestiones personales. Pero si se empeña en darnos una explicación, creo que el profesor Boucet podrá ayudarle. Incluso, si así lo desea, le dejaré solo con él.

—No, doctor. Es a usted, principalmente, a quien debo esta explicación.

—Una última pregunta, señor Manoque. ¿Me permite poner en marcha el magnetofón?

—Si me promete que la cinta no será utilizada contra mí...

—Tiene usted mi palabra.

—En ese caso, de acuerdo.

He aquí la historia de Jean-Claude Manoque, tal como posteriormente yo escribí a máquina, reproduciendo con absoluta fidelidad las palabras registradas por el magnetofón.

Todo empezó con el encendedor de oro de mi cuñado, que un buen día cogí repentinamente y deslicé en mi bolsillo. Ya antes, en un par de ocasiones, había percibido un ligero temblor y cierto extraño aumento de temperatura en mi mano derecha, pero estos dos detalles no volvieron hasta mucho después a mi memoria. Tampoco, por otra parte, concedí demasiada importancia al asunto del encendedor. Me sentí algo molesto, desde luego, y regresé corriendo a la habitación de mi cuñado para devolverle el objeto robado y pedirle perdón. Aparentemente, Ludo no le dio ninguna importancia al hecho. Se rió de buena gana y me dijo que él también hurtaba de vez en cuando cigarrillos o estilográficas y que se sentía muy incómodo cuando más tarde las descubría en sus

bolsillos.

Lo que me inquietó, sin embargo, fue la certidumbre de que mi gesto no podía ser accidental. Intenté encontrarle una explicación. Yo no era un ladrón ni un cleptómano. Tampoco había querido gastar una broma ni fastidiar a Ludo. No me gusta fastidiar a nadie y con Ludo, en cualquier caso, no habría sido prudente hacerlo.

Sólo mucho después, tras otros «accidentes» similares, comprendí que no era yo el autor de ellos, sino mi mano, que actuaba sin esconderse de mí, pero independiente de mi voluntad. Al mismo tiempo establecí una relación entre esos extraños actos de mi mano y el calor y los temblores que los precedían. Una noche, por ejemplo, cuando bajaba por los Campos Elíseos en compañía de mi mujer y de mi cuñado, hice algo absolutamente escandaloso. La presencia de mi mujer probaba sin lugar a dudas que mi mano, a pesar de ser la autora del hecho, no se hallaba bajo el control de mi voluntad. Suzon iba entre nosotros dos y me había pedido, para poder cogerse de mi brazo, que le llevara su revista de modas. Yo la sostenía, hecha un rollo, con la mano derecha. Delante de nosotros iban dos chicas... Dos chicas de esas que los turistas, por alguna razón inexplicable, consideran típicamente parisinas, aunque evidentemente no lo son. Ya saben ustedes: un poquito de exceso en el vestir, con tacones dos centímetros más altos de lo debido y faldas dos centímetros más cortas y demasiado ceñidas a las caderas... A unas caderas cuyo balanceo, por lo demás, también se pasa un poco de la raya... Ludo me hizo una mueca y un guiño que yo le devolví, y Suzon se encogió de hombros mientras dábamos un rodeo para adelantarlas. En ese preciso instante, arrastrado por una fuerza irresistible, levanté el brazo de la revista y le di un sonoro golpe con ella en la parte más carnosa de la muchacha que me pillaba más cerca. La chica, pálida de furor, se volvió dispuesta a darme una bofetada, pero su compañera la cogió del brazo y la retuvo, diciendo: «¿No te das cuenta de que está borracho?». Yo me callé y Suzon se pasó dos días sin dirigirme la palabra.

Una semana más tarde se produjo el segundo incidente. Ludo vino a buscarme para ir a comer, con la intención de que luego nos diéramos una vuelta por el Racing Club y jugáramos un poco al tenis. Al salir del pequeño restaurante donde suelo almorzar, mi mano se apoderó, sin el menor titubeo, de un sombrero que estaba

sobre la percha y me lo puso en la cabeza. Era una prenda horrible, de terciopelo verde y demasiado pequeña para mí. Sin embargo, y a pesar del terror que experimentaba ante la idea de verme perseguido por su propietario, salí del establecimiento sin apresurarme. Sólo al poner el pie en la calle conseguí reaccionar, Ludo se paró en seco, mirándome con aire de sorpresa, y yo logré quitarme el sombrero, volver al restaurante y dejarlo donde lo había encontrado. Nadie pareció darse cuenta y pude echar mano de la excusa, evidentemente muy socorrida, de que lo había tomado por el mío. Fui incapaz de idear una explicación más convincente, pero mi cuñado tuvo la gentileza de fingir que me creía e incluso bromeó sobre el asunto.

—¡Jean-Claude, estas perdiendo tu sentido estético! Suzon habría tenido una crisis de nervios si te hubiera visto con esa pesadilla sobre la cabeza.

Cuando atravesábamos en coche el Bosque de Bolonia, de regreso del Racing Club, mi mano empezó a arder y a temblar de nuevo. Me puse en tensión, decidido a resistir, pero no llegué a sentirme verdaderamente inquieto. Estábamos solos en el coche y no podía suceder nada grave. Por ello me limité a esperar que me asaltaran las ganas de hacer cualquier cosa, convencido de que podría dominarlas. El único objeto accesible era el pañuelo de Ludo, a no ser que esta vez se tratara de algo más complicado y diabólico, como tirar a mi cuñado de la corbata o darle un pellizco en la nariz. En aquel momento, al ver que una niñera atravesaba la calzada empujando un coche de niño, reduje la velocidad. Pero repentinamente, cuando el grupo estaba ya a punto de alcanzar la acera opuesta, mi mano hizo girar el volante en dirección a él y me di cuenta, con asombro de que no sólo carecía de la fuerza necesaria para reaccionar, sino de que ni siquiera lo intentaba. Y sólo más tarde esa impresión, al menos, tuve yo, —aunque en realidad fue una fracción de segundo después— me esforcé, vanamente, en enderezar el volante con la mano izquierda. Y cuando por fin conseguí echar el freno y calar el motor, la niñera se encontraba ya a salvo sobre la acera.

—*Nom de Dieu!* —dije con un suspiro.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó Ludo—. Por un momento creí que querías llevarte por delante a esa pobre chica.

—Es una especie de... de calambre en la mano —dije apoyándola sobre la puesta en marcha—. Pero ya ha pasado y estamos al lado de casa.

—Empiezas por golpear el trasero de las chicas con una revista y después te lanzas sobre ellas a toda velocidad... Lleva cuidado, porque la próxima vez te crearás conduciendo una locomotora en un paso a nivel abierto —dijo riéndose mientras yo detenía el coche en el garaje subterráneo de nuestra casa.

Por suerte, Suzon estaba con unas amigas y Ludo no mencionó el incidente del sombrero ni el del coche. Murmurando una excusa, dejé a las visitantes con su té, sus pastas y su baraja, y me fui a la habitación contigua con la esperanza de encontrar consuelo en mis libros, mi mesa de trabajo y mis confortables butacas de estilo antiguo, que no daban la sensación de ser los instrumentos de tortura de la próxima guerra

—¿Tienes cigarrillos? —preguntó Ludo entrando sin llamar.

—En el cajón derecho de la mesa —dije fingiendo estar absorto en la lectura de una carta.

—¡Mira lo que tienes aquí! ¡Chico, vaya pieza de artillería!

—Un recuerdo de la resistencia. Es un Colt automático del cuarenta y cinco.

—¿Está cargado?

—Sí. No lo toques.

—¿Y listo para disparar?

—Tiene puesto el seguro.

—Es este gancho, ¿no?

—Sí —contesté un poco molesto.

Me levanté y fui hasta la mesa para coger el revólver y ponerlo en otro cajón.

—¿Cómo funciona? Explícamelo, anda.

—¡No te preocupes de eso! —dije levantando el seguro con el pulgar. Después, inesperadamente, volví el arma con un movimiento seco hacia la cabeza de Suzon, que era visible a través de la puerta de cristales, y apreté el gatillo.

No se oyó ninguna detonación y el gatillo permaneció inmóvil. Pero si el revólver hubiera estado verdaderamente listo para disparar, le habría saltado la tapa de los sesos a mi mujer porque había un cartucho en la recámara. Un incontenible vértigo se

apoderó de mí.

—Jean-Claude, en nombre de... ¿por qué has hecho eso? —dijo Ludo tartamudeando y blanco como la pared—. Sabías que no estaba cargado, pero... Me has dado un susto terrible.

—Está cargado o, al menos, lo estaba —repliqué con dureza sacando el cargador y expulsando el cartucho con un brusco movimiento de muñeca.

—¿Entonces por qué no ha salido la bala?

—Porque no estaba listo para disparar... Pero eso mi mano no lo sabía.

—¡No lo sabía! ¿Qué quieres decir? ¿Te encuentras bien, Jean-Claude?

—Sí, me encuentro bien ahora —repuse tirando el revólver vacío al cajón. Después metí el cargador y el cartucho en el cajón de abajo— Esto, por lo menos, no se repetirá —añadí.

Aquella vez mi mano no me advirtió. Y por la noche, incapaz de conciliar el sueño, me estremecí de nuevo ante la idea de que había estado a punto de matar a mi mujer en presencia de una docena de personas. ¿Cómo iba a explicar que mi mano no me pertenecía y que ya antes había estado a punto de atropellar intencionadamente a una niñera en el Bosque de Bolonia? ¿De qué me iba a servir eso delante de la policía o —menos aún— del jurado? Encendí la luz, me miré la mano derecha, la toqué y la apreté con la izquierda. Sí, era mía, desde luego, y sus movimientos estaban perfectamente coordinados con los del resto del cuerpo. Y sin embargo, tenía la impresión de que otra mano actuaba en la mía a viva fuerza. Pero aún más inexplicable resultaba aquella extraña inercia que se apoderaba de mí durante los «accidentes», como si estuviera observando a otra persona. Hasta entonces mi mano izquierda nunca había reaccionado, excepto cuando ya era demasiado tarde. ¿Se había esforzado verdaderamente en enderezar el coche cuando mi mano lo dirigió hacia la acera? Ni yo mismo podía responder a esta pregunta. Afortunadamente, mi pie se apoyó sobre el freno a tiempo.

Por lo tanto, aunque fuera incapaz de explicarlo, había momentos en que mi mano derecha no me pertenecía, pero confesarlo a alguien no hubiera servido para nada. Cualquier médico diagnosticaría, a las primeras de cambio, una forma sutil de

esquizofrenia, un desdoblamiento, un caso de doble personalidad en oposición o cualquier zarandaja por el estilo. Antes de consultar a un psiquiatra —o a la policía, que de todas maneras recurriría a él—, necesitaba convencerme definitivamente de que aquella mano había dejado de ser mía.

Al día siguiente tuve la prueba deseada.

Me encontraba en el despacho apuntando un número de teléfono, cuando repentinamente me di cuenta de que en lugar de hacer el seis como siempre, de arriba a abajo y muy recto, lo empezaba por la parte inferior y le daba unas formas exageradamente redondeadas. Fascinado, me senté a la mesa e intenté escribir algunas palabras en un bloc. En ese momento, mi mano se calentó y empezó a temblar. Observé que sostenía la pluma estilográfica de una forma absolutamente inhabitual, entre el dedo corazón y el índice, muy inclinada, y que la letra no era mía, sino de otra persona. Estupefacto, cogí una hoja en blanco y dejé correr la mano por ella. Al verla escribir de la manera que lo hizo, deprisa, mucho más deprisa de lo que ordinariamente era capaz, experimenté una extraña sensación de distanciamiento. Pero lo más asombroso, lo que demostraba sin lugar a dudas que había perdido el dominio de mi mano y me había convertido en un simple instrumento suyo, era mi total ignorancia de lo que estaba escribiendo. Para enterarme tenía que leer el texto palabra por palabra, e incluso letra por letra, exactamente como si estuviera leyendo algo por encima del hombro de otro. Mi mano, que hasta aquel preciso momento había sido sin lugar a dudas de ese «otro», se detuvo bruscamente en medio de una frase y volvió a ser mía. En el papel había una quincena de líneas, escritas con toda evidencia por alguien que había visto una obra de teatro, pero una obra de teatro de la que yo jamás había oído hablar. ¿Se representaría en aquellos momentos?, me pregunté, abriendo el periódico para buscar la columna de espectáculos. Sí, se representaba. Y el artículo más importante de la página era, precisamente, la crítica de esa obra. Una crítica que enjuiciaba a los actores con más severidad que la escrita por mi mano... Pero se trataba, sin el más mínimo atisbo de error, de la misma obra. Releí varias veces el manuscrito y llamé al botones para que fuera a buscar todos los periódicos de la mañana. Mis sospechas eran fundadas. En el cuarto periódico, uno

que jamás leía, estaba, palabra por palabra, el texto que mi mano había escrito y copiado.

De nuevo se me pasó por la cabeza la idea de dirigirme a la comisaría más cercana. Pero no, aquello no hubiera servido para nada. Me imaginé intentando explicar que tenía la mano de otra persona, o que otra persona utilizaba mi mano. Después me acordé de una amiga de Suzon, grafóloga, que precisamente trabajaba para la policía. Encontré su número de teléfono con facilidad. ¿Podía darme su opinión sobre media página de escritura? Sí, era importante.

—¿Por qué quiere un informe sobre esto, señor Manoque? —me preguntó una hora más tarde, frunciendo el ceño.

—Es la letra de una persona... que se ha ofrecido para un puesto, esta mañana y...

—Y no le ha gustado. Tiene toda la razón, porque es la letra de un hombre malvado y tal vez peligroso... De una persona decidida, que no titubeará ante nada con tal de alcanzar sus fines... De un ser cruel y avaricioso. Se trata de una de las más deplorables muestras caligráficas que jamás he analizado.

—Sí... eso viene a resumir, poco más o menos, mis sentimientos sobre... ese hombre. Muchas gracias.

Al salir a la calle, y mientras me buscaba por los bolsillos las llaves del coche, descubrí una especie de cartera en el suelo. Era un talonario de cheques perteneciente a un tal Ch. Ralingue y expedido por la Agencia del Crédito Lionés, que me pillaba de paso. Por esta razón lo guardé y puse el coche en marcha.

No volví a acordarme del talonario hasta que llegué a casa y me quité el abrigo. No había nadie. Dudé un momento y por fin decidí dejar su devolución para el día siguiente, pero —con objeto de no volverme a olvidar— lo puse en un lugar destacado sobre mi mesa. (cuando ya me daba la vuelta, mi mano derecha se puso roja y pesada, como si estuviera llena de agua caliente. Y aún seguía caliente y —¡cómo no!— temblorosa, cuando un instante después me senté ante la mesa. Permití que cogiera la pluma estilográfica, que le quitara el capuchón, que abriera el talonario y que arrancara un cheque. Después pareció titubear y por fin, lentamente, pero sin vacilar y con una letra totalmente desconocida para mí, escribió la cantidad de diez mil francos nuevos pagaderos a mi orden. Puso la

fecha y a continuación estampó trabajosamente, al pie del cheque, el nombre de Ralingue, subrayado por una rúbrica. Mientras colocaba la pluma en el bolsillo interior de la chaqueta, la tinta se secó. Entonces mi mano dobló el cheque y lo metió en mi cartera con precaución.

Lo más sorprendente, una vez más, fue que la hubiera dejado actuar sin la menor reacción visible o invisible. En aquel momento me asaltó la terrible sospecha de que la mano empezaba a ejercer un tiránico dominio sobre toda mi persona. Ya no era solamente una mano, sino un brazo entero lo que había dejado de pertenecerme. Y no paraban ahí las cosas: mi mano izquierda, aunque era de mi propiedad, había empezado a coordinar sus movimientos con los de la mano que se encontraba al extremo de mi brazo derecho. ¡Y yo no podía hacer nada para evitarlo! Había utilizado, por ejemplo, las dos manos para depositar el cheque en mi cartera. Evidentemente, ese cheque no me iba a reportar ningún beneficio, pero el simple hecho de que lo hubiera rellenado y guardado era ya suficientemente aterrador.

Cuando al día siguiente por la mañana entré en la Agencia del Crédito Lionés, estaba decidido a tender simplemente el talonario a un empleado y a no dar más explicaciones. Pero la mano tenía, al parecer, otros planes. Sin poderlo evitar, fui hasta la caja, abrí la cartera, saqué el cheque falsificado, lo volví, lo endosé tranquilamente con mi propia escritura y lo empujé sobre el mostrador, acompañado de mi permiso de conducir. Echándole una rápida ojeada, el cajero anotó el número del carnet y pasó el cheque a alguien que estaba tras él. Esperé un momento, con la misma tranquilidad que si acabara de entregar uno de mis propios cheques en mi propio banco y cuando oí mi nombre, me adelanté suavemente para recibir la suma. Diez mil francos nuevos —¡un millón de francos antiguos!— constituyen una bonita cantidad y tuve que llenar todos mis bolsillos de tersos y flamantes billetes.

En cuanto salí a la calle, me empezaron a temblar las piernas. ¡Mi mano, la mano, había imitado la firma del señor Ralingue con tanta exactitud que su cheque me había sido abonado sin la menor dificultad!

—¿Qué te pasa? —me preguntó Suzon, sorprendida al verme regresar a casa—. Pareces enfermo. ¿Quieres que avise al médico?

—No, gracias. Sólo necesito un poco de tranquilidad y reposo.

Después de comer volví al banco y aboné en la cuenta del señor Ralingue el millón de francos que me habían entregado por la mañana. Acababa de romper el talonario y de tirar los trozos por una alcantarilla.

A partir de aquel momento, mi vida se convirtió en un infierno. Escribí cada vez más, a veces con mi propia letra, pero generalmente con la de otras personas. De esta forma redacté varias cartas de amor dirigidas a mi mujer, que la mano firmaba luego con el nombre de «André». Tengan en cuenta que yo no sentía celos de Suzon. Estaba —y estoy— seguro de que nunca ha tenido aventuras con otros hombres. Pero aquella automática redacción de cartas, como el resto de los actos de la mano, no guardaba la menor relación con mis deseos, mis sentimientos o mis emociones. Y aún más penoso que verme obligado a escribir las cartas, era sentirme incapaz de destruirlas cuando ya no me encontraba bajo la influencia, al menos visible, de *la* mano. Me hacía perfecto cargo del peligro que representaban y deseaba vivamente desembarazarme de ellas, pero existía una voluntad más poderosa que la mía, con razones propias y al frente de un vasto plan, que aquella sucia mano terminaría, antes o después, por revelarme. A medida que pasaba el tiempo, empecé a vislumbrar el alcance de ese plan, pero mi capacidad de reacción era cada vez menor. Cuanto más evidente se me hacía, por decirlo de alguna forma, más me dejaba arrastrar.

Cuando *la* mano, cierta noche, me obligó a escribir una carta a mi cuñado, explicándole que iba a matar a Suzon porque ésta tenía un amante, llevé a cabo un desesperado esfuerzo para recuperar mi verdadera personalidad. Al principio pensé en la huida. Incluso llegué a salir de casa, pero regresé a ella en cuanto la mano criminal echó en el buzón la carta dirigida a Ludo. Después, como en un sueño, fui hasta el cajón donde estaba el revólver y contemplé, igual que si estuviera en el cine, cómo la mano derecha lo cargaba y cómo mi mano izquierda colaboraba con ella.

Por dos veces levanté el revólver hasta la sien, pero en ambas ocasiones, la mano derecha, que parecía hecha de hierro y pesaba

una tonelada, volvió a descender. Espiritualmente derrumbado, intenté probar con la mano izquierda y tal vez lo habría conseguido de no aparecer Suzon, que vino corriendo hasta la mesa y se apoderó del arma.

—Jean-Claude, querido, dime lo que te pasa. ¡Tienes que decírmelo!

—No me pasa nada, Suzon. Llévate ese revólver. Escóndelo... No, tíralo a cualquier parte... ¡No quiero volver a verlo nunca! — dije con un sollozo.

—¡Estás loco! ¿Por qué querías matarte cuando...?

—¡Llévatelo! ¡Sal de aquí! —grité con desesperación, sintiendo que mi mano empezaba a transpirar y a temblar.

—Pero...

—*Nom de Dieu!* ¡Vete!

Aquella noche di un largo paseo por los muelles del Sena. Llegué hasta el puente de Charenton y lo atravesé para continuar por la rive gauche, siempre a pie, y regresar al viaducto de Auteuil. Cuando, por fin, materialmente agotado, volví a casa, experimenté un gran alivio al comprobar que Suzon estaba fuera. No existía mejor procedimiento para garantizar su seguridad.

Durante mi paseo había tomado una decisión. Puesto que no podía luchar yo solo, consultaría a un psiquiatra. Y en lugar de perder un tiempo precioso con cualquier doctor particular, que se esforzaría en llevarme, por medio de la confesión, a tal o cual estado de ánimo, o a hacerme salir de él, decidí acudir directamente al hospital de Santa Ana y pedir que me admitieran durante algún tiempo en régimen de observación. Desde allí localizaría a Suzon y la pondría al corriente. Desde luego, ella vendría a verme sin pérdida de tiempo, pero no pasaría nada, porque yo mismo solicitaría una vigilancia especial durante mi entrevista con ella.

Me preparé una taza de café bien cargado, me cambié, me di una ducha fría, me afeité cuidadosamente, me vestí y salí.

¿Qué ocurrió entonces? No lo sé con exactitud. Me sentía perfectamente, pero en lugar de entrar en el garaje para sacar el coche, subí a un autobús que iba hacia la Bolsa y, a las nueve, me encontré deambulando lentamente por la calle Vivienne, en dirección a los Bulevares, entretenido con el espectáculo de la gente camino de su trabajo. Durante un rato me dediqué a mirar

escaparates y finalmente me detuve delante de la tienda de un armero. Allí, petrificado, vi cómo mi mano derecha abría la puerta y un instante después me encontré en el interior del establecimiento, pidiendo con voz firme que me enseñaran el muestrario de revólveres.

Cuando salí, llevaba en la mano una larga pistola de competición, del calibre 22. Se trataba de un artefacto mortal, incluso a gran distancia, pero que aún podía comprarse en París sin licencia de armas. No me había olvidado del hospital y continuaba queriendo ir a él, pero en lugar de ello me dirigí a pie hacia casa. Por casualidad, supongo, no me detuvo la policía. Varios transeúntes se volvieron a mirarme, tomándome sin duda por un borracho e ignorando la desesperada lucha que se libraba en mi interior. Por fin llegué al Bosque de Bolonia, donde me eché en la hierba y debí dormir un buen rato, porque eran cerca de las tres cuando me desperté. Creo que fue entonces cuando tomé la decisión de librarme de mi mano derecha y cuando me acordé que en mi propia calle vivía un cirujano. En cuanto formulé mi petición, sin embargo, comprendí que por aquel camino no conseguiría nada y que ambos, el cirujano y yo, estábamos perdiendo el tiempo. Y el mío era, en aquellos momentos, infinitamente más precioso, porque la mano —estaba casi seguro— podía hacerse cargo en cualquier momento de la dirección de las operaciones. No insistí y me fui lo más rápidamente posible.

Ya en la calle, el ruido de una sierra me hizo volverme y pararme en seco. Tenía al alcance de la mano —y no pude evitar una sonrisa ante esta expresión— el remedio ideal.

Entré en el taller del ebanista, murmuré unas palabras ininteligibles, sonreí al hombre que hacía funcionar la sierra y, sin esperar a que mi resolución pudiera entibiarse, me sujeté fuertemente la muñeca con la otra mano y la apreté contra el aparato. Sentí una especie de quemadura, pero ningún otro dolor. Algo impresionado por el espectáculo de mi propia sangre, que manaba a borbotones, recogí tranquilamente la mano, la deslicé en el bolsillo de la chaqueta y me senté pesadamente. Creo que fui desvaneciéndome poco a poco, mientras el carpintero intentaba detener la hemorragia con un bramante.

—Su drama no es único, señor Manoque —dijo el profesor Boucet al término del relato.

—Comprendo lo que quiere decir, doctor. Cree que se trata de un caso de esquizofrenia, momentánea o, tal vez, definitivamente curada por la aplicación de eso que ustedes, los psiquiatras, llaman autocastigo, y creo también que ahora, libre de la mano, es posible que consiga curarme.

—Efectivamente, señor Manoque. Ésa es, más o menos, mi opinión. ¿Y usted, doctor?

Yo pensé lo mismo hasta algunas horas después. Exactamente, hasta que el comisario, aquella misma tarde, volvió a verme.

—A propósito del señor Manoque, doctor. ¿Sigue usted convencido de que fue un accidente?

—El ebanista, que vio de cerca lo sucedido, podrá contestarle a eso mejor que yo.

—Él jura que lo fue.

—Aun admitiendo que se equivocara, ¿qué cambiaría su error?

—Eso es lo que me pregunto —dijo el comisario encendiendo un cigarrillo—. No tengo ninguna prueba, pero existe una coincidencia tan extraña, que casi podría admitirse como punto de partida para abrir una investigación.

—¿Qué coincidencia, si no es un secreto profesional?

—No, no lo es. Escuche: un hombre normal y un individuo considerado peligroso se encuentran bajo la influencia de una idéntica y oscura atracción, y ambos se hacen cortar la mano derecha, el mismo día y a la misma hora, aunque de forma diferente y en distintos barrios. Por lo que sé del individuo peligroso, algo turbio tiene que haber en esta coincidencia, pero no alcanzo a descubrir el qué.

—Supongo que el hombre normal es Jean-Claude Manoque. ¿Podría ser el individuo peligroso su cuñado?

—¿Qué sabe usted de Ludo «Pico de oro», doctor?

—¿Se llama así?

—Ludovic Couralin es más conocido con el sobrenombre de «Pico de oro» por su habilidad para escribir falsas, aunque no por ello menos convincentes, cartas de amor.

—¡Falsas cartas de amor! —dije con un silbido.

—Sí. Generalmente para hacer cantar a la gente. Pero esto sólo

es una de sus múltiples especialidades. Ahora dígame, por favor, todo lo que sepa sobre el asunto.

—Un momento. ¿Es la falsificación otra de sus... manías?

—Sí. Incluso fue condenado a una pena de cinco años por ese delito, pero salió hace tres. Su hermana le dio trabajo en la empresa de su marido y desde entonces, aparentemente, se portaba bien. Aunque usted parece saber que no era así...

—Efectivamente, comisario. Sé algo, pero se trata de una explicación que no convencería a nadie.

—¿De verdad? A mí me pagan por demostrar las cosas...

—Allá usted, comisario. Le voy a enseñar algo que le convencerá, pero que no podrá utilizar ante ningún juez de instrucción... ¿Podría estar aquí mañana por la mañana, a las nueve en punto?

No nos costó mucho encontrar a Charles Ralingue. Sí, había perdido su talonario de cheques y había cursado el correspondiente aviso al banco. Efectivamente, algo había sucedido con relación a un cheque de diez mil francos nuevos, pero se había tratado, casi con toda seguridad, de un error, porque la cantidad fue repuesta unas horas más tarde.

En la Agencia del Crédito Lionés, sin embargo, los ojos del señor Ralingue casi se salen de sus órbitas al ver el cheque en cuestión.

—Sí —exclamó—. Se trata, evidentemente, de mi firma, pero, ¿quién es este señor Manoque? No lo comprendo... Estoy seguro de que jamás he rellenado y firmado ese cheque...

—No se preocupe, señor Ralingue. Le aseguramos que no volverá a suceder —dijo el comisario.

Nos trasladamos al hospital Boucicaut y allí, en la sección de casos urgentes, conocí a Ludovic Couralin, un hombre de rostro atezado y mirada penetrante, provisto de una ganchuda nariz y una abundante barba. Al vernos, con gran asombro por mi parte, nos dirigió una sonrisa llena de simpatía. Estaba vestido y esperaba el regreso de la enfermera, que había ido a presentar su certificado de salida para el visto bueno de la dirección.

—Ludo, le presento a un amigo —dijo el comisario ofreciéndole un cigarrillo—. Los dos estamos al tanto de tus mangancias.

—Los guindillas no tienen arreglo —dijo riéndose, mientras me examinaba con atención—. No hay mangancias que valgan. Ya le he

dicho que cuento con cien testigos. Cuando me caí delante del coche, la estación del metro estaba llena de gente.

—¿Y qué es lo que le hizo caer, Ludo? —le pregunté yo, intentando emplear un tono de voz tan suave como el del comisario.

—Alguien me atrapó por el brazo derecho y me empujó, pero nadie pudo ver quién era. Cuando me convencí de que la cosa no tenía remedio, me dejé ir y caí a cuatro patas, pero no conseguí retirar la mano a tiempo. La rueda la seccionó.

—¿Y si yo le dijera quién le empujó?

—¿Quién fue?

—El propietario de la mano que estaba usted utilizando, Ludo —dije con deliberada lentitud.

—¡Venga, basta de monsergas! ¡Confiesa de una vez! —dijo secamente el comisario al ver que Ludo, alias «Pico de oro», se sentaba en el borde de la cama.

—¿Qué voy a confesar? No... no tengo la menor idea de lo que están diciendo —contestó jadeando y enjugándose el sudor de la frente con su brazo vendado.

—Sí, Ludo. No se haga el tonto. Sabe usted perfectamente lo que queremos decir— arguyo con dulzura—. Si Jean-Claude hubiera matado a su mujer, como estaba previsto, usted se hubiera convertido en heredero de una bonita fortuna, porque los Manoque no tenían hijos ni ningún otro pariente. Además, su cuñado hubiera sido condenado a cadena perpetua por ese crimen, y usted se habría encontrado a la cabeza de una empresa cuyos dividendos no son, precisamente, despreciables.

—¡Pobre Jean-Claude! ¿Con que eso es lo que piensa? —dijo Ludo con una mueca irónica—. Aunque fuera verdad, daría lo mismo... Nada se puede demostrar donde no hay nada que demostrar.

—¡No estés tan seguro! Jean-Claude aún no sabe nada de esto. Lo hemos descubierto por cuenta propia, Ludo.

—¿Y ahora, doctor, tendría usted la bondad de explicarme este galimatías? —me dijo el comisario al salir del hospital.

—Venga a mi despacho y oirá la respuesta de labios del propio Jean-Claude.

Le instalé confortablemente, le preparé un cóctel y puse en marcha el magnetofón.

Cuando la audición terminó, el comisario guardó silencio durante un buen rato.

—Todo esto no puede ser cierto, doctor...

—¿Hay alguna otra explicación, señor comisario? Alguna explicación convincente, quiero decir.

—Sí y no —dijo terminando su vaso—. Me siento un poco como el chiquillo que ve por primera vez una jirafa y que no cree en ella. Pero, aun suponiendo que sea cierto, ¿cómo pudo Manoque empujar a su cuñado al metro, doctor?

—¿Y cómo Ludo estuvo a punto de conseguir que Manoque asesinara a su mujer? ¿Y cómo le obligó a imitar una firma? Existen en la naturaleza fuerzas que no podemos comprender. Fuerzas que usted designa con el nombre de «coincidencias extrañas o sorprendentes».

Un poco después el comisario abandonó el edificio y, precisamente cuando salía del portal, una enorme maceta cayó de alguna ventana y se hizo añicos contra la acera. Nunca consiguió poner en claro de qué ventana había caído y yo, a pesar de mi buena voluntad, no me atreví a explicarle que mi mano izquierda, repentinamente, había empezado a arder y a temblar tras su partida, y que mi cuerpo, como el de un autómata, se había limitado a seguirla hasta la ventana y la había mirado empujar un tiesto, el más grande que pudo encontrar...

DEDUCCIONES DESDE LA BUTACA

*«Al oscuro inventor de las
butacas verdaderamente
confortables.»*

Tom Delone, uno de nuestros vecinos, fue la primera persona que entró en casa después de que Mary encontrara vacía la cuna de Tweeny. Tom tenía unos dientes de extraordinaria blancura. Los dentistas no atinaban a explicárselo y a los actores de cine no les gustaba que anduviera en torno a ellos, porque cuando sonreía, los fotógrafos de la prensa desviaban la cámara hacia él. Por otra parte, Tom era, entre los policías de Los Ángeles, el que tenía las manos más pequeñas. Pero no podía uno fiarse de ello, porque una oreja despedazada y una larga cicatriz blanca sobre la nuca acreditaban sobradamente su valor. A mí, sin embargo, me parecía que sólo había pasado un año desde aquella época en que me veía obligado a expulsarle dos veces por día del césped de nuestro jardín. Le encantaba jugar a los indios y a los cowboys.

El tono de Mary al llamarle le hizo correr. Acababa de terminar su servicio nocturno y aún tenía los ojos enrojecidos por culpa de esta maldita niebla, que cada año es peor en nuestra ciudad. Sobre su barbilla, en el lugar donde —si dejara de afeitarse un par de semanas— llegaría a crecerle una pequeña barba, se veían dos manchas azules. Pero su tez seguía siendo fresca y sonrosada.

—¡Tweeny! ¿Está segura, señora Palmer? No será que... No. Bueno, entonces no hay tiempo que perder.

Se echó la gorra hacia atrás, sin quitársela de la cabeza —una cabeza cubierta de bucles que se hacía esquilar muy cortos—, cogió el teléfono y marcó el número de la comisaría más importante. Mary permaneció a su lado, temblorosa pero con los ojos secos,

mientras Tom explicaba que acababa de descubrirse el rapto de un bebé.

—Me quedaré aquí hasta la llegada de la brigada especial. No tardarán casi nada, señora Palmer. ¿Y el Abuelo no ha oído nada? —preguntó, dándome unas palmadas en el lomo.

—No —contestó Mary—. Además es muy viejo. Casi no puede moverse. Para ahorrarle la subida, le hemos instalado aquí, en la planta baja.

—Pero eso no le impide estar como un toro, ¿eh, *Abuelo*? —dijo Tom sacudiéndome en mi butaca, junto al fuego, hasta el extremo de que el reumatismo me obligó a hacer una mueca.

Vivíamos en un barrio residencial, o que, por lo menos, lo era hasta que la gente empezó a hacerse construir horribles palacios en Beverly Hills. A pesar de ello, y a algunos centenares de metros del Bulevar Hollywood, las casas con las vigas al descubierto de nuestra calle estaban aún bien conservadas y los inquilinos se preocupaban mucho del impecable aspecto de sus céspedes.

Yo me dedicaba a olfatear, tratando de analizar un olor vago e inhabitual, cuando los amigos de Tom lo disiparon abriendo media docena de veces la puerta de delante y de detrás. Sin embargo, sólo vinieron al cuarto de estar después de haber visitado el piso de arriba e inspeccionado casi todas las puertas y ventanas. Uno de ellos se levantó el sombrero muy ligeramente, lo justo para rascarse la cabeza por la abertura.

—¿Sospecha de alguien, señora Palmer? ¿Tienen ustedes enemigos? —preguntó el policía más viejo, sin dejar de recorrer la habitación a lo largo y a lo ancho, como si estuviera de batida.

—No, no, sin la menor duda.

—¿Dónde se encuentra su marido? ¿A qué se dedica?

—Es oficial de la marina mercante y ahora está en Japón.

—¿Quién vive con usted, señora Palmer?

—Yvonne, una criada francesa que sólo lleva aquí unas semanas, mi madre, Tweeny, claro está, y... el Abuelo, que es demasiado viejo y demasiado reumático para abandonar así como así su butaca.

—¿Por qué cree que Tweeny ha sido raptado?

—¿Qué otra cosa puede haberle sucedido, comisario? —dijo la madre de Mary, interrumpiendo al policía—. Tweeny sólo tiene

siete meses y es un niño notable en muchas cosas, pero no tanto como para andar solo o volar.

—¿Usted es...?

—Su madre —explicó Mary.

—¿Dónde estaba cuando...?

—Escuche, joven. Nadie ha pillado nunca una insolación en esta casa. Puede quitarse el sombrero sin miedo.

—Escuche...

—Es lo que estoy haciendo, pero antes me gustaría verle descubierto, a menos que lleve usted un pájaro ahí dentro.

El aludido se quitó el sombrero y lo tiró sobre una silla refunfuñando.

—¿Dónde está la francesa? Tenemos que hablar con ella.

—Aún no ha parado de llorar y sólo sabe unas cuantas palabras de inglés.

—Dan, ve a secarle los ojos. Tú entiendes de eso. O hazla llorar un poco más hablándole en francés —ordenó al más joven de los policías, que también acababa de quitarse el sombrero—. Y dígame ahora, señora Palmer, ¿qué puede esperar de ustedes un raptor, si es que tienen alguna idea sobre ello?

—Hay dos posibilidades —contestó Mary sin perder la calma—. Tal vez tengan un comprador para un bebé como el mío... Parece que es bastante frecuente durante los últimos tiempos. Por otra parte, hemos heredado una cantidad relativamente grande de un tío de Nueva Orleans.

—¿Quién está al corriente de eso?

—Para empezar, todos los lectores de la «Gazette». Han publicado un artículo sobre el asunto... Incluso aparecía una foto de Mary con Tweeny en los brazos —dijo la madre de Mary.

—Bueno. Si es un rescate lo que quieren, no tardarán en dar señales de vida. Voy a ordenar que intervengan su teléfono —dijo cogiendo el auricular y marcando un número. Dio las instrucciones necesarias y colgó. En aquel preciso instante, su colega apareció por la escalera— ¿Qué hay?

—Dice que en su país traerían inmediatamente perros policías.

—¿Y no te ha explicado cómo funciona la guillotina? —se burló el detective—. Bueno. Pide los perros. Nunca se sabe...

Los dos hombres ayudaron a la madre de Mary a escoger fotos

de Tweeny y en ese momento el doctor Brendon atravesó nuestro césped corriendo y entró como una exhalación en la casa.

—¿Quién es usted? —preguntó el comisario levantándose.

—¿Y... y ustedes? —tartamudeó el doctor Brendon.

—Inspectores de policía, doctor —explicó Mary—. Ha sucedido algo espantoso.

—¿Entonces es verdad?

—¡Silencio! —gritó el detective—. Repito: ¿quién es usted?

—El doctor Brendon... Un vecino —dijo la madre de Mary—. Es nuestro dentista y Tom lo conoce. ¿No es cierto, Tom?

—Déjele hablar a él, si no le importa. Díganos lo que sepa, doctor.

—Acabo de recibir una llamada telefónica.

—¿De quién? ¿Sobre qué?

—De una mujer. Me ha dicho que Tweeny estaba sano y salvo y que pronto recibirán instrucciones concernientes a la suma necesaria para el rescate del niño y al modo de hacérsela llegar...

—Doctor... ¿quién era? —dijo Mary llorando—. ¡Oh! ¡Mi niño!

—¿Por qué le ha telefoneado a usted? —preguntó el detective.

—No tengo ni la menor idea... Tal vez los raptos supieran que ya estaba la policía aquí.

—¿Y se han servido de usted como intermediario? ¡Hum...! ¿Cuál es su número de teléfono, doctor? Vamos a hacerlo vigilar.

—¡Y que no vuelvan a telefonear! No, no... Seguramente hemos cometido una tontería al avisarles —dijo Mary, al borde de la crisis de nervios—. Doctor Brendon, responda que estoy dispuesta a dar todo lo que tengo, pero que no le hagan nada malo al niño.

—La mujer no ha dicho nada de volverme a llamar... ¡Oh! ¿Qué debo hacer?

—Deme su número de teléfono.

Un minuto más tarde, el detective hablaba con un ingeniero de comunicaciones.

—¿De dónde venía la llamada? —preguntó por encima del hombro al doctor.

—No tengo la menor idea.

—¿Y a qué hora dice usted que fue?

—Hace unos cinco minutos. He venido inmediatamente.

El detective añadió algo, esperó un momento y colgó.

—Es extraño —dijo hablando consigo mismo, mientras al ver la furiosa mirada que le dirigió la madre de Mary, volvía a meterse en el bolsillo el tabaco y las cerillas—. Es extraño. En la central dicen que no le ha llamado nadie esta mañana.

—¿Quién dice eso? ¿Cómo pueden saberlo? Mi teléfono es automático.

—Ya lo sé —contestó el detective en tono pensativo.

—¿Qué debo hacer si vuelven a telefonearme o si se ponen en contacto conmigo de cualquier otra forma?

—Tomar el mensaje.

—¿Pero cómo sabré que se trata de los verdaderos raptores?

«¡Qué imbécil!», pensé echándole una ojeada. ¿Quién puede interesarse en semejantes detalles? El doctor ni siquiera me había mirado al entrar, pero nada raro había en ello. Debido a razones desconocidas, nunca había sentido el menor afecto por mí. ¿Tal vez era porque no veía la menor posibilidad de endosarme una dentadura postiza?

—Confíe en ellos. No les faltarán ideas...

—¿No cree usted que sería mejor pedirles una demostración de que el niño de la señora Palmer se encuentra verdaderamente en su poder?

—Pídales lo que le dé la gana —dijo con visible malhumor el detective mientras echaba un vistazo por la ventana.

—Algo que le permita identificar al niño, señora Palmer —siguió el dentista—. Uno de sus zapatos o... ¿Uno de sus zapatos le parece bien? ¿Qué opina usted, señora Palmer?

Un automóvil descendió la calle, dio un giro brusco y entró a toda velocidad en nuestra avenida, frenando al lado de la casa.

—Ahí están los perros —dijo el agente.

No había más que uno, pero se trataba de un animal magnífico, de un gigantesco pastor alemán, seguido de un individuo rechoncho y de pelo gris, que le sujetaba por la correa. El individuo en cuestión me dirigió una sonrisa al ver que su perro, ya suelto, venía hacia mí moviendo la cola. Después le llamó desde el otro lado de la mesa.

—¡Ven aquí, *Chuck*!

El perro obedeció a disgusto.

En la habitación flotaba el mismo olor extraño que me había

llamado la atención un poco antes. El doctor Brendon se había colocado en el centro de la habitación, del lado de la mesa donde yo estaba, y me reí pensando que sin duda tenía miedo de Chuck... ¡Entonces, repentinamente, se hizo la luz en mi cerebro!

No sólo reconocí el olor, sino también comprendí por qué el dentista había hablado del zapato de Tweeny. ¡Y aquel imbécil de perro policía se quedaba quieto sobre sus cuartos traseros, sin apartar los ojos de mí y agitando la cola con estremecimientos de simpatía!

No había tiempo que perder. Mary acababa de subir al piso de arriba en busca de una de las mantas de Tweeny, con objeto de hacérsela oler al perro policía, y yo tenía serias razones para pensar que el dentista iba a dar por terminada su visita. No quedaba, pues, margen alguno de elección. Con o sin reumatismo, debía actuar rápido y seguro. No podía permitirme el lujo de una debilidad. Me daba cuenta de que el dolor sería casi irresistible, pero había que pasar por él.

Contraje las mandíbulas y puse mis fatigados músculos en tensión. El dolor, efectivamente, me obligó a hacer una mueca. No tenía que ir muy lejos, pero el problema no estaba en el desplazamiento, sino en no soltar la presa una vez que la hubiera cogido. Sentí que se me erizaban los pelos de la nuca. Y cuando me preparé para saltar, mi corazón latía con más fuerza de lo acostumbrado.

—¡Abuelo! ¿Qué haces? —dijo Mary mientras Brendon se volvía e intentaba desprender su chaqueta de mis mandíbulas.

—¡Dígale a su perro que me deje en paz! —gritó tirando desesperadamente de la chaqueta.

Pero yo la tenía bien sujeta entre los dientes. Y estaba decidido a no soltarla hasta que el bolsillo se desgarrase.

Cuando me golpeó en la cabeza, no pude evitar un gruñido. Pero aquello fue su perdición porque, tras golpearme por segunda vez y enviarme trastabillando a través de la habitación, *Chuck* saltó hacia él y, antes de que su dueño tuviera tiempo de llamarle al orden, atrapó la muñeca de Brendon. Entre los dos conseguimos arrinconarle contra la mesa y la butaca. A decir verdad, era *Chuck* quien conocía todos los trucos para hacerle caer. Y cayó, precisamente, sobre mí, a pesar de lo cual no solté el bolsillo ni su

contenido.

Evidentemente, no podía hacer otra cosa que apretar, tirando con todas mis fuerzas, gruñendo cuando se me torcía el cuello y esperando a que el bolsillo cediera. De todas formas, comenzaba ya a debilitarme, cuando el policía vino en mi ayuda.

—¿Qué tiene en ese bolsillo, doctor? —preguntó.

En aquel instante comprendí que podía soltar mi presa.

—Nada... —dijo Brendon, al que le temblaba todo el cuerpo.

—Vamos a verlo.

El agente hundió la mano en el bolsillo del dentista y sacó el zapato de Tweeny.

Tom desenfundó inmediatamente el revólver y lo apoyó en la espalda de Brendon.

—¡Deprisa! ¿Dónde está Tweeny?

—En... la parte de atrás de...

—¿Dónde?

—... en la parte de atrás de mi coche.

—Guarda el revólver y ve a ver —dijo el detective.

Pero Tom estaba ya a mitad de camino.

Transcurrió algún tiempo antes de que los dos médicos llamados al efecto consiguieran despertar a Tweeny. Y sólo entonces bajaron Mary y su madre a acariciarme y a llorar conmigo. Mis pobres músculos me dolían por todas partes. Tuve que gemir lamentablemente para que me dejaran en paz. Por otra parte, de ellas se desprendía un olor muy desagradable. El mismo olor que había notado por la mañana y que flotaba más tarde en torno al doctor Brendon. Tweeny estaba como embebido en él. ¡Apestaba! Y continué percibiéndolo durante varios días. Hasta mucho tiempo después no comprendí que era el olor del anestésico utilizado para dormir al niño.

—*Abuelo*, mi buen perro, mi maravilloso perro —dijo Mary inclinada sobre mí y sollozando.

Existía un cojín muy blando sobre una silla, cerca del piano... Un gran cojín de seda amarilla. «Siempre se puede intentar», pensé. Descendí de la butaca con precaución, porque me dolían mucho las patas, fui hasta la puerta de la habitación contigua y la arañé. Mary acudió enseguida a abrirla. Su estado de ánimo, aquel día, la llevaba a abrir todo lo que se cruzaba en su camino. Entonces clavé

en ella una mirada de tristeza, poniendo en mi ojo derecho toda la angustia del mundo (debo explicar que soy tuerto), caminé lentamente hasta la silla sobre la cual se encontraba el cojín y tiré de él con gran delicadeza.

—¿Conque esas tenemos, *Abuelo*? ¿Te gustaría tener el hermoso cojín de mamá, eh? ¡Vaya un pillastre de perro! —dijo sin dejar de llorar.

La seguí agitando suavemente la cola... Suavemente, porque hasta aquel gesto me resultaba penoso. Mary transportó el cojín, lo colocó sobre la enorme butaca arrimada al fuego y me ayudó a subir a ella.

SALIDA DE EMERGENCIA

*«A mi amigo Gourvat, que
me inspiró esta historia, cuando
estábamos encerrados en la
misma prisión y nos tomábamos
el uno al otro por sombríos
criminales.»*

El Valle del Vézère, en el mismo corazón de la Dordogne, es tal vez la parte más bella de aquella región de Francia. A veces encajonado y silencioso, a veces animado por la risa ahogada del agua entre las rocas, el río Vézère pasa por el pie de numerosos castillos, pequeños y grandes, y al llegar al sitio donde el valle se estrecha y convierte en garganta, discurre burbujeante entre escarpadas murallas verticales. En otros tiempos, cuando el bosque se extendía hasta los terrenos pantanosos sobre los que hoy se alza la ciudad de Burdeos y cuando los corzos y los bisontes galopaban locamente entre los árboles, aquellas murallas estaban pobladas por hombres salvajes y semidesnudos, moradores de las innumerables cavernas, anfractuosidades y grutas que acribillan el paisaje.

Pero Robert Landley no sentía el menor interés por las bellezas naturales que le rodeaban, y dedicaba toda su atención, entre parpadeo y parpadeo, a la tortuosa carretera, más allá del barrido de los limpiaparabrisas, que le adormilaba con su monotonía de metrónomo. A pesar del sistema de calefacción, que enviaba corrientes de aire cálido entre sus piernas, Robert Landley tenía frío, estaba cansado y se sentía digno de lástima. Al fin y al cabo llevaba conduciendo toda la noche.

Ante él surgieron algunas casas. Al pasar junto al cartel que indicaba la proximidad de Saint-Leonard-sur-Vézère, alzó el pie del

acelerador y frenó ligeramente. El Mesón del Puente, al lado — como era de esperar— de un horrible puente metálico, se abrigaba contra el río. A través de una ventana entornada, Robert vio en su interior a una opulenta anciana ocupada en preparar café. Con un suspiro de satisfacción, cortó el contacto, encendió un cigarrillo y bajó del coche. En ese preciso instante, para más felicidad, dejó de llover.

Diez minutos más tarde, afeitado y reconfortado, sin representar sus cuarenta años cumplidos, Robert Landley siguió el olor de los *croissants* recién hechos y del café hasta la cocina.

—¿Conoce usted al señor Gorvac, el escultor? —preguntó mientras introducía un *croissant* en el tazón de humeante café que acababa de servirle la cocinera.

—Desde luego, señor. Su casa es muy fácil de encontrar. Al llegar al castillo, gire a la izquierda y la verá. La última antes de llegar al bosque.

—¿Cree que estará levantado o será mejor que espere un poco?

—No. Estará levantado. El señor Gorvac es muy madrugador —explicó la anciana.

Cuando salió del albergue, el sol empezaba a asomar y tuvo que guarecerse los ojos hasta alcanzar el coche.

Pero cuando llegó ante él y miró dentro sintió que sus cabellos se erizaban y que en las piernas le nacía una especie de tirantez, síntomas ambos que llevaba años sin tener, pero que reconoció inmediatamente. Se dio cuenta, sin embargo, de que la vieja le observaba, y logró contenerse. No iba a darle, ni a ella ni a nadie, el espectáculo de su sorpresa. Tras dirigirle una última sonrisa, abrió la portezuela, apartó con el reverso de la mano el ataúd en miniatura que se encontraba sobre su asiento, se instaló apaciblemente, puso el contacto y arrancó.

La calle central del pueblo estaba desierta y una ojeada al retrovisor le convenció de que nadie le seguía. Por fin llegó a la altura de una vieja torre medio derruida, que sin duda pasaba por ser el castillo de la localidad. Torció a la izquierda bruscamente, siguió las cenagosas huellas de llanta de un estrecho camino rural y se detuvo ante la última casa. Sólo entonces deslizó el ataúd en el bolsillo de su impermeable y salió.

Un perrazo negro, que estaba moviendo la cola con aire

amistoso, se puso a gruñir cuando vio que Robert intentaba abrir la cancela. Al no conseguirlo, tiró con desgana de una especie de cadena y en un lugar indefinido del interior de la casa sonó el tintineo de una campanilla.

Alguien introdujo una llave en la cerradura y la hizo girar. Se abrió la puerta y tras ella apareció un individuo de escasa altura, pero muy ancho de hombros y completamente despeinado, que se asomó con aire sorprendido y un instante después echó a correr hacia la verja, gritando:

—¡Bob! ¡Bob! ¡Mi viejo Bob!

Cuando llegó hasta él y le besó en las dos mejillas, tenía los ojos arrasados en lágrimas.

—¡No te esperaba tan pronto! Creí que llegarías mañana o incluso el sábado.

—Ya lo sé. Pero después de tu llamada telefónica de ayer, he pensado que lo mejor era venir inmediatamente. Por otra parte, prefiero conducir de noche. Así que hice la maleta y aquí estoy.

—Debes estar muerto de cansancio. Voy a decir que te preparen café para que puedas irte a la cama enseguida. Ya hablaremos del asunto después.

—Respecto al café, muchas gracias, pero déjalo. Ya lo he tomado. ¿Y Madeleine? ¿Tienes alguna noticia?

—Nada por ahora. Tal vez lleves razón y esté haciendo una montaña de un grano de arena. Me alivió mucho nuestra conversación de anoche.

—Yo, en cambio, no me siento tan optimista —dijo Landley.

—¿Por qué?

—Mira. ¿No te recuerda nada?

Mientras hablaba, sacó del bolsillo el ataúd.

—¿Tú también? ¿Cuándo lo has recibido?

—Esta mañana. Estaba sobre el asiento delantero de mi coche al salir del Mesón del Puente. ¿También tú lo tienes?

—Sí, Bob. Desde el lunes me envían uno todas las mañanas.

Abrió el cajón de una cómoda y extendió sobre ella cuatro ataúdes negros, cada uno de los cuales medía una docena de centímetros.

—¡Como los que enviabas a los colaboracionistas durante la guerra!

—No. Éstos están mejor hechos. Los nuestros, en comparación, eran un trabajo de aficionado.

—¿No había ningún mensaje dentro?

Landley abrió los ataúdes uno a uno.

—No.

—¿Recibió alguno Madeleine? ¿Estaba al corriente de estos envíos?

—Creo que no. No quería decirte nada por teléfono, pero desde su desaparición, estos ataúdes me inquietan cada vez más. Y ahora que tú también has recibido uno, resulta evidente que no se trata de una broma. Será preciso que avise a la policía. Yo confiaba... confiaba en que Madeleine se hubiera ido a tu casa.

—¿Cómo? ¿Pero a santo de qué, Jean?

—Ella me dijo un día que tú, antes de saber que estábamos prometidos, le pediste que se casara contigo.

—Sí, es cierto. Fue durante un bombardeo, al salir de Inglaterra. Madeleine debía ser lanzada en paracaídas con tres de nosotros aquella misma noche y yo, como acabas de decir, no estaba al corriente de vuestras relaciones. ¿Pero por qué iba a venir ahora a mí casa, Jean? Ni tú mismo puedes creer eso...

—No, Bob. Perdona. Anda, vete a dormir, *mi capitán*... Más tarde hablaremos.

En la casa flotaba un fuerte olor a ajo, que hizo sonreír a Robert durante el sueño. Un minuto más tarde fue despertado por el ruido del cincel de Gorvac. Se desperezó, bostezó y consultó su reloj de pulsera. ¡Eran casi las doce! Llevaba más de cuatro horas durmiendo.

Después de darse una ducha de agua fría, se dirigió hacia la parte de atrás de la casa. Gorvac había transformado un establo en taller y trabajaba con la puerta abierta. Robert pudo llegar hasta él sin ser oído. Gorvac, en aquel momento, tallaba un bloque de granito y su amigo comprendió, al contemplar un modelo de arcilla colocado sobre una mesa, que el bloque iba a convertirse en una cabeza y un brazo humanos. Algo así como una espesa ola estaba a punto de quebrarse; su pliegue, evidentemente, se convertiría en la boca abierta del hombre.

—¿Estás esculpiendo un campeón de natación?

Gorvac dejó las herramientas y se enjugó la cara chata y

redonda.

—No... Un bajorrelieve para la cara septentrional del monumento a los muertos de Mélnac. Es Heuzelet, el hijo del panadero de la región.

—¿Murió en el mar?

—No. Cayó en manos de los alemanes después de la destrucción del puente de Mélnac y prometió enseñarles un lugar por donde podrían vadear el río. Los *boches* le hicieron pasar delante y le siguieron con un tanque. Heuzelet los condujo a una poza de aguas muy profundas y fue ametrallado por la espalda cuando intentaba escapar a nado.

—¿Eres tú quien ha metido esto en mi habitación, Jean?

Landley sacó otro ataúd en miniatura del bolsillo.

—¡Dios mío! —exclamó el escultor.

—¿Ha venido alguien mientras dormía?

—No, Bob. Sólo el cartero, que yo sepa.

—¡La comida está en la mesa! —gritó alguien con voz agria.

Una campesina delgada, de brazos largos y descarnados, había aparecido en el quicio de la puerta de la cocina.

—Es la mujer de la limpieza. Cuando no está Madeleine, se ocupa también de la cocina —explicó Jean quitándose la larga bata blanca.

Al terminar la comida, Landley tosió para aclararse la voz y preguntó:

—¿Cuándo se fue Madeleine exactamente? Dime todo lo que sepas sin omitir ningún detalle. ¿Estás absolutamente seguro de que no te dejó un mensaje?

—Por completo. Salió anteayer para hacer unas compras en Périgueux y dijo que pasaría la noche en casa de mi hermana. Lo demás ya lo sabes. No llegó a Périgueux.

—Anteayer... era martes. Tú ya habías recibido dos ataúdes, uno el lunes y otro el día en que se fue. ¿Salió antes o después de la llegada del segundo ataúd?

—Déjame pensarlo... No. Se fue con el carnicero, pero ya había encontrado el ataúd en mi estudio.

—¿Con el carnicero?

—Sí. La llevó hasta Montignac en su furgoneta. Allí debía tomar el autobús de Périgueux.

—¿Lo tomó realmente?

—No lo sé. Ayer por la mañana, al ver que no volvía, telefoneé a mi hermana y me dijo que no la había visto. Esperé unas cuantas horas y después me puse en contacto contigo.

—¿Conoces algún sitio donde haya podido ir?

—No. En Inglaterra tiene muchos amigos, pero se dejó el pasaporte aquí. No se me ocurre ninguna persona que...

—No debe ser difícil comprobar sus movimientos en Périgueux. Nosotros mismos podemos encargarnos de eso antes de avisar a la policía. Hasta ahora no hemos perdido el tiempo. ¿Qué opinas tú?

—Lo dejo en tus manos. ¿Tengo que acompañarte?

—Será mejor que vaya solo. A ti te conocen demasiado y a mí, en cambio, nunca me ha visto nadie. Espérame. En coche no tardaré mucho tiempo. Pero antes de nada, llévame a ver al carnicero.

Todo lo que el carnicero pudo decir fue que había dejado a la señora Gorvac en la plaza de Montignac, delante del coche de línea de Périgueux. No, no había visto subir a la señora en el autocar, que aún estaba en la parada cuando la dejó en la plaza.

—No me cae muy simpático tu carnicero —dijo Landley volviendo a subir al coche—. Pero debo confesar que siempre he tenido cierta prevención contra el gremio. Vuelve a tu escultura. Volveré pronto.

Madeleine no era el tipo de mujer que pasa desapercibida. No tenía la belleza deslumbrante de las estrellas de cine, pero poseía una atractiva sonrisa y no le faltaba garbo ni personalidad. Nadie que la hubiera visto una vez, la olvidaría inmediatamente. Esta propiedad, por otra parte, le había perjudicado mucho durante la guerra. Robert Landley estaba seguro de encontrar fácilmente sus huellas si el carnicero había dicho la verdad. Aquello se parecía bastante al trabajo del maquis, pero existía una diferencia: esta vez la policía actuaría contra sus desconocidos enemigos, por muy peligrosos que parecieran.

Estaba de suerte. La primera persona que encontró en la estación de los autobuses de Montignac resultó ser el cobrador del coche de Périgueux. Landley le describió a Madeleine e incluso le enseñó una foto, pero el cobrador no recordaba haberla visto nunca. El chófer, por el contrario, la reconoció enseguida. Estaba seguro de que había visto a esa señora dos o tres días antes en la parada y también de

que no había subido al coche. Tras la marcha de éste, se quedó completamente sola cerca de la acera.

La línea de Tulle y Brive tenía su parada al otro lado de la plaza. Robert la atravesó para informarse también allí, pero —como había previsto— no sacó nada en limpio. Forzosamente, Madeleine debía esperar algo distinto a un autobús. ¿Pero qué? Robert se esforzó en imaginar los pensamientos que aquella plaza podía haber sugerido a su ex compañera de guerra. Después miró alrededor. ¿El café? En cualquier caso nada se perdía con intentarlo.

El camarero era un charlatán. Landley le enseñó la foto.

—¡Pero si es la señora Gorvac!

—Sí —dijo Landley—. Dígame (le deslizó un billete de quinientos francos en la mano, que tenía ya semiabierta)... Dígame si estuvo aquí el martes, por favor. Fue vista en la parada de los autobuses y fácilmente pudo entrar en el local...

—No, señor. La señora Gorvac viene a veces con su marido, pero nunca sola. No pertenece a esa clase de mujeres...

—Desde luego. ¿Pero está usted seguro de no haberla visto recientemente?

—Completamente seguro. El señor puede preguntar en el estanco de al lado. La señora Gorvac siempre compra ahí el tabaco de su marido.

Sí, el estanquero se acordaba de la visita de Madeleine. Le parecía que fue el martes, pero no recordaba la hora.

Landley, un poco animado por este indicio, entró en varias tiendas más, sin éxito. Cada vez estaba más convencido de que Madeleine no tenía ninguna intención de ir a Périgueux y que sólo había esperado en la parada de los autobuses por cálculo, tal vez para despistar al carnicero.

Levantando los ojos, Landley se dio cuenta de que casi había llegado a las últimas casas de Montignac. Dio media vuelta para regresar al centro del pueblo y en ese momento, una regadera azul pálido, decorada con una flor roja, atrajo su atención. Estaba ante la puerta de una ferretería, entre otros muchos recipientes, y Landley intentó acordarse de dónde había visto una parecida. Continuó andando durante un rato y de repente se acordó: en la puerta del estudio de Jean había una regadera casi sin estrenar e idéntica a aquella. Volvió sobre sus pasos y entró en el establecimiento.

El tendero, vestido con una bata gris y tocado con una boina mugrienta echada hacia atrás, reconoció inmediatamente la fotografía.

—Sí, señor. Tiene usted razón. Esta mujer compró aquí una de esas regaderas el otro día.

—¿Qué día?

—Hará más o menos una semana. Pero volvió después para comprar carburo.

—¿Para comprar qué?

—Carburo. Lo que se le pone a las lámparas de acetileno.

—¿Y eso cuándo fue?

—Espere... Creo que el lunes. Se llevó cuatro libras.

—Es una cantidad gigantesca, ¿no le parece?

—Sí.

—¿Recuerda la hora?

—Un poco antes de comer.

—¿En qué dirección se fue al salir?

—Hacia la izquierda, en dirección al pueblo, pero entonces alguien la llamó. La vi pasar otra vez por delante de la puerta y subió a un coche.

—¿Qué camino tomó ese coche?

—Creo que el de Tulle.

Cuando Landley apareció por el otro extremo de la calle, a última hora de la tarde, Jean Gorvac estaba de pie delante de la verja de su casa, hablando con varios hombres. El carnicero, sentado allí al lado, bajo su porche, hacía evidentes esfuerzos para escuchar.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Jean cuando Landley detuvo el coche junto a él.

—Poco pero sabroso. ¿Y tú?

—Un mensaje para ti, metido en un nuevo ataúd. Lo ha traído el perro.

—Como para confiar en él.

Metió el coche en el jardín y lo aparcó detrás de la casa. Después, mientras cerraba las puertas con llave, preguntó:

—¿Tienes alguna idea de para qué podía necesitar Madeleine cuatro libras de carburo?

—¿De dónde has sacado eso? ¡Cuatro libras de carburo! ¡Es

ridículo!

—En efecto... Pero no cabe ninguna duda. Tu mujer las adquirió el martes último en la misma tienda donde una semana antes había adquirido esa regadera.

—¿Dónde?

—En la ferretería que da a la carretera de Tulle... Una de las últimas tiendas, a mano derecha.

—¿En casa del viejo Legrand? Es extraño... ¿Qué más sabes?

—Casi nada. Pero la última pista puede servirnos de algo: el tendero la vio subir en un coche que iba hacia Tulle. Si consiguiéramos averiguar para qué compró ese carburo, creo que no nos costaría mucho trabajo encontrarla. ¿Conoces a alguien que pudiera necesitar cuatro libras de...?

—No. Aquí sólo lo utiliza el viejo Davignac.

—¿Para qué?

—Para sus candiles. Es un profesor de historia jubilado que se dedica a matar el tiempo explorando las innumerables grutas que hay a lo largo del Vézère... No tiene coche y es muy viejo, ochenta años me parece.

—No creo que por ahí lleguemos a ninguna parte. De todos modos, tal vez sepa algo. ¿Y si fuéramos a visitarle?

—Aguarda. Mira antes esto. —Gorvac sacó del cajón un nuevo ataúd—... El mensaje está en inglés... Por eso he pensado que eres tú su destinatario.

Landley hizo girar entre sus dedos el macabro objeto antes de decidirse a abrirlo.

—Ahora comprendo lo desagradable que es recibir una misiva de este tipo —dijo sacando cuidadosamente un papel doblado. El texto venía a lápiz. Leyó:

Estamos dispuestos a discutir. Si usted lo está también, circule lentamente en coche por la carretera de Eyzies esta noche entre las 21 y las 22. Deténgase cuando vea a un ciclista encendiendo un cigarrillo. Apéese y avance hacia él con las manos en alto. Madeleine correrá un grave peligro en caso de presentarse acompañado o de que avise a la policía.

—¡Bueno! ¡No han perdido el tiempo! —dijo Landley plegando ceremoniosamente el papel.

—Bob... Yo iré contigo a esa cita. Ya nos hemos visto en peores... No, déjame terminar. Tengo derecho a ir.

—Pero si lo haces, ellos no aparecerán...

—Ellos no sabrán nada. Tú saldrás solo de aquí y yo, por si acaso hay alguien vigilando, cerraré personalmente la puerta. Después harás un alto en el Mesón para comprar cigarrillos y cuando vuelvas al coche, yo estaré tumbado en el fondo. ¿Te acuerdas de nuestros Colts? Aún los tengo y sabes que siempre he sido buen tirador. Pase lo que pase, estaré cerca de ti.

La proposición parecía razonable... Landley olisqueó el ataúd que tenía en las manos e intentó acordarse de donde había sentido antes aquel perfume tan peculiar. Veía como en sueños una situación parecida, muchos años atrás, una historia en la que intervenía un perro... Tarde o temprano terminaría por acordarse.

Al llegar la noche, Landley salió en su coche y Gorvac cerró la puerta tras él. Se detuvo en el Mesón para comprar un paquete de Gauloises, lo abrió y extrajo un cigarrillo que encendió lentamente. Por fin se dirigió al coche, confiando en que su amigo hubiera tenido tiempo de introducirse en él. Un simple vistazo a la joroba de su manta de viaje le tranquilizó por completo.

Landley prestó mucha atención a todo lo que apareció en el haz luminoso de sus faros a lo largo de aquella sinuosa carretera. Se cruzó con otro automóvil, adelantó a un coche de caballos y finalmente llegó a Eyzies sin haber visto rastro alguno de ciclista. Entonces dio media vuelta y regresó despacio por el mismo camino, poniendo los cinco sentidos. Pero la carretera —aparte del coche de caballos— continuaba desierta.

Aquella noche, Landley se despertó sobresaltado al oír que un objeto chocaba contra la pared, encima de su cama, y caía ruidosamente sobre el entarimado. Durante un segundo permaneció inmóvil, pero sólo llegó hasta él el murmullo del viento entre los árboles. De repente una detonación rasgó el silencio de la noche. Habían debido disparar muy cerca. Cogió la automática que le había dado Jean y caminó de puntillas para mirar por la ventana de la habitación contigua, consciente de que hacerlo por la propia, podría serle fatal.

El cielo empezaba a palidecer y Landley pudo ver, a la luz temblorosa del alba, que la cama de su amigo estaba vacía. Avanzó

sin ruido hasta los visillos de la ventana abierta, miró disimuladamente y vio a Gorvac, pistola en mano, que se desplazaba furtivamente a lo largo del seto paralelo a la carretera.

Bajó la escalera de cuatro en cuatro, abrió la puerta de la cocina y se encontró con Gorvac, que regresaba ya de sus merodeos nocturnos.

—¿Has oído? He errado el tiro. Estoy muy bajo de forma... ¡Lástima!

—¿Quién era, Jean?

—Un hombre. Un desconocido. Oí sus pasos y me levanté para mirar. Cuando le vi que saltaba la tapia por la parte de la cochera, bajé con la intención de invitarle a discutir algunas cosas conmigo. Pero debió oírme y echó a correr. Entonces disparé e incluso creí haberle dado, pero cuando llegué junto al seto, no había nadie.

—¿Y el perro? ¿Por qué no ha ladrado?

—¡Es verdad!

El perro, como tuvieron ocasión de comprobar un instante después, estaba profundamente dormido en su caseta y cuando lo sacudieron, se limitó a gruñir un poco, sin despertarse.

—Le han dado una droga —dijo Landley.

Durante un buen rato se quedó allí de pie, preguntándose por qué diablos habrían hecho eso. Y, repentinamente, se acordó de que no era la detonación lo que le había despertado, sino el choque de un objeto contra la pared de su habitación.

—¡Espera un segundo!

Volvió al poco tiempo con otro ataúd en la mano, pero traía una expresión muy extraña y en el fulgor metálico de sus ojos se adivinaba la cólera.

—Escúchame, Jean —dijo con lentitud—. Hemos pasado muy malos ratos juntos... Pues bien: estamos otra vez como entonces, como en los peores días.

—¿Qué quieres decir, Bob? ¿De qué se trata?

—Mira... Lo tiraron a mi habitación un segundo o dos antes de tu disparo. Ahora aprieta los dientes y abre los ojos.

Landley dejó el pequeño ataúd sobre la mesa. Gorvac lo abrió y se quedó sin voz.

—¿Lo reconoces, Jean?

—Sí, Bob. Es de Madeleine —dijo con voz ronca, contemplando

en la palma de su mano un dedo meñique cuidadosamente arreglado—. ¿Qué dice el mensaje? No puedo leerlo.

—Se secó los ojos con el reverso de la mano.

—También está en inglés.

Landley desdobló el papel, que venía envolviendo al ataúd, y leyó en voz alta:

Esto es sólo una advertencia. Se le dijo que viniera solo. Sin embargo, vamos a darles otra oportunidad. Hoy, por la mañana irán los dos al mercado de Montignac. Allí se les facilitarán nuevas instrucciones, bien a usted, bien a su amigo. Cualquier tentativa para detener a nuestro mensajero o para hacer que la policía intervenga en el asunto, traerá como consecuencia un nuevo regalo. A Madeleine aún le quedan nueve dedos.

—No nos queda más remedio que ir.

Los ojos de Gorvac no se habían apartado un instante del dedo meñique.

—Sí, yo también lo creo —dijo Landley, preguntándose si aquello no sería una excusa para sacar a los dos de la casa.

Había formulado ya el proyecto de telefonar a París aquella misma mañana. Contaba con un excelente amigo en la Dirección de Vigilancia del Territorio... Sin embargo, los raptos tenían todos los triunfos en su mano, pero aquella situación no podía durar...

Durante el trayecto a Montignac no cambiaron una sola palabra. Landley se pasó todo el camino intentando imaginar en qué terribles condiciones le habrían amputado el dedo a Madeleine. La limpieza del corte hacía pensar en un trabajo de bisturí, en unas poderosas tenazas... ¿O tal vez en un cuchillo bien afilado? ¿No andaría mezclado el carnicero en todo aquello? A fin de cuentas, él era quien había transportado a Madeleine el martes pasado.

—Jean, ¿hace mucho tiempo que conoces a tu carnicero?

—Llegó a Saint-Leonard en 1940, con un grupo de refugiados alsacianos. Después sirvió como enlace en una red de la resistencia de Bergerac y llevó a cabo buenos trabajos. Era uno de los pocos tipos capaces de terminar con éxito una misión en Alsacia. También sirvió varias veces de guía a los prisioneros evadidos.

—¿Estás absolutamente seguro de todo eso? ¿Conoces a alguien que pueda garantizar...?

—Sé lo que estás pensando, Bob. Pero no. Creo sinceramente que no tiene nada que ver con este asunto. Por otra parte, tú mismo comprobaste que Madeleine se quedó en Montignac después de su marcha y me consta que volvió a tiempo para comer.

—De todos modos me gustaría mantener una pequeña conversación con él cualquiera de estos días.

Al llegar a Montignac, condujo lentamente hacia la plaza del Mercado y aparcó en una calle estrecha.

—Escucha mi plan —dijo—, a ver si te parece bien. Vamos a quedarnos juntos durante un cuarto de hora, por si encontramos al mensajero. Eso nos permitirá examinarlo desde más cerca y con mayor facilidad. En el caso de que no se acerque nadie, tiraremos cada uno por nuestra parte, pero sin perdernos de vista en ningún momento. Y si entonces viene alguien hacia mí, tú te quedas aparte, aunque con los ojos bien abiertos para ver si algún otro nos observa. Bueno, como durante la guerra. Evidentemente, si es a ti a quien se aproximan, yo me convertiré en observador.

Jean Gorvac era bastante conocido en Montignac y, mientras se paseaban de puesto en puesto, tuvo que saludar a docenas de personas y que estrechar algunas manos, pero con ninguna se detuvo a charlar. Así erraron durante diez minutos, hasta que Landley descubrió al carnicero de Saint-Leonard, que los había visto y venía hacia ellos.

—¿Cómo va el escultor solitario? ¿O ha regresado ya la señora Gorvac?

Le dio una sonora palmada a Jean en la espalda y le guiñó un ojo a Landley.

—No, sigue fuera— dijo el escultor con una sonrisa forzada.

—Entonces vengan a tomarse una copa. Aquí dan un vino blanco que eleva los corazones.

—No, gracias, esperamos a alguien.

—Pueden buscarlo luego. De momento es a mí a quien han encontrado.

—De acuerdo. No nos vendrá mal un vaso.

Landley se preguntó si no habrían dado, efectivamente, con la persona que buscaban.

Pero cuando regresaron a la plaza del Mercado, en su hora de mayor animación, estaba convencido de lo contrario. Cada uno tiró

entonces por su lado. Landley, aburrido y desanimado, tiró la colilla y rebuscó en su bolsillo para sacar su paquete de Gauloises. En lugar de él, encontró un sobre y sintió que la sangre se le subía a la cabeza.

«Envejezco y me idiotizo», se dijo mientras volvía a meter el mensaje en el bolsillo.

Hizo un signo con la cabeza a Gorvac y esperó a que los dos estuvieran en el interior del coche para enseñarle el sobre, azul y de mala calidad.

—Jean, antes de abrirlo, reflexionemos un instante. ¿Se ha puesto alguna vez el carnicero a mi derecha en el café?

—No, Bob. Se sentó junto a mí y enfrente de ti... ¡No, espera! Cuando salimos, estuvo detrás de ti durante un segundo... Pero yo iba el último y le habría visto meterte el sobre en el bolsillo. ¿Lo has abierto?

Landley lo rompió y sacó de él una hoja doble, arrancada por todas las trazas de un cuaderno escolar. El mensaje venía escrito a lápiz y con mayúsculas:

Esta tarde deben hacer una pequeña expedición a la gruta del «Ojo de Aguja». Prepárense ruidosamente, de forma que se entere la mayor cantidad posible de personas. Pero al llegar allí mañana por la mañana, no entren. Cuando estén seguros de que nadie les ha seguido, Gorvac le indicará el camino de la cueva del «Perro». Después se separará de usted y volverá a buen paso a la gruta del «Ojo de Aguja», donde volverán a encontrarse una o dos horas mas tarde. Como sabemos que son lo suficientemente tontos para intentar algo, les hemos enviado un nuevo regalo, que encontrarán en casa a su regreso. Madeleine es muy valiente y sólo la hemos hecho sufrir lo estrictamente necesario.

Landley, sin hacer ningún comentario, dobló cuidadosamente el mensaje, se lo metió en el bolsillo y arrancó. En la cara de Gorvac no se había movido un solo músculo.

—¿Qué son todas esas cuevas, Jean? Seguro que tú las conoces a fondo y el autor del mensaje está al tanto de ello.

—Las conozco, desde luego, pero no muy bien. La gruta del «Ojo de Aguja» está casi completamente explorada por el viejo Davignac, ese profesor jubilado del que antes te hablé. Él fue también su descubridor y encontró muchos restos prehistóricos, como huesos

de reno, raspadores de piedra tallada, puntas de flecha, agujas de cuerno...

—¿De ahí le viene el nombre?

—No. Creo que de la forma de la entrada.

—¿Y la otra gruta?

—La gruta del «Perro» es muy profunda y jamás ha sido explorada por completo. La gente dice que por ella suele andar un perro y que aúlla a la muerte los días de lluvia.

—¿Lo has oído tú?

—No. Probablemente sólo es una leyenda local. También se dice que quien oye a ese perro, muere en el curso del año. Yo, sin embargo, conozco esa cueva un poco mejor que la otra, porque durante la guerra escondimos en ella armas y explosivos.

—¿La conoce también el carnicero?

—Sin la menor duda. Aquí casi todo el mundo ha estado en ella. No tiene ningún interés histórico. Hay un paso peligroso donde es preciso pegarse a la pared para no caer a un pozo.

—¿Muy profundo?

—No. Ocho o diez metros todo lo más y el fondo es de arena. Más allá hay una gran sala bastante grande y seca, donde almacenábamos las armas.

Al llegar a la casa de Gorvac, los dos hombres se encaminaban directamente a la cocina, cuyas ventanas estaban abiertas, para buscar el nuevo ataúd.

Lo encontraron sobre la mesa y Landley lo abrió sin despegar la boca.

En su interior, envuelto en un pañuelo de papel, apareció el dedo anular de Madeleine, amoratado y hinchido, como si en el momento de cortarlo tuviera frío, con su alianza de platino intacta. La uña estaba bastante deteriorada y Landley tuvo la impresión de que aquella vez Madeleine se había resistido.

Desalentado, cerró el ataúd y apoyó las manos sobre los hombros de Gorvac, sacudidos por los sollozos.

—Jean, esto no puede seguir así. Voy a telefonear a mi amigo y mañana por la mañana, antes de que amanezca, esas grutas estarán completamente rodeadas y los que se encuentren dentro...

—Matarán a Madeleine —dijo con lentitud Gorvac.

—¡Evidentemente! ¡Qué imbécil soy! ¡Hubiera debido pensar en

ello ayer!

—¿Qué quieres decir?

—¡El carburo! Todo ese carburo que Madeleine compró antes de subir al coche, invitada por alguna persona a la que conocía bien, era para alimentar lámparas de acetileno. ¡Las lámparas que utilizan los espeleólogos!

—¡Bob! ¡Eso es! Madeleine debe estar en la gruta del «Perro». Vamos allí y los sorprenderemos.

—No pierdas la cabeza, Jean —dijo Landley, que bruscamente había recuperado el dominio de sí mismo—. Haremos lo que nos dicen y no correremos riesgos inútiles. Quiero reflexionar un poco antes de actuar. Ese ataúd... Lo que no comprendo es lo del perro. Esta vez no le habían drogado. Jean, aparte de ti y de Madeleine, ¿quién ha tenido alguna relación continuada con ese perro?

—Nadie, que yo sepa.

¿La propia Madeleine? ¡Imposible! Jamás se prestaría a eso. Jean, por otra parte, había reconocido e identificado los dedos.

Al día siguiente, de buena mañana, los dos hombres se pusieron en camino hacia la cueva, tras cargar la pequeña camioneta de Gorvac con cuerdas, lámparas de acetileno, cascos, pieles y bastones de alpinismo. Al pasar ante el mesón, hicieron un alto y compraron vino y fiambres en abundancia.

No pudieron llegar muy lejos y aparcaron el vehículo en un lugar donde el camino, pésimo de por sí, se convertía en escarpada pendiente. Desde allí siguieron a pie hasta la entrada de la gruta del «Ojo de Aguja». Iban muy cargados y llegaron a ella jadeantes. Aparte de una vaca solitaria que pacía cien metros más abajo, no se veía ningún ser vivo en derredor. Pero a la derecha, sobre las estribaciones de una colina, aún se divisaban algunos techos, envueltos en una humareda azul, que pertenecían a las últimas casas de Saint-Leonard.

—Ya estamos. ¿A qué distancia queda la otra gruta?

—A media hora larga. Y no se trata precisamente de un paseo.

Gorvac escogió una lámpara y comprobó que estaba llena de carburo.

—Tal vez convendría llevar también una cuerda —dijo Landley echándose una a las espaldas.

—¿Tienes la pistola, Bob? Si oigo disparos, entraré detrás de ti.

—No olvides que debes regresar aquí. Por el momento es mejor obedecer sus instrucciones. Vamos.

Se pusieron a rodear la colina lentamente y después, a través de un sendero de cabras, desembocaron en un valle estrecho y tuvieron que remontar otra colina, sembrada de escombros. Gorvac fue todo el tiempo delante.

—¿Estamos cerca de la carretera de Eyzies? Me refiero a ese sitio donde baja una cascada dando tumbos y el río pasa bajo un puente...

—Sí. Ahora tenemos que trepar por la izquierda, casi hasta la cima. La cueva del «Perro» empieza inmediatamente detrás de esas rocas.

Cuando por fin llegaron a la gruta, Landley sudaba copiosamente. La entrada era una estrecha hendidura entre dos rocas, que a veinte metros de distancia habría pasado inadvertida. Robert miró alrededor, pero sus misteriosos comunicantes habían tenido buen cuidado de no dejar huellas.

Encendió la lámpara de acetileno, comprobó la automática de Gorvac y la puso al alcance de la mano, en una funda previamente colocada bajo la axila, entre la camisa y la cazadora azul. Su viejo revólver continuaba donde siempre, en el estuche especial atado con una correa alrededor de la pierna. Antes de ponerse sus gastados guantes de cuero, se ajustó un refuerzo metálico en cada una de sus manos.

—Dispuesto, Jean. Vamos.

—No te olvides de andar siempre por la derecha. El sendero se estrecha al llegar al pozo de arena, pero si llevas cuidado, no existe el menor peligro.

—Descuida.

Cogió la lámpara y rodeó el roquedal para entrar en la gruta.

Landley, deslumbrado por la luz matinal, apenas distinguió nada al principio, a pesar de que sostenía la lámpara en alto delante de él. Cuando dobló el segundo recodo, se vio rodeado por la más completa oscuridad y no tuvo más remedio que detenerse sin ruido para que sus ojos se acostumbraran a la penumbra. Desde el sitio donde se encontraba, le pareció oír ruidos de pasos encima de su cabeza o unos metros más allá.

Por fin pudo ver que el sendero se ensanchaba y seguía hacia la

derecha. Recogió la lámpara y emprendió nuevamente la marcha, teniendo a veces que dejarse resbalar por escarpados terraplenes y viéndose obligado otras a escalar enormes bloques de piedra.

Dejó atrás un estrechamiento que parecía un callejón sin salida, trepó por encima de una especie de losa y ante él se abrió un oscuro abismo. El sendero, bajo sus pies, torcía hacia la derecha. Aquello debía ser el famoso agujero de arena. La anchura del camino, formado por la parte superior de una cresta rocosa, oscilaba entre sesenta centímetros y un metro. Robert Landley jamás había practicado el alpinismo y ni siquiera a la luz del día se hubiera aventurado voluntariamente por aquellos parajes.

—¿Están ustedes ahí? —gritó.

Nadie contestó a su llamada.

Entonces —demasiado tarde— vio que por una anfractuosidad de la roca asomaban la mano y el hombro de un individuo. La mano lo empujó levemente por el codo y, como se hallaba en situación de equilibrio inestable, le precipitó sin esfuerzo en el pozo.

La acuciante necesidad le devolvió instantáneamente el uso de sus trucos de paracaidista. Replegó las piernas, se protegió la cara y la cabeza con los brazos y aguardó el choque. Un instante después rodaba sobre algo que parecía arena reblandecida y finalmente aterrizó con un ruido sordo sobre un montón de tierra, que se deshizo bajo él.

Aunque el golpe había sido bastante duro, Landley tuvo suficiente presencia de ánimo para no hacer ningún ruido. Ignoraba en qué dirección y desde qué altura había caído, pero no cabía la menor duda de que alguien le había empujado intencionadamente y el mejor sistema para conocer a su enemigo consistía en esperar su próximo movimiento.

Las esperas, sobre todo en la oscuridad, siempre parecen más largas de lo que son en realidad, pero no habrían pasado más de tres o cuatro minutos cuando a su derecha, y varios metros más arriba, se encendió una linterna eléctrica. Landley desenfundó el revólver y se volvió lentamente.

—¡Estoy aquí! —gritó—. ¿Quién es usted y qué quiere?

La luz de la linterna le enfocó, tras algunas vacilaciones, y a su izquierda brilló una breve llamarada roja. Casi al mismo tiempo, una bala se hundió en la blanda tierra, justo debajo de su brazo.

Landley rodó fuera del haz luminoso y disparó. La linterna cayó a un metro de él, aún encendida. La cogió y la enfocó hacia lo alto. Entonces sonó otra detonación y sintió la mordedura del proyectil en un brazo. Pero la luz reveló durante un segundo el pie de un hombre sobre el borde del pozo. Robert disparó por segunda vez y la bala hizo saltar unas cuantas piedras, que cayeron dando tumbos alrededor de él. Oyó que alguien se alejaba pesadamente, pero aunque movió la linterna en todas direcciones, no consiguió averiguar por dónde había huido su agresor.

Permaneció al acecho durante más de diez minutos, esperando oír a cada momento otras detonaciones, porque si Gorvac había escuchado la primera, lo más probable era que hubiese entrado en la cueva para ayudarle. Pero enseguida comprendió que su amigo estaba demasiado lejos para poder enterarse de nada.

Se metió la mano bajo la camisa para explorar la herida del brazo. Era sólo un roce, que ni siquiera sangraba ya. Tranquilizado, se enderezó y esperó.

Por más que aguzó el oído, hasta él no llegó ningún rumor. Finalmente se decidió a encender la linterna para inspeccionar los alrededores. Una simple ojeada le bastó para convencerse de que jamás podría salir de allí sin ayuda. Por un lado, la muralla era vertical y tan alta que el foco de la linterna no conseguía iluminar su parte superior, y por otro, diez o doce metros de roca viva le separaban del pequeño repecho donde le habían agredido.

Podía distinguir la galería por la que había llegado y la que a continuación hubiera debido tomar. Gorvac le había dicho que existía una sala redonda al final, pero seguramente estaba vacía y en la cueva, fuera de su desconocido agresor, presumiblemente no debía haber nadie.

Después de pacientes búsquedas, encontró la lámpara de acetileno, y descubrió —con una sonrisa de satisfacción— la cuerda, que casi había olvidado. En realidad daba igual, porque al parecer no podía engancharse en ningún sitio. ¿Cuánto tiempo tardaría Gorvac en venir a ayudarle? ¿O tal vez había caído también en una trampa?

Seguramente el agresor volvería enseguida, dispuesto a rematarlo. Por ello, tras escoger un sólido saliente de la roca, construyó un muro de defensa a su alrededor con las piedras más

gruesas que pudo encontrar.

Con penetrar cautelosamente en este fuerte improvisado y hacer rodar dos gruesas rocas delante de él, no sólo quedaba bien escondido, sino que al mismo tiempo podía vigilar el repecho de la galería superior y disparar con precisión entre las piedras.

Consciente de que en caso de ataque no dispondría de mucho tiempo, colocó cuidadosamente el revólver a su lado, porque perderlo en aquel terreno movedizo habría constituido un verdadero drama. Después enrolló la cuerda, comprobó el contenido de la lámpara de acetileno, que estaba casi llena, y descubrió con satisfacción que tenía una caja de fósforos sin estrenar. En cambio tendría que economizar cigarrillos, porque sólo le quedaban cuatro. Encendió uno con precaución, miró alrededor, se arrastró hasta su pequeña fortaleza y apagó la lámpara. Acercando el reloj a la lumbre del pitillo, vio que sólo eran las diez y veinticinco. Sin poderlo creer, se llevó la muñeca al oído y escuchó el tic-tac. Le parecía estar allí desde hacía mucho tiempo.

Como no tenía otra cosa que hacer, se dedicó a repasar mentalmente los incidentes de su aventura. Cada vez comprendía menos aquel asunto. Lo único evidente era que desde su llegada a Saint-Leonard no habían dejado de observarle. Por lo demás, todas las suposiciones y sospechas conducían al mismo hombre: el carnicero.

Trató de recordar las personas con las que se había relacionado durante la guerra en aquella región. Cuando llegó a ella por primera vez, quince años atrás, lo hizo en compañía de Madeleine. La muchacha estaba sentada frente a él, al otro lado de la escotilla abierta en el suelo del Lancaster. Landley, al oír la señal, se dejó resbalar hasta el borde de la abertura y cayó en el vacío. Antes de que su paracaídas se abriera pudo ver cómo el cuerpo esbelto de Madeleine surgía también del fondo del avión.

Los dos llegaron a tierra sin novedad. Robert se esforzó en recordar todos los miembros del «Comité de Recepción». El primero en correr hacia ellos fue un individuo bajo, grueso y ancho de espaldas. Cuando su paracaídas se arremolinó en el suelo, Landley sacó el revólver y oyó que aquel hombre se reía y gritaba: «¡Bienvenido a la Dordogne, capitán Landley! Aquí estará seguro. Arregle su petate».

Enseguida llegaron dos personas más, ambas del sexo masculino, que le estrecharon la mano y le dieron palmadas amistosas en los hombros y en la espalda. El individuo bajo abrazó a Madeleine. Posteriormente, ya en la granja, Robert se enteró de que estaban prometidos. ¿Y luego? Luchas incesantes, peligro por todas partes, noches sin sueño, expediciones en las que apenas había probabilidades de salir con vida... Él y Gorvac habían trabajado de firme. Y aunque ninguno de los dos aludía nunca a la muchacha, ambos procuraban excluirla de las misiones peligrosas. Por desgracia, no siempre era posible. Y Madeleine supo cumplir en todo momento sus obligaciones con más serenidad, frialdad y valor que muchos hombres.

Tampoco había olvidado el día en que la muchacha fue detenida por la Gestapo, cuando bajaba de un tren en Bergerac. Él había acudido a esperarla y recordaba muy bien el repentino silencio que se produjo en la estación, generalmente tan llena de vida. Un hombre se descubrió, como si pasara un entierro. Varias mujeres se santiguaron.

Madeleine no se alteró lo más mínimo y pasó por su lado sin hacer ademán de conocerle. Ese día comprendió cuánto la amaba.

Tras la detención, a pesar de la angustia que le oprimía el pecho, visitó a todos los amigos y les avisó de lo ocurrido. Tuvieron que destruir las fotos, los documentos, las claves... Varios agentes huyeron de sus casas y para los que no tenían más remedio que permanecer en ellas, se facilitaron coartadas y consignas. Por fin pudo regresar al cuartel general, donde le esperaba Gorvac, al que bastó una simple mirada para comprender.

Veinticuatro horas después ambos asaltaron, en pleno día, el convoy que transportaba a Madeleine hacia Périgueux. Gorvac, apuntando con la misma frialdad que si se encontrara en un campo de entrenamiento, mató uno a uno a todos los alemanes. Y al cabo de un instante, Madeleine, tan sonriente como siempre, salió del furgón. Jean, sin apresurarse, como si dispusiera de tiempo ilimitado, registró entonces los cadáveres en busca de la llave de las esposas. La muchacha los besó a los dos. Unas horas más tarde Madeleine y Gorvac entraron en París, donde no corrían el menor peligro.

Landley pensó a continuación en todos los hombres y mujeres

que trabajaron a su lado, en los que cayeron prisioneros y fueron torturados, en los pocos que terminaron la guerra sin percances... Pero no consiguió establecer la menor relación entre ellos y el rapto de Madeleine o sus propias desventuras.

De repente se sentó, aguzando el oído. Hasta él acababa de llegar un murmullo parecido al silbar del viento en un túnel o al traqueteo de un tren que pasara a lo lejos. Un segundo más tarde le pareció distinguir una especie de golpes sordos, pero inmediatamente se dio cuenta de que eran los latidos de su propia sangre... había leído en alguna parte que nadie puede permanecer en un silencio total, porque siempre se termina oyendo los latidos del corazón.

Muy poco tiempo después volvió a sobresaltarse y consultó la hora. Eran las cuatro y media. Encendió un cigarrillo y, al apagar la cerilla, le pareció oír un ruido. Se trataba otra vez del murmullo de antes, pero en esta ocasión era continuado. Aunque no podía tratarse de una alucinación, Robert no consiguió identificar el origen del sonido. Entonces, a la desesperada, abandonó su pequeña fortaleza con la esperanza de localizarlo.

Encendió la lámpara y se arrastró alrededor de su prisión, procurando no apartarse nunca de la muralla rocosa. A los dos o tres metros se detuvo para escuchar. ¿No sería el soplo del viento en la galería de arriba? Se puso de pie y alzó la cabeza para oír mejor. Y en ese momento sintió que por su mano, apoyada en la roca, corría un hilo de agua.

«¡Por lo menos no me moriré de sed!», pensó. El murmullo era mucho más intenso y Robert, por fin, comprendió que se debía a la lluvia. Apoyó la cara en la pared y oyó perfectamente el repiqueteo del agua en alguna parte situada debajo de él.

Con la lámpara en la mano, siguió la huella brillante y negra del manantial durante algunos metros, hasta que lo vio desaparecer en una hendidura de la roca. Y allí, inclinándose hacia el suelo, localizó el origen del murmullo.

Como carecía de recipiente —tal vez le fuera preciso improvisar uno— bebió la mayor cantidad de agua posible.

Y mientras regresaba a su escondite, oyó ladrar al perro.

Aquello carecía de sentido. Robert se inmovilizó y alzó los ojos, esperando un ruido de pasos o el resplandor de una lámpara.

Después, al escuchar por segunda vez el ladrido, sacó el revólver y disparó hacia el otro extremo de la galería. La bala hizo rodar unas cuantas piedras y levantó algo de polvo, pero no se oyó nada más.

Al tercer aullido comprendió que el perro no ladraba en el pasadizo superior, sino detrás de él, y la sangre se le heló en las venas.

—¡La gruta del «Perro»! Si un ser vivo ha podido llegar hasta aquí, yo podré salir... Suponiendo que efectivamente esté vivo.

Regresó lentamente a la hendidura por donde desaparecía el hilo de agua y, como si el animal le hubiera oído hablar, un breve ladrido, casi una queja de cachorro, subió hasta él.

—¡Dios mío! ¡Está ahí abajo! ¡Eh! —gritó Robert inclinándose sobre la fisura.

El perro ladró de nuevo, pero su respuesta fue demasiado rápida para que se tratara de un desafío.

Robert empezó a escarbar, con las manos desnudas, en la tierra que rodeaba la hendidura. Después se apoyó en una de las dos rocas con el hombro y descubrió que se movía ligeramente. Dio un empujón más fuerte para ensanchar la rendija, y bruscamente el suelo se hundió bajo sus pies y la lámpara de acetileno rodó con un ruido metálico hasta una caverna inferior.

Con el pie izquierdo aún en tierra firme y el derecho balanceándose en el vacío, Landley permaneció pegado a la roca más de un minuto. Luego, con infinitas precauciones, sacó la linterna del bolsillo, la encendió y vio que junto a su pie derecho se había abierto un agujero relativamente pequeño. Encontró un segundo punto de apoyo y enfocó la linterna hacia abajo. En ese preciso instante, el misterioso perro se puso a ladrar de nuevo y Robert pudo distinguir un túnel natural bastante ancho. Algunos metros más abajo, caída sobre un montón de piedras, estaba la lámpara de acetileno.

No le costó mucho trabajo ampliar el agujero y se deslizó por él, ayudándose de pies y manos y con la cuerda enrollada a un hombro. Recuperó el carburo, lo encendió y nuevamente llegaron hasta él los ladridos del perro. Avanzó con lentitud y silbó. El túnel, tras un ligero estrechamiento, se ensanchó bruscamente y desembocó en una sala natural, que parecía bastante alta. Mientras paseaba la luz de la linterna por las paredes, un ladrido corto y seco

desgarró súbitamente el silencio, justo delante de él y en el centro mismo de la sala.

El suelo era pedregoso y desigual, pero Robert no necesitó mucho tiempo para convencerse de que allí no había rastro alguno de perro. Y entonces, un nuevo ladrido, nítido y tajante, se alzó a sus espaldas, haciéndole volverse de un salto. La cueva estaba vacía. Más de una vez, en el curso de su azarosa vida, Robert había deseado encontrarse con un fantasma, pero tropezar —después de todas las incidencias de aquel día—, con el espectro de un perro era más de lo que podía soportar. Aparte de que la presencia de un animal vivo hubiera renovado su casi perdida esperanza de descubrir una salida...

El ladrido sonó esta vez directamente bajo sus pies. ¿Acaso aquel invisible bicho se dedicaba a hacer alegres cabriolas en torno a él? Landley se inclinó para ver si había otra fisura en el suelo. En ese caso, los ladridos podrían venir de una sala inferior y resonar en las paredes. Mientras examinaba el suelo, una gruesa gota de agua cayó sobre su nuca. Aunque escudriñó minuciosamente las alturas, no consiguió distinguir rastro alguno de humedad. Sin embargo, puesto que una gota acababa de caer, otras la seguirían tarde o temprano y otras habrían caído con anterioridad.

La espera no fue larga. Y un instante después de que la gota de agua brillara a la luz de la linterna, el perro volvió a ladrar delante de él, que se puso en cuclillas y prorrumpió en risas tan nerviosas como sinceras. Porque no existía, efectivamente, ningún perro, pero tampoco había fantasmas. La gota de agua caía en un estrecho agujero y el ruido del aire expulsado reproducía con casi increíble exactitud el ladrido de un perro. Levantó la cabeza y localizó la estalactita de la cual emanaba el agua. Un agua que debía llevar corriendo muchos siglos, porque había perforado verticalmente el suelo. Esa era la razón de que el perro, como Gorvac le había explicado, sólo ladrara los días de lluvia.

Robert miró alrededor y descubrió que allí se oía mucho mejor el murmullo del agua. Entonces, jugando una carta de azar, atravesó la sala en dirección al único túnel que la prolongaba. Tal vez se estaba alejando cada vez más de la posible vía de salida, pero no tenía alternativa. A veces el pasadizo se estrechaba tanto que apenas podía pasar, pero el murmullo del agua, en cambio, se hacía

más perceptible a medida que avanzaba. Finalmente, tras una vuelta en ángulo recto, descubrió su origen. Ante él se derramaba una especie de cascada burbujeante, que obturaba el túnel como una puerta.

Encendiendo la linterna, se acercó a la cortina de agua tanto como pudo. Después retrocedió algunos pasos, encontró una protuberancia llena de aristas y ató a ella un extremo de la cuerda, que a continuación se enrolló alrededor del pecho, debajo de las axilas. Entonces regresó al borde del agua y allí, con los dos pies firmemente apoyados en el suelo, se inclinó hacia delante, sostenido por la cuerda, que iba soltando con mucha lentitud.

Aunque un segundo después ya estaba calado, el volumen de agua era mucho más débil de lo que había creído en un principio. Cogió la linterna y comprobó que la cascada nacía aproximadamente un metro más arriba y que rebosaba de una pequeña cornisa. Abajo, a unos tres metros de distancia, había un lago subterráneo.

Recuperó la vertical, buscó las cerillas, que afortunadamente no se habían mojado, y encendió la lámpara de carburo. Tenía dos soluciones: o descender al lago —lo cual, posiblemente, entrañaba la imposibilidad de volver a subir al túnel— o regresar a su primer escondite y esperar los acontecimientos. Su reloj marcaba las nueve.

Estaba empapado, tenía frío y empezaba a sentir hambre. Sacó del bolsillo la masa pulposa de la cajetilla, donde sólo quedaba un cigarro, y sofocó un juramento. Tendría que arreglárselas sin comer ni fumar. Lo mejor era regresar a su primitiva fortaleza e intentar dormir unas horas.

Al atravesar la segunda sala, Landley descubrió que los ladridos habían cesado, lo cual significaba que había dejado de llover. En ese caso, cabía la posibilidad de que el agua disminuyera rápidamente de volumen, lo que facilitaría notablemente sus indagaciones. Al llegar a la entrada del agujero arenoso, la linterna se deslizó de su bolsillo y cayó al suelo entre sus piernas. Robert dudó un instante. Pero sin duda, era mejor recuperarla inmediatamente. Se volvió de espaldas y se dejó deslizar otra vez por el terraplén. La linterna estaba entre dos rocas. Se inclinó para recogerla y, al dirigir el haz luminoso del carburo sobre ella, descubrió una especie de arañazos o señales en su caperuza.

De vuelta a su primer escondite, examinó la inscripción con más cuidado. Los arañazos eran dos letras: J y G. Aquella linterna, por lo tanto, pertenecía a Gorvac. Y Lindley recordó entonces que su amigo se la había atado a la cintura cuando se trasladaban de la gruta del «Ojo de Aguja» a la del «Perro».

Apagó el carburo y reflexionó.

Existían tres posibilidades. En primer lugar, que los raptos hubieran atacado a Gorvac antes que a él y se la hubieran quitado. No parecía verosímil, porque se habría oído algún ruido. ¿Y, de todos modos, cómo iba a haber tenido tiempo el agresor de Gorvac para alcanzarle a él precisamente junto a aquella condenada sima? La segunda posibilidad era que Jean tuviera varias linternas iguales y que le hubieran robado una antes de que empezaran los envíos de ataúdes. Esto parecía más probable. La tercera posibilidad... Se trataba de una idea ridícula, en la que Robert prefería no pensar. De una idea ridícula y estúpida que, sin embargo, respondía a todas las preguntas planteadas.

—¡Me estoy volviendo loco! —dijo en voz alta. Después dio media vuelta e intentó dormirse.

Encendió la linterna y descubrió con asombro que eran ya las seis. Se deslizó fuera de la fortaleza, bostezó, se desperezó e inmediatamente sintió la mordedura del hambre. Estaba decidido. Seguir allí, confiando en un hipotético socorro del exterior era inútil... Evidentemente, y por razones que prefería apartar de su cabeza, nadie se dedicaba a buscarle. En vista de ello, se las arreglaría solo. Aquel agua tenía que ir a parar a alguna parte y cabía una posibilidad de que no se filtrara bajo tierra.

Sacudió el carburo y calculó, por el ruido, que aún le quedaba la mitad del combustible. La pila de la linterna, por lo demás, alumbraba con plena potencia... Tras echar un último vistazo alrededor, se deslizó una vez más por el agujero arenoso.

Como esperaba, la cortina de agua caía con menos intensidad. El acceso al lago, por otra parte, se había hecho más visible y el descenso parecía realizable. Además, dejándose colgar de la cuerda, siempre le quedaría el recurso de volver a subir en caso de necesidad.

Llegó al lago con facilidad, aunque completamente calado. Sin embargo consiguió preservar las cerillas. Raspó una de ellas, con la

intención de encenderla, y mientras lo hacía, le pareció divisar un resplandor azulado en alguna parte, delante de él. Sin dudarlo, se puso en marcha por el borde resbaladizo del lago. Una huella oscura demostraba que el agua había alcanzado un nivel más elevado hacía poco tiempo y que unas horas antes le habría sido imposible rodear aquel extraño estanque.

El extremo del lago surgió tan bruscamente, que Robert casi chocó contra una pared rocosa de un par de metros de altura, que después se inclinaba y formaba el techo de la sala. Desde allí a la orilla opuesta no habrían más de tres metros.

Y, a pesar de ello, estaba convencido de haber visto aquel resplandor. Regresó lentamente a su punto de partida y al llegar a un sitio determinado, vio con el rabillo del ojo un resplandor azulado bajo él. Parecía reflejado en el agua. Tapó la lámpara con la mano y alzó los ojos, pero no distinguió la menor claridad. Finalmente, tras unos instantes de meditación, comprendió que no se trataba de un reflejo sino de una luz auténtica, cuyo foco emisor se encontraba debajo de la superficie del lago.

Apagó para ver mejor. Era, desde luego, luz natural, pero ¿cómo diablos podía surgir de la superficie de un lago? Volvió a encender la lámpara, tiró la cerilla usada al agua y la siguió con los ojos, comprobando que se dirigía lentamente hacia el extremo opuesto del lago. Había corriente y, por tanto, una vía de salida para el agua, que tal vez fuera lo suficientemente amplia para permitirle alcanzar el exterior. El agua fluía, sin la menor duda, hacia alguna parte. Pero, ¿a qué profundidad?

Rápidamente tomó una decisión. Regresó al lugar donde pendía la cuerda, trepó hasta el túnel, la desató y se la puso alrededor de la cintura. Después volvió a bajar y se dirigió hacia el otro extremo del lago. Allí escogió una pesada piedra, anudó fuertemente a ella un cabo de la cuerda y la aseguró sólidamente entre dos rocas.

Mientras llevaba a cabo todas estas operaciones, se acordaba de una noche, veinticinco años atrás, en la que se vio sitiado por la Gestapo en un hotel. En aquella ocasión consiguió escapar por una ventana del sexto piso, gracias a una cuerda parecida a la que estaba utilizando ahora. Y recordó también que su última acción antes de aventurarse en el vacío fue buscar en su maleta un paquete de granos de anís... Sin ellos jamás hubiera podido engañar al perro

que lanzaron en su persecución diez minutos después... Y de improviso, al pensar en los granos de anís, la luz se hizo en su cerebro, revelándole la identidad de su agresor.

Sí, era imposible seguir dudando. Los ataúdes y los mensajes habían sido colocados por Jean Gorvac, probablemente con ayuda del carnicero, aunque no podía descartarse la posibilidad de que el escultor hubiera actuado solo.

Los ataúdes estaban impregnados de anís —al fin se daba cuenta— y ningún perro recogería nunca un objeto con ese olor, tal como Gorvac le había explicado.

Pensando, sin poder evitar un estremecimiento, que Madeleine estaba secuestrada en alguna parte y a merced de un loco, se desnudó rápidamente y entró en el agua, tras atarse la cuerda alrededor de la muñeca. Después avanzó unos metros y perdió pie. No se percibía la dirección de la corriente.

A pesar de ello, apretó un poco más el nudo de la cuerda, llenó de aire los pulmones y se sumergió hacia la luz.

El agua estaba muy fría y la profundidad era mayor de lo que había creído. Robert se sintió repentinamente aspirado hacia abajo, lastimándose las piernas y los brazos contra las paredes de granito. La luz llegaba ya con más claridad y parecía separada de él sólo por unos centímetros. Al darse cuenta, se dejó resbalar en derechura hacia ella.

Se trataba, efectivamente, de la luz diurna, que atravesaba un túnel subterráneo en comunicación con el exterior. Con ayuda de la cuerda y luchando contra la corriente, consiguió llegar, exhausto, a la superficie del lago y nadó jadeando hacia la lámpara. Alcanzó el borde de la roca casi sin fuerzas para salir del agua y permaneció un buen rato al borde de ella, recuperando la respiración.

No le quedaba mas remedio que sumergirse de nuevo e intentar abrirse paso a través del túnel. La luz no podía venir de muy lejos. En cuanto doblara el primer recodo, probablemente, descubriría su origen. Pero eso no garantizaba la existencia de una vía de salida. ¿Podría aguantar tanto tiempo sin respirar? ¿Conseguiría atravesar un pasillo tan estrecho? No había podido observarlo con detenimiento, pero hasta el recodo debía haber por lo menos quince metros. En su interior, por añadidura, la corriente sería muy intensa y le costaría bastante trabajo nadar. En cualquier caso, aquella

zambullida equivalía a quemar sus naves, porque no le quedaba la menor posibilidad de regresar a la superficie. Y de nada le serviría alcanzar el recodo si el aire libre no se encontraba inmediatamente detrás.

Mientras se friccionaba vigorosamente, intentó calcular la altura de la entrada de la gruta y la distancia que hasta aquel momento había recorrido bajo tierra. Empezaba a temer que el agua del lago desembocara en la pequeña catarata situada bajo el puente de madera de la carretera de Eyzies. Si sus recuerdos no mentían, el agua formaba allí una verdadera catarata de quince metros de altura, que se desplomaba a través de una garganta muy estrecha. De ser así, y suponiendo que sus pulmones resistieran la prueba, sufriría una larga y peligrosa caída.

Llevó a cabo sus preparativos con el mayor método posible. Decidió sumergirse vestido, pero desgarró todos los bolsillos exteriores de su cazadora para disminuir los riesgos de engancharse en cualquier saliente del túnel. Desató la cuerda y se la enrolló alrededor del cuerpo. Después hizo un montón con todos sus objetos personales y colocó la lámpara sobre él. Sólo conservó el revólver y la caperuza de la linterna —donde estaban las iniciales de Gorvac—, que se guardó en el bolsillo interior de la cazadora. Finalmente, y sirviéndose de una piedra puntiaguda, garabateó un mensaje sobre un húmedo banco de arcilla. Que por lo menos quedara un testimonio de acusación contra su antiguo amigo y su muerte no fuera un sacrificio inútil.

Antes de volver al borde del lago, miró el reloj. Eran las ocho menos cinco. Se metió en el agua hasta la altura de las axilas, tomó aire y se sumergió de nuevo.

Llegó muy pronto al túnel, gracias a la aspiración de la corriente, y se hundió en él sin un titubeo, con los brazos extendidos. Sentía ya la presión del agua sobre sus tímpanos. Alcanzó el recodo mucho más deprisa de lo que había supuesto, se dobló como una anguila y se vio arrastrado a gran velocidad hacia una rendija por donde pasaba la luz del día. La rendija era demasiado estrecha. Jamás conseguiría deslizarse a través de ella.

Su cabeza chocó contra la roca y las piedras laceraron su pecho. Se debatió con rabia, consciente de que no podría resistir un instante más sin respirar y hundió un brazo por la abertura. Casi al

mismo tiempo, con un violento ruido de succión y unos gorgoteos, el agua descendió un poco de nivel, permitiéndole aspirar una bocanada de aire. Después volvió a subir. A los dos o tres segundos recommenzó aquella pequeña marea, que se repitió a intervalos sucesivos, dejándole ver cada vez un trozo de cielo azul y una lejana colina perdida en el horizonte gris. A media ladera había una granja y el humo de la chimenea ascendía en lentas espirales.

Landley permaneció varios minutos pendiente de su respiración y sólo tras recuperar una calma relativa se puso a buscar un punto débil en la fisura, con la esperanza de conseguir ampliarla. Instintivamente se dirigió en primer lugar a la parte más ancha, pero entonces descubrió que un poco más allá, hacia la izquierda, un rayo luminoso parecía surgir de debajo de la hendidura y atravesar el agua burbujeante. Para alcanzar aquella luz se vería obligado a luchar contra la corriente y tal vez, si se trataba de un paso en falso, no le quedara fuerza suficiente para volver arriba en busca de aire.

Durante largo tiempo permaneció allí, intentando cobrar ánimo y recuperar vigor, pero su cuerpo estaba cada vez más entumecido. Después, tras respirar profundamente, se sumergió y empezó a bracear con la energía de la desesperación.

Por fin distinguió un orificio verdoso bajo él, se sintió aspirado y algo le golpeó en la frente, desgarrándole un lado de la cabeza. Entonces dio varias vueltas sobre sí mismo y se encontró tumbado boca arriba en una caleta rocosa de escasa profundidad, cuya superficie estaba cubierta de espuma.

Diez metros más allá, el agua se despeñaba por unas rocas en dirección a una carretera que Landley reconoció inmediatamente. Entonces se puso en pie y avanzó vacilando hasta alcanzar una ladera boscosa... Allí echó los brazos alrededor de un árbol y se desvaneció.

Regresar a la casa sin ser visto no fue empresa fácil. A medio camino se encontró con una niña, que huyó dando gritos. Después de ese incidente, no volvió a abandonar el bosque y por fin entró a través de un seto en el jardín de Gorvac. Una gallina rodeada de polluelos picoteaba alrededor de su coche. El perro asomó perezosamente la nariz por la esquina de la casa, bostezó, se estiró, contempló al intruso durante unos segundos y se decidió a mover la

cola.

Como en el taller no se veía a nadie y la puerta de la cocina estaba cerrada con llave, Robert pensó que Jean había salido. Tranquilizado, abrió la ventana de un empujón. El fogón llevaba apagado mucho tiempo, lo cual parecía indicar que Gorvac se retrasaría bastante. «Seguramente estará buscándome, o al menos buscando mi cuerpo», se dijo Landley mientras subía con cautela a su habitación.

Al atravesar el comedor le sobresaltó la presencia de un individuo extraño y despeinado. Deslizó la mano por el bolsillo agujereado de su pantalón para coger el revólver y cuando ya se disponía a hacer fuego, descubrió que en la habitación sólo estaba él, parado delante de un espejo y contemplando con estupefacción su propia imagen cubierta de sangre. Los ojos rodeados de profundas ojeras, las mejillas tumefactas y amoratadas y la ropa hecha jirones le hacían irreconocible. Volvió a guardarse el revólver y siguió su camino.

Más tarde tendría que limpiar y vendar sus heridas. De momento se contentó con derramar un poco de agua de colonia en la raspadura del brazo y en el ancho corte de encima de la oreja. Después se lavó con tranquilidad, se afeitó e incluso se permitió el lujo de ponerse una camisa limpia y su traje más nuevo. Sin embargo, en ningún momento dejó el revólver fuera del alcance de la mano. Y cuando el sombrero le cubrió la herida de la cabeza, parecía otro ser, casi normal.

«Antes de nada, el carnicero», pensó mientras limpiaba cuidadosamente la automática y cambiaba el cargador. Cómplice o no, el carnicero diría lo que sabía. Se metió el arma en el bolsillo de la chaqueta, salió de la casa por donde había entrado y describió un círculo alrededor del pueblo hasta llegar al grupo de casas tras las cuales se encontraba la carnicería. Una vez allí, caminó sin apresurarse por la calle principal y entró en el establecimiento.

La carnicera, sentada detrás de la caja, hablaba con un cliente. Su marido trabajaba al otro extremo de la tienda. Landley fue hacia él, le tocó en el hombro y murmuró:

—Querría hablar con usted en privado.

—Cuando guste —exclamó el carnicero mirándole fijamente. Y se disponía a añadir algo cuando descubrió la pistola en la mano

derecha de Landley. Entonces pasó a la trastienda en silencio. Robert le siguió y cerró la puerta a sus espaldas.

Recorrieron un estrecho corredor que desembocaba en la cocina. Al llegar a ella, el carnicero se volvió y repitió su fórmula:

—Cuando guste...

—¿No esperaba volver a verme vivo, eh? —dijo Landley amenazador, indicándole una silla con el cañón de su arma.

—Pero, señor... le creía muerto. ¿Qué significa esto? Y guárdese esa pistola. ¿Por quién me ha tomado?

—Enseguida vamos a saberlo. Y no se preocupe de la pistola... Sólo disparará si intenta hacer alguna tontería. Ahora, conteste a mis preguntas. ¿Qué sabe usted y qué papel ha jugado en todo este maldito asunto?

—Pero, señor, lo único que sé es que usted murió... Al menos eso dijo él.

—¿Quién es «él»?

—El gendarme.

—¿Y qué dijo el gendarme?

—Le vio, señor... Vio su cadáver. ¡Es fantástico! Está allá arriba con el señor Gorvac y los otros para recuperar su..., perdóneme, su cadáver.

—¿Qué quiere decir «allá arriba»?

—En el «Ojo de Aguja», señor. La cueva donde ayer tuvo usted un accidente.

—¿Qué accidente? No, espere —dijo Bob, guardándose la pistola en el bolsillo—. Empiece desde el principio y cuénteme todo lo que sabe. Cogió una silla y se sentó. El carnicero se secó la frente con el delantal.

—¿No se fueron ayer a explorar la cueva del «Ojo de Aguja»?

—Sí. Continúe.

—El señor Gorvac volvió solo a las cinco de la tarde. Yo no le vi, pero según mi mujer estaba descompuesto. Se fue directamente a la comisaría y regresó a los pocos minutos con el compadre Marquant, el gendarme, quien nos contó el accidente dos horas después, cuando cerré la tienda. Al parecer, había sufrido usted una caída espantosa y se había fracturado por completo un lado de la cabeza. Entre Gorvac y él no consiguieron sacarle del agujero, pero organizaron una expedición colectiva para hoy.

—Ha dicho usted en la cueva del «Ojo de Aguja»... ¿Está seguro de no equivocarse?

—Desde luego, señor. Se han llevado unas parihuelas y un montón de cachivaches. Ahora precisamente se encuentran allí.

—Creo que empiezo a comprender... Gracias —dijo Landley con aspecto de cansancio—. He cometido un error. ¿Me perdona el susto?

—No tiene la menor importancia, señor. ¿Pero qué ha sucedido? Ellos juran y perjuran que usted está muerto...

—Sí. Se lo explicaré más tarde. Hasta entonces, hágame el favor de no decirle nada a nadie, ni siquiera a su mujer.

Unos minutos después cruzaba nuevamente los campos en dirección a la casa de Gorvac. O mucho se equivocaba, o no tardaría en llegar a ella una pintoresca procesión.

Se apostó detrás de las cortinas de su dormitorio y al cabo de media hora, un camión con media docena de personas se detuvo delante de la casa. Enseguida apareció la furgoneta de Gorvac, que aparcó detrás del camión. Al volante, con el gendarme sentado junto a él, venía el propio escultor, que saltó al suelo y empujó la cancela. Varios hombres se apearon entonces del camión y abrieron la puerta trasera de la furgoneta.

—No. Voy a llevar el coche hasta mi taller. En la casa no hay bastante espacio— dijo Gorvac en tono imperativo. Después cerró la puerta, se sentó al volante y arrancó con lentitud, seguido por los ocupantes del camión y por algunos lugareños, que habían surgido repentinamente al lado de la verja.

Landley atravesó la casa de puntillas y contempló la escena desde una de las ventanas de la parte de atrás.

La furgoneta frenó ante la puerta del taller. Volvieron a abrir la puerta trasera y Gorvac ordenó:

—Lleven cuidado.

El gendarme se inclinó dentro y uno de los lugareños cogió el extremo de una camilla.

Landley, al discernir la forma de un cuerpo bajo una gruesa manta gris, apretó los dientes. Gorvac condujo a los portadores de las parihuelas hasta su taller. Los curiosos le siguieron.

Landley, aparentemente dueño de sí, bajó la escalera. Aunque el pequeño huerto de detrás de la casa estaba atestado, para

atravesarlo le bastó con seguir los pasos de un individuo que acababa de llegar.

—Buenos días, doctor —dijo el gendarme.

—¿Ha visto usted el cuerpo, Marquant? ¿Ha sido, verdaderamente, un accidente?

—Sí, doctor, un terrible accidente. Tiene toda la parte posterior de la cabeza hundida. Ahora mismo despejo esto para que eche una ojeada...

—No, no. Si ha visto usted mismo el cuerpo y está convencido del accidente, no es necesario... Por otra parte, el pobre Gorvac ya ha pasado bastante. ¿Ha recuperado el carnet de identidad o el pasaporte del muerto? Lo necesito para redactar el certificado de defunción.

—Sí. Pero se lo ha quedado el señor Gorvac. Me dijo que su amigo no tenía familia en Inglaterra y que deseaba enterrarlo aquí.

—Entendido. Pero a pesar de ello supongo que será necesario advertir al cónsul de Inglaterra en Burdeos.

—La gendarmería de Périgueux se ocupará de eso. Yo me limitaré a enviarles un informe.

El doctor entró en el taller con el sombrero en la mano. Los lugareños se apartaron y Landley pudo ver las parihuelas. Junto a ellas, sentado en una silla de enea y aparentemente perdido en sus pensamientos, Gorvac desgranaba un rosario con sus dedos gordos y nudosos. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

Landley avanzó sorteando a la gente. Y cuando el gendarme levantó la manta y volvió a dejarla caer, no pudo evitar un estremecimiento. ¡Aquella cabeza vendada, que descansaba sobre una almohada llena de sangre, era la suya!

El doctor hizo un signo, se inclinó sobre el hombro de Gorvac y le dijo algo al oído. Jean, sin molestarse en alzar los ojos, sacó del bolsillo el pasaporte de su amigo.

—La muerte fue instantánea, ¿no? —preguntó el médico.

—Sí. El cráneo reventó como una castaña. ¿Quiere verlo?

—No, no. Me basta con su palabra para extender el certificado de defunción.

—Lo siento, doctor, pero no creo que sepa lo suficiente para extender ese certificado como es debido —dijo Landley empujando a dos hombres y colocándose delante de la camilla.

—¿Cómo? ¿Quién es usted?

—Pregúnteselo al señor Gorvac. No, Jean, quédate donde estás —ordenó Landley apuntándole con la automática.

—¿Qué significa todo esto? —preguntó el gendarme dando un paso hacia el intruso.

—Significa que usted es un tonto o un cómplice. Fíjese en mi, doctor. Yo soy el muerto cuya defunción se disponía a certificar. Y ahora vamos a echar un vistazo al cadáver.

Se inclinó sobre la camilla y dio un golpe con la culata del revólver sobre la cara del cadáver. Una mujer dejó escapar un grito. Pero ningún otro ruido se alzó de los horrorizados aldeanos, que contemplaban fijamente la cara rota y hundida.

—Como imitación no era mala... Desgraciadamente para su autor, estoy vivo todavía.

Disparó bruscamente hacia la mano de Gorvac.

—Recoja esa cápsula, doctor, pero lleve cuidado si se ha roto. Está llena de cianuro. Durante la guerra llevábamos siempre una para terminar más deprisa si caíamos prisioneros. Y ahora tal vez el señor Marquant quiera ver los trozos de mi máscara fúnebre...

La mujer del grito cayó al suelo, repentinamente, desvanecida, pero nadie le prestó atención porque todos los presentes tenían clavados los ojos en el rostro que apareció bajo la máscara... en el rostro de Madeleine Gorvac.

—Doctor —dijo Landley unos minutos más tarde—, ¿cree usted que se ha vuelto loco?

—Seguramente. Por lo menos le dio veinte cuchilladas a su mujer, cuando una sola habría bastado. ¿Y, de no estarlo, cómo iba a ocurrírsele fabricar esa máscara e intentar hacer pasar un cadáver por el de otra persona que podía presentarse de pronto vivita y coleando?

—Olvida usted que mi regreso no entraba en el programa... Pero hay aún varias cosas que no comprendo. ¿Puedo verle?

—Sí. Ahora está bastante tranquilo. Le he dado un calmante. Un instante después, Jean alzaba los ojos de su lecho.

—Bob —dijo con voz ronca—, me alegro de que hayas escapado bien. La idea de verte muerto no me hacía mucha gracia, porque..., sí, porque jamás he estado seguro.

—¿Seguro de qué?

—De lo tuyo con Madeleine.

—¿La mataste por esa razón?

—Sí. Lo intenté todo, pero no conseguí hacerla confesar.

—¿Quieres decir que... que la torturaste?

—No tuve más remedio, Bob. Pero no sirvió de nada.

—Jean..., ¿por qué intentaste hacerla pasar por mí?

—Ella, en teoría, se había ido a Périgueux. Si la cosa se hubiera desarrollado conforme a mis planes, Madeleine habría desaparecido y la ley no permite procesar a un hombre por el simple hecho de que su mujer se haya esfumado... Por lo demás, si alguna vez se descubría tu cadáver, o lo que quedara de él, a nadie se le ocurriría ver en él otra cosa que el cadáver de un desconocido. ¿Quién iba a relacionar la desaparición de mi mujer contigo, que para todos los efectos habías muerto por accidente en un lugar absurdo?

—Ya... Empiezo a comprender. La torturaste y la mataste en la cueva del «Ojo de Aguja». Habías preparado mucho antes los mensajes y los ataúdes. Pero, ¿y Madeleine? ¿Cómo pudiste llevarla a la gruta?

—Eso no me costó ningún trabajo. Le dije que había encontrado unas pinturas rupestres y que quería mantener el descubrimiento en secreto hasta que tomara unas cuantas fotos. Y ella, naturalmente, se prestó a ayudarme. A la gente le explicamos que iba a Périgueux, para que nadie se extrañara de vernos salir juntos hacia la cueva. Pero tú caíste demasiado pronto sobre sus huellas... Madeleine cometió un error al comprar el carburo y el tabaco, teniendo en cuenta que oficialmente se dirigía a Périgueux. Y lo que el ferretero vio sobre la carretera, era, naturalmente, mi furgoneta.

—Entonces, ¿lo tenías todo preparado cuando me telefoneaste a París?

—Sí. Puesto que lo mejor era enterrarla bajo otra identidad y mis sospechas iban hacia ti, creí que eras la persona ideal para concluir este asunto.

—Pero, Jean... ¿y los dedos?

—No... Estaba ya muerta cuando se los corté.

—Comprendo... ¿Y supongo que en la cueva del «Perro» había otra entrada por la cual podías adelantarme y esperarme junto al pozo arenoso?

—Sí, Bob. Después intenté... pero no tuve valor para cazarte

como a un perro sin estar seguro de que tú y... ¿Cómo te las arreglaste para salir?

—Gracias al famoso perro. En realidad, de no ser por él, todo habría salido como estaba previsto.

—¿Entonces es cierta la leyenda?

—No, no del todo. El animal no existe —dijo Landley.

La puerta se abrió y entraron dos camilleros con un oficial de la gendarmería. Venían de Périgueux.

En la planta baja, Landley encontró al doctor en compañía de un inspector de policía.

—¿Cree usted que le considerarán un desequilibrado, doctor?

—Sin la menor duda —respondió éste.

VUELTA A EMPEZAR

*«A la memoria de mi padre,
que tal vez lea esta historia
sin saber que el autor es su
hijo.»*

«¡Morir es sólo volver a empezar!»

—¿Quién ha dicho eso? —pregunté sentándome en mi cama del hospital, estrecha y poco elástica, pero confortable a pesar de todo. Respiraba con dificultad. Mi aliento era ronco e intentaba en vano escudriñar las sombras, que parecían dispuestas a cerrarse sobre mí y a engullir el amarillento e insuficiente resplandor de la lámpara del techo, viejo residuo de un plan para economizar.

—¿Quién ha dicho qué? —preguntó la enfermera en voz baja.

Al mismo tiempo, me enjuagó la frente y reajustó la odiosa sonda de oxígeno cuidadosamente hundida en mi fosa nasal derecha.

—Seguramente tiene razón... —murmuré, pensando en el teléfono que se encontraba al lado de la cama, a través del cual aún oía resonar la voz de mi hijo...

—¿Quién tiene razón? —preguntó la enfermera, que en aquel momento intentaba tomarme el pulso.

—Usted... Usted tiene razón... Y debería saberlo... Las enfermeras siempre tienen razón.

Comprendía ya que estaba a punto de morirme. Se trataba, naturalmente, de un antiguo temor, pero hasta entonces, durante los meses anteriores, no había pasado de ser una convicción subconsciente. Ahora no. Ahora acababa de cobrar una repentina conciencia de la proximidad de mi hijo, y no a través del dolor, del cansancio o —mucho menos— de mi creciente dificultad para

respirar. Todos estos síntomas no tenían nada raro en un hombre de ochenta años. No, era otra cosa, un sentimiento extraño, un absurdo deseo de partir y —al mismo tiempo— de ver una vez más, y durante el mayor rato posible, a las personas que amaba. «No lo digo para preocuparte, hijo mío, pero estoy en pleno declive, como sabes, y no puedo durar siempre...» Era mi pretexto habitual para atraer a uno de mis hijos o a los dos, lo cual, en mi pensamiento consciente, no dejaba de ser un simple juego, porque yo no me creía en declive alguno y sólo deseaba sentirme acompañado, pero —a pesar de ello— ya entonces, desde mi subconsciente, comprendía que era verdad.

La misma situación se había producido anteriormente, cuando mis hijos, al darse cuenta de que llevaba varias semanas sin abandonar la cama, llamaron a un médico muy conocido. A un médico que fue cortés, eficaz, incluso reconfortador. Pero el ojo subconsciente de un viejo puede leer todos los pensamientos, hasta los de un especialista.

Mis hijos me trataron a cuerpo de rey. Siempre habían sido buenos chicos. Me llevaron a una hermosa clínica, atestada de flores y de bien cuidados céspedes. La enfermera diurna era guapa, posiblemente muy guapa; el personal, afable y consciente de sus obligaciones. Todo resultaba tan inesperado, tenía mi habitación tal aire de alegría, que por un momento creí terminados mis malos sueños e inminente mi regreso a casa. Lo creí con tanta fuerza que tuve suficiente humor para gastarle una broma pesada a la enfermera, cuando vino a desnudarme, diciéndole que pronto saldría de aquel cuarto más bien fresco y en posición horizontal. Ella se rió de buena gana, mientras me desnudaba con sus manos rosadas, ágiles y poderosas, y yo —sugestionado por aquella repentina sensación de bienestar— me sentí molesto por su presencia. Estaba enfermo, sí, pero no era un inválido ni un bebé.

—No me voy a quitar los calcetines, señorita —dije con una voz tranquila, neutra e indiferente, pero llena de determinación.

—Como usted quiera, señor.

Aquella concesión me desconcertó bastante. Siempre había pensado que las clínicas, los hospitales y los sanatorios, por muy lujosos que fueran, se regían por leyes estrictas. La irritante desenvoltura de la enfermera al ponerme un pijama limpio, su

titubeo antes de decidirse a dejar abierto el botón del cuello y, especialmente, los golpecitos que dio en la parte trasera de la chaqueta para alisarla, como si yo fuera un chaval obligado a estrenar demasiado tarde su primer traje de marinero... todo aquello me exasperó y estuve en un tris de anunciarle rabiosamente que iría en chaleco durante el día y con sombrero hongo por la noche. Pero la suavidad de su «como usted quiera, señor», me hizo meterme en la cama sin decir esta boca es mía... sintiéndome incluso agradecido de que no me diera palmaditas en el trasero durante esta operación.

Por lo demás, estaba firmemente decidido a ocultarle que una de las uñas de mi pie se había ennegrecido completamente, por alguna razón misteriosa, varios años atrás.

Con la inconfesada finalidad de no contradecir a mi subconsciente, había adoptado una nueva postura de humor frente a mí mismo. Consistía ésta en pretender que me quedaban pocos días de vida y en decirlo a los cuatro vientos con tono despreocupado, sin dar la impresión de estar muy convencido de ello, pero estándolo, sin embargo, lo suficiente para inquietar a mi auditorio. Desgraciadamente, hay personas que sólo entienden un reducido número de bromas. Su sentido del humor se limita a las zalemas de las antesalas y a las evidencias. El médico del establecimiento era una de ellas y reaccionó ante mi estribillo agriamente, como si yo creyera de verdad que mi fin estaba próximo.

—¡No sea estúpido! —dijo examinando el gráfico de temperaturas colgado en una de las esquinas de la cama—. Su fiebre baja rápidamente...

—Sí, pero no tan deprisa como yo —repliqué con una risita, interrumpida al final por un golpe de tos.

La enfermera sonrió, pero el médico frunció el ceño y me tomó el pulso.

—Su pulso es regular y firme... Ha mejorado mucho...

—Porque aún no se ha enterado de mi empeoramiento.

Esta vez, sin embargo, me miró a los ojos y comprendió enseguida... Su certidumbre penetró brutalmente en mi subconsciente. «Morir es sólo volver a empezar»... ¿Dónde había oído eso? El cerebro de un viejo, sobre todo el de un viejo que ha

leído mucho, está tan lleno de vueltas y revueltas, tan atiborrado de palabras, frases, historias, dudas y convicciones, que generalmente resulta difícil, si no imposible, encontrar el origen de un pensamiento. «Morir es sólo volver a empezar...» ¿Era el eco de una voz humana lo que, en aquellos postreros momentos, había llegado hasta mí? Las palabras, desde luego, se distinguían sin esfuerzo... Pero no, seguramente había sido un sueño. ¿La enfermera? Imposible. Ninguna enfermera podía hablar así, ni siquiera formando parte del servicio nocturno. ¿Entonces...? ¿Shakespeare? ¿La Biblia? ¿La Rochefoucauld? No, La Rochefoucauld de ninguna forma. ¿Bossuet? ¿Arnold Bennet? ¿Hemingway? ¿Algún oscuro personaje, con diarrea verbal crónica, de las intermediaciones de Hyde Park? De nada me serviría prolongar esta búsqueda, porque jamás conseguiría llegar al punto de partida. «¡Morir es sólo volver a empezar!» Aquello, en principio, parecía estar de acuerdo con la mayor parte de las religiones, si no con todas... Al menos con todas las que yo conocía. La frase, por lo demás, no tenía demasiada significación y poco importaba averiguar qué desconocido adepto de una desconocida religión había podido redactarla. Imaginaba muy bien a un *padre*^[2] de manos descarnadas pronunciando aquellas palabras con su voz más grave y también a un sacerdote de manos rosadas y carnosas atronando las naves de una catedral. «Morir es sólo volver a empezar»... Igualmente podía imaginarme a un oriental paladeando su té y murmurando la dichosa frase a través de la larga y curva hendidura de su interminable sonrisa... Una de esas sonrisas que los orientales se fabrican a medida cuando no están a gusto.

¿Pero por qué esas palabras, en aquel preciso instante, adquirirían para mí un sentido diferente? ¿Tal vez para empujarme a consentir que el subconsciente se adueñara de mi cerebro? ¿Se me quería advertir de que mi fin estaba mucho más próximo de lo que yo mismo pensaba? ¿Se trataba de una simple advertencia? ¿De una señal? ¿De un consuelo?

—Señorita, ¿ve usted alguna razón para que la muerte sea un salto atrás, en lugar de un fin o de un paso hacia delante? — pregunté a la enfermera, que en aquel momento se disponía a tomarme la tensión, colocándome el consabido brazalete alrededor del bíceps.

—No se mueva, por favor —repuso cortésmente. Después se llevó el estetoscopio a las orejas y encendió la luz de la cabecera.

Debí quedarme amodorrado unos minutos, porque no la vi salir de la habitación. Cuando desperté, alguien había encendido todas las luces y mi cama, cuyas almohadas se retiraban siempre durante la noche, estaba literalmente cercada por un escuadrón de médicos con batas blancas. La verdad rasgó entonces la corteza de mi subconsciente y afloró a la superficie. Supe que me moría y que aquello era el fin.

«Morir es sólo volver a empezar», dijo una vez más la voz de mi cabeza.

—Muy bien, pero no hace usted más que repetirse —dije entre dientes—. Y esa frase, por lo menos, no significa gran cosa...

—¿Qué dice, abuelo? —me interrumpió uno de los médicos acercándose mucho, mientras otro me ponía una ardiente inyección en el brazo.

—¡Oh, nada!... ¿No convendría telefonear?

—No se preocupe por eso... Cálmese y confíe en nosotros —dijo mientras me ponían una segunda inyección en el otro brazo.

El tintineo de los instrumentos sobre las bandejas de metal resultaba bastante desagradable. Pero, aparte de eso, las voces de los médicos se parecían a las que oía, cuando sólo era un crío, alrededor de la mesa de té. Entonces tenía la costumbre de agarrar a mi madre por el cuello y de dormirme sobre su pecho, dulce y tibio, en cuyo interior percibía respiración, palabras y vida.

Mi corazón hizo dos o tres violentas cabriolas, que me devolvieron a la realidad. Alguien me sostenía la barbilla, inclinándose sobre mí, y me introducía un nuevo tubo en la boca. Oía, a un lado y otro de la cama y cada vez con más debilidad, las voces y los ruidos de los instrumentos. Era como si estuviera en el centro de un corredor y dos escalas de sonidos idénticos llegaran hasta mí de ambos extremos. Y justo sobre mi cabeza, en lo alto de una especie de chimenea que muy bien mediría cien metros, brillaba una luz, semejante a la que había encima de mi cama.

¡Era eso! ¡La vuelta a empezar, el salto atrás! Me alejaba del sonido, de la luz y, naturalmente, de la vida. Una experiencia interesante y asombrosa, muy distinta de cuantas hasta el momento había vivido. Yo no abandonaba la vida; era ella, por el contrario,

quien huía de mí por todas partes.

Una voz descendió con singular nitidez a lo largo de los corredores de resonancia, era la de mi hijo mayor:

—¿Está todavía consciente?

—No... En realidad, no... Está ya lejos, muy lejos.

—He venido a verte, *little Pop* —dijo la voz de mi hijo a lo largo del corredor.

—¡Gracias, hijo mío! —contesté, aunque dudaba de que mis palabras tuvieran fuerza suficiente para recorrer aquellas interminables galerías, que ahora parecían forradas de metal.

Unos minutos más tarde, cuando mi otro hijo me anunció, con voz tranquila, que también él estaba allí, los corredores se habían reducido considerablemente. Ya sólo eran dos estrechos tubos de cobre, uno a cada lado de mi cabeza. Dos tubos que ni siquiera estaban bien ajustados a mis tímpanos y que debían medir —como mínimo— un kilómetro de longitud, a juzgar por el tiempo que los sonidos tardaban en llegar hasta mí. El pozo vertical de la chimenea, encima de mi cabeza, había sido igualmente sustituido por una delgada cañería, en cuyo extremo, muy distante de mí, veía danzar un infatigable punto luminoso. «Vivir es sólo volver a empezar», dije riéndome suavemente.

Pero esa vez las palabras se inmovilizaron cerca de mí y no huyeron a través de los tubos. El punto luminoso se oscurecía cada vez más. Sin duda, me faltaba muy poco para morir. En cuanto mi corazón se detuviera, o todo lo más un segundo después, dejaría de oír, de ver y de sentir. Eso, al menos, me habían enseñado. En realidad, me dije, hace ya mucho tiempo que no siento nada.

Por fin llegó la total privación de luz y sonido, pero tardé unos instantes en aceptar el hecho científico de mi muerte. A los viejos les gusta discutir y emplear argumentos desconcertantes. He aquí los míos: puesto que aún pensaba, mi cerebro continuaba funcionando y, por consiguiente, la sangre seguía irrigándolo, lo cual probaba a su vez que mi corazón no había dejado de latir. A juzgar por los síntomas, se encontraba en una especie de coma y la muerte sobrevendría inmediatamente.

Sólo mucho más tarde, sin embargo, sentí que mi cuerpo estaba verdaderamente muerto, que mi cerebro había dejado de funcionar y que lo que me quedaba, lo que aún desarrollaba cierta actividad,

sólo podía ser mi YO, mi alma o, por lo menos, esa parte desconocida de la criatura humana que —según la tradición— no puede perecer. Sí, eso era. ¡Algo que no podía perecer, que jamás perecería! Pero aún más sorprendente resultaba el hecho de que, a pesar de acordarme y de razonar, no *supiera* nada de mi vida anterior. Ignoraba, por ejemplo, si me encontraba en el interior o en el exterior de mi cuerpo. A juzgar por mis últimas sensaciones, tenía el sentimiento —un sentimiento muy desagradable, por cierto— de que yo... mi yo estaba precisamente en el centro de la cabeza, seguramente en la hipófisis. De ser así, tardaría no varios meses sino varios años en conseguir liberarme, a menos que algún doctor inteligente pidiera una autopsia. Esta posibilidad, sin embargo, era más que hipotética en la clínica donde mis hijos me habían instalado para morir. Suponía, por el contrario, que estarían tratando mi cadáver por todo lo alto y que tal vez, incluso, lo habrían llevado a un depósito de lujo, dotado con un mágico refrigerador que ronronearía agradablemente. ¿O me habrían enterrado ya? Ninguna sensación, ninguna forma de medir el tiempo, eso era lo espantoso. ¿Cómo podía averiguar si llevaba muerto diez minutos, diez días o diez años? Me quedaba, naturalmente, el recurso de contar diez segundos, e incluso uno o dos minutos, con los dedos, pero no podía hacer eso *todo el tiempo*.

Intenté darme miedo. Estaba encerrado en una prisión totalmente oscura y silenciosa, sin poder dormir nunca, ni moverme, ni hacer las cosas que en otro tiempo hacía, y al lado —por añadidura— de una sola y siniestra compañera: la eternidad. Por desgracia, es absolutamente imposible asustarse sin un corazón enloquecido por la adrenalina, sin una boca para gritar de terror, sin unos ojos que puedan desencajarse y unas uñas que nos arañen las mejillas.

¡Si al menos pudiera dormir! De todas formas, no había que contar con el olvido. Intenté contar corderos, poco a poco, sin apresurarme. Llegué a contar millones, lo que en cierto modo venía a constituir una especie de olvido, pero mi alma, o mi yo, se habituó rápidamente a pensar en otras cosas, sin por ello dejar de pasar revista mental a más corderos de los que Noé o Australia hubieran sido capaces de soñar. Después intenté calcular el tiempo transcurrido mientras contaba los endiablados animales, la cosa

merecía la pena, porque —sin detenerme nunca— había alcanzado la sorprendente cifra de novecientos noventa y ocho millones de corderos, a todos los cuales imaginé vivitos y coleando en el interior de su lana y a los que hice saltar, de uno en uno, por encima de una valla inundada de sol. Rara vez saltaron dos al tiempo y, calculando a simple vista, cada salto duraba por lo menos un segundo. Eso hacía un ritmo de sesenta corderos al minuto, de tres mil seiscientos corderos a la hora y de ochenta y seis mil cuatrocientos corderos al día. Un millón de corderos suponía, por tanto, casi doce jornadas de trabajo, y mil millones, cifra que prácticamente había alcanzado, alrededor de doce mil jornadas. A trescientos sesenta y cinco días por año, resultaba... ¡Gran Dios! ¡Casi treinta años! ¡Tres veces diez años!

Einstein acudió en mi ayuda. ¿Cómo iba yo a saber si el tiempo asignado a cada salto —un segundo— tenía la menor relación con un segundo G.M.T.? En medio de aquella total soledad, lo mismo hubiera podido pensar que un cordero tardaba en saltar una milésima, una millonésima o incluso una milmillonésima de segundo.

Evidentemente, me hallaba ante una terrible alternativa: la de encontrar otra ocupación o la de volverme loco... ¡Y mira por donde acababa de tener una maravillosa ocurrencia! ¿No era la locura una de las formas del olvido? También ahí, sin embargo, mi fracaso fue completo. ¿Cómo puede uno volverse loco sin un cerebro que se nuble, sin unos nervios que flaqueen, sin un cuerpo que se estremezca y solloce, sin una boca que se llene de espuma y empiece a delirar? Es absolutamente imposible.

Una especie de extraña duermevela, mientras contaba los corderos, fue lo más aproximado al acto de dormir o a los verdaderos sueños, que pude conseguir. ¡Habría sido tan refrescante un sueño verdadero! Los sueños están siempre llenos de cosas inesperadas. Constituyen una de las formas más genuinas de la vida, una distracción que cada ser humano se ofrece involuntariamente a sí mismo. En cuanto a mí, no sólo estaba obligado a producir, a fabricar hasta el más insignificante de mis pensamientos o de mis representaciones, sino que debía prolongar esa fabricación ininterrumpidamente, día y noche, suponiendo que el día y la noche continuaran teniendo algún sentido para mí.

¿Me encontraba bajo tierra? ¿Y, de ser así, desde hacía cuánto tiempo? ¿Se habían adueñado ya los gusanos de mi esqueleto? ¿Qué pasaría cuando llegaran a mi yo interior? Este pensamiento ni me divertía ni me atemorizaba; me producía, simplemente, una vaga curiosidad.

¿Y si me dedicaba a resucitar mi vida anterior? ¿Acaso no hay personas que escriben sus memorias? Todos unos mentirosos, pensé, con Jean-Jacques Rousseau a la cabeza. Puesto que yo no tenía lectores ni auditores, podría disfrutar de los placeres de una autobiografía honesta. Comencé por mis primeros recuerdos e intenté subir hacia atrás, como Jung, o Adler, o algún otro, aconsejaban, pero fue un nuevo fracaso. Para recorrer mi vida parecía necesitar mucho menos tiempo que para contar mil millones de corderos, lo cual equivalía a confesar que no tenía muchas cosas de que acordarme.

Repentinamente recordé que los sacerdotes y las religiosas llegaban a veces al éxtasis por el procedimiento de repetir determinadas plegarias. Como no había olvidado el Padrenuestro, decidí aplicar también este método, añadiendo una oración especialmente compuesta para mi caso personal, que tal vez no lo era tanto como pensaba. Sin duda había centenares, millares de personas, encerradas a mi alrededor. Aunque quedaba la posibilidad de que no me hubiera muerto, y estuviera desvanecido, con lo cual, tarde o temprano, terminaría por recobrar mis sentidos o, lo que aún era peor, me despertaría en mi ataúd y me volvería loco en unos minutos. Pero ya había pensado en todo eso, que al fin y al cabo no dejaba de ser agua pasada...

La historia me tentó durante cierto tiempo. Allí, encerrado en mi extraña prisión, nadie me molestaría y podría concentrarme como ninguna otra persona hasta entonces lo había hecho. Con lo que sabía de la Revolución Francesa, por ejemplo, tal vez consiguiera resolver el enigma del delfín. Sin embargo, llegué rápidamente a la conclusión de que mis conocimientos de esa parte de la historia de Francia no eran tan extensos como en vida había supuesto, y busqué refugio en la pintura. Entre mis antepasados existía un artista célebre y mi hijo menor se ganaba dignamente la vida con el lápiz. No me costó mucho trabajo imaginar paisajes, naturalezas muertas, lienzo, paleta y pinceles, pero fui incapaz de pintar con más talento

de lo que lo había hecho en vida. Después recurrí al ajedrez, con poco éxito, porque —a pesar de mis ilimitadas posibilidades de concentración— enseguida perdía el hilo. Por otra parte, y digan lo que digan, no resulta muy divertido jugar solo al ajedrez.

Tras esforzarme por recordar todos los libros que había leído (no lo conseguí ni de lejos), me entregué de lleno a revivir los placeres amorosos. Me gustaría que alguien intentara hacer lo mismo, sin cuerpo y sin una gota de sangre en sus inexistentes venas.

La idea de comunicarme con otros prisioneros, o con los seres vivos, me atraía mucho, pero no veía forma alguna de conseguirlo. Me pregunté si sería esta comunicación el objeto real de los cenáculos de espiritismo. Entonces me dediqué a imaginar reuniones de este tipo y, para darles mayor veracidad, hice participar en ellas a miembros de mi familia. La cosa, a pesar de todo, no resultó demasiado convincente.

Durante algún tiempo, dediqué mis ocios a la transmisión del pensamiento. Pero el único pensamiento que valía la pena de ser transmitido, y la única prueba de éxito, consistía en lograr que alguien me exhumara y abriera mi ataúd precisamente cuando mi alma, mi yo, estuviera a punto de liberarse. ¿Pero tendría entonces, desprovisto de cuerpo, libertad para comunicarme con el mundo que había conocido? Por lo que sabía, ya gozaba de esa libertad. Estaba en el viento y bajo el sol. Y, después de todo, la cosa carecía de importancia. Lo único importante era que tenía conciencia de mí, y sólo de mí, y que me encontraba encerrado en la más perfecta prisión que jamás hubiera inventado el hombre o el mismo Dios. La suerte del ludió en su botella, comparada con la mía, era la suerte de un hombre libre. Siempre cabe pensar en evadirse de un torreón, de un cuarto, de una damajuana o incluso de un ataúd, pero nadie puede evadirse de la nada, de un espacio sin dimensiones, del átomo de un átomo, del anti-espacio.

Un intelecto (¿qué era yo sino un intelecto?) no tiene posibilidad alguna de abrir túneles. Mi única esperanza de evasión, por tanto, residía en la evasión intelectual. Pero las aplicaciones del intelecto son infinitamente más restringidas de lo que generalmente se cree. Recordar, resolver problemas —o intentarlo—, recomponer el pasado a su manera y examinar todas las oportunidades no aprovechadas, inventar... He ahí todo lo que puede hacer. Inventar,

evidentemente, era lo más interesante, y a ello dediqué el más arduo de mis pasatiempos.

De esta forma escribí mentalmente una mala novela, cuyo héroe era un imposible prisionero, incapaz de escapar de su cárcel e incapaz también de escapar a su pasado y a él mismo. Después, como un niño, me esforcé en inventar cosas inexistentes, ayudándome de mis conocimientos terrestres: formas, colores y palabras nuevas. Naturalmente, no superé a Joyce ni a Picasso.

Mayores satisfacciones me produjo la construcción de un puente que unía Francia e Inglaterra por encima del Canal de la Mancha. Sin ningún conocimiento de arquitectura o ingeniería, me puse animosamente al trabajo, dibujé, tracé planos y llevé a cabo cálculos de todas clases. Cuando las obras estaban bastante avanzadas, me vi obligado a empezar de nuevo, porque no había tenido en cuenta las mareas ni la naturaleza de los suelos en los que iban a asentarse las pilastras de mi puente. Resistí heroicamente la tentación de superar las dificultades por procedimientos mágicos o por intervención de cualquier *Superman*. Me entregué al proyecto, por el contrario, en alma y vida e incluso realicé personalmente una gran cantidad de trabajos distintos. Un día que actuaba de buzo, dejé que mi tubo de oxígeno se rompiera y estuve a punto de ahogarme, pero como mi fin hubiera sido también el del puente, me las arreglé para ser salvado en última instancia por un hombre-rana.

Aquel puente fue la primera ocupación de la que extraje algún placer real, seguramente porque el espíritu sólo se satisface creando. Me vi, pues, obligado a seguir en esa línea. Así construí un enorme paquebote, que vigilé personalmente hasta el momento de la botadura, y una ciudad entera, con edificios de todas clases, al lado de la cual Brasilia parecía un pueblecito para la experimentación de métodos arquitectónicos y urbanísticos. Con la eternidad por delante y sin perspectiva ni necesidad de reposo, pude llevar a cabo todo este ambicioso programa sin hacer trampa conmigo mismo. Tras el éxito del paquebote y de la ciudad, mi ambición no conoció límites y me dediqué a la construcción de una presa gigantesca. Aunque tenía a mi disposición los medios mecánicos más perfeccionados, me cansé muy pronto de derramar tonelada tras tonelada de hormigón. Terminé, sin embargo, la obra, porque no hacerlo me hubiera parecido una indignidad. Y mientras

miraba subir el nivel del agua en la presa —que tardaría cinco años en llenarse, pues el terreno inundado era tan grande que me había visto obligado a sacrificar una ciudad y una docena de pueblos (todo lo cual, naturalmente, fue reconstruido, y mucho mejor, en otra parte)—, una nueva idea se apoderó de mí: ¡la creación de la vida!

Para ello tenía que empezar creando una célula y la empresa, con mi escaso bagaje científico, era imposible. Sin embargo, descubrí repentinamente la solución del problema cuando me encontraba en plena ceremonia de inauguración de la presa, con el Secretario General de las Naciones Unidas disponiéndose a recorrer en coche la inmensa muralla de ochocientos metros de anchura... ¡Resultaba fácil, casi infantil ¡Yo sería la primera célula!

Mis conocimientos de embriología eran mucho más limitados que de arquitectura. Cuando, en el transcurso de mis grandes empresas anteriores, tropezaba con dificultades insalvables a la luz de mi escasa experiencia, encargaba a otros de esa parte de las obras. Por ello había utilizado máquinas que nunca hubiera podido fabricar, pero para crear vida tenía que hacerlo todo personalmente. De entrada, sólo sabía que una célula se divide en dos, cada una de las cuales se divide a su vez en otras dos, y así sucesivamente, hasta que por fin una gigantesca agrupación de células se hace perceptible al microscopio (ni siquiera de esto me sentía seguro). De todos modos, por medio de ese sistema de bipartición podía llegar a algún resultado tangible. ¿Y luego...? Tenía ya una verdadera montaña de esa especie de pompas de jabón... Perfectamente. ¿Pero, cuándo y cómo entraba la vida en ellas? Necesitaba partir de una célula que soplara el hálito vital en sus congéneres, pero tampoco sabía a ciencia cierta si ésa era una de las funciones celulares. Sólo quedaba un sistema: dar carta blanca a mi imaginación.

Me resultó bastante difícil transformarme en célula, porque estaba convencido de que mi yo existente era mucho más pequeño que una célula. Tuve, pues, que concentrarme y hacer un terrible esfuerzo para engrosar al menos un millón de veces, con el fin de convertirme en una célula microscópica. Como le había dejado las riendas sueltas a la imaginación, no tenía más remedio que aceptar sus productos: al principio fui una célula casi esférica, pero con

gran sorpresa por mi parte, ésta se dividió en dos células alargadas, que se dividieron a su vez. Entonces se me planteó un grave problema: como mi yo no podía encontrarse en varias células al mismo tiempo, tuve que escoger la que, antes de la división, prometía ser la más grande de las dos.

Al llegar a esta fase, un cambio imprevisible trastornó todos mis planes. Esperaba una nueva división, que no llegó. En lugar de ello, empecé a crecer y sentí que algo me empujaba desde atrás. ¿Tal vez una cola? ¿Era yo? ¿Podía yo...? Aún no tenía conciencia de nada circundante, ni de hallarme en ningún medio específico, ni siquiera de movimiento alguno, pero el fenómeno era lo suficientemente extraño como para asombrarme. Aunque no podía oír, ni ver, ni sentir, experimentaba un absurdo deseo de moverme, de acabarme, como si estuviera en el fin de un principio...

Todo ocurrió en un abrir y cerrar de ojos. Ella estaba allí, a mi lado. Era mi madre, la Tierra, y yo un astronauta que regresaba tras un largo viaje por el espacio. ¡Si pudiera alcanzarla! La notaba muy cerca, soberbia y esférica, y hacía desesperados esfuerzos para progresar. ¡Si consiguiera atravesar la atmósfera sin ser destruido!... ¡Sí lograra aterrizar!

¡Ya estaba! ¡La había atravesado y me encontraba nuevamente en un mundo tangible! Empecé a gritar, a aullar, a reír y... ¡a comer! ¡Tenía tanta hambre y estaba tan contento! ¡Sabía que el objeto de mis deseos me esperaba allí cerca, en alguna parte de aquella tibia oscuridad! Había perdido mí cuerpo, mi cola o mi traje de astronauta, y había vuelto a convertirme en célula o núcleo. Seguía prisionero, pero era el prisionero más feliz que puede existir en un universo recobrado. Sí, me encontraba bien en el interior del mundo, aunque llegado a él de una forma todavía inexplicable. ¡Y el objeto de mis deseos me esperaba, sí, me esperaba!

Aún no ha cantado ningún poeta cómo nos confundimos, destruimos, creamos y recreamos unos a otros. Pero he aprendido ya que nosotros somos YO y, naturalmente, que yo soy NOSOTROS..., porque nosotros recomenzamos a dividirnos en dos, pero esta vez existe una diferencia: yo he dejado de ir de una a otra célula y me he quedado en la mayor parte, en todas aquellas que son yo. Hay otras células que parecen bien dispuestas con relación a mí, pero que no son yo. Y una última experiencia sorprendente: por

primera vez después de mi... salto atrás, tengo vacíos, sí, verdaderos momentos de reposo.

Mi yo, mi alma, también ha sufrido una importante transformación. He vuelto a sentirme cerebro en igual medida que alma y en el exterior de este cerebro, que parece largo y está doblado de fuera a dentro, que es —en suma— un cerebro completamente distinto al que hace ya mucho tiempo perdí, percibo una masa, una masa sin cerebro, que es también yo.

¡Dormir! Sí, he dormido maravillosamente. ¿Un minuto o un siglo? Eso carece de importancia. Era un sueño confortable, el sueño nocturno en un paraíso teñido de púrpura y oro. Y, al despertar, me esperaba una gran sorpresa. Me he convertido en una entidad real. Tengo una cola.

Ahora ya comprendo. Se ha realizado un verdadero prodigio, un milagro de la imaginación, superior a la construcción de la presa y del paquebote. Sin poseer los necesarios conocimientos científicos, he conseguido imaginar la vida y, al imaginarla, he recobrado el sueño. Sí, he hecho de mí un embrión imaginario y sé que esta masa tibia en el exterior de mi enorme cerebro es un corazón dispuesto a vivir y sé también que debo habilitar un procedimiento para meterlo dentro de mí. ¿Soy un polluelo en un huevo, o un ternero en potencia o tal vez un extraordinario caballo que va a ganar millones? Sea lo que fuere, viviré con plenitud la vida que me corresponda. ¿Y después? Después ya sé el camino y podré convertirme fácilmente en otro animal.

¡Qué éxito! ¡Maravilloso! Me crean o no, soy un bebé. Un crío. Yo he empezado a dar patadas, porque me encuentro, sin duda, en el quinto mes. ¡Pero qué extraordinario sueño he recobrado! jamás, durante mi anterior vida humana, había dormido tan bien.

El instante se aproxima. Ya sólo es cuestión de minutos. He sentido un gran miedo cuando el líquido cálido que me rodeaba, se ha derramado bruscamente, dejándome envuelto por una carne tensa. No se me ocurre mejor comparación que ésta: imagínense un hombre en un submarino que de pronto se derrite. Mi única esperanza consiste en abrirme camino, por todos los medios, hacia la superficie.

Hace ya un buen rato que lucho, que me desvanezco, que me dejo ganar por el sueño... ¡Dios mío! ¡Qué largo es este túnel... un

túnel que se pega a uno, que lo sujeta y lo aplasta! Ahora sé porqué tantas personas tienen terribles pesadillas en las cuales se ven luchar ante grietas inmensas, al pie de grandes acantilados y de murallas, o encerradas en túneles demasiado estrechos para ellas.

¡Oh, esta banda de acero alrededor de mi cabeza! ¡Los fórceps, sin lugar a dudas! ¡Eh! ¡Cuidado con mi oreja! ¡Mi oreja! ¡Qué estrépito! ¡Qué infernal estrépito! Y este frío glacial... ¡He salido! Mis ojos todavía no ven, pero mi yo se imagina perfectamente la escena. Una clínica de primera categoría, aun más lujosa que la otra... Sí, la que presencié mi muerte. Guantes, médicos enmascarados, cirujanos, enfermeras... ¡Todo un espectáculo! Pero no me hace mucha gracia su forma de manejarme en todos los sentidos. Parece que les divierte cogerme por los talones y lanzarme como una bala.

¡Ya está! Me han vestido y me han trasladado a una habitación llena de flores. No está mal esa chavala de la cama. ¡Si es mi madre! ¡Dios mío! Se trata de una verdadera belleza. ¿Y ese tipo demasiado grande, con un horroroso bigote, que me mira frunciendo las cejas? ¡No, no puede ser! ¡Mi padre! Es un embustero, un abominable embustero. Seguro que jamás le ha puesto la vista encima a nada tan feo como yo y, a pesar de ello, se vuelve y llora, besando a la señora de la cama y diciéndole que soy muy guapo.

Ahora que ya sé cómo se hace, voy a vivir otras vidas. El sueño, el olvido total que da el sueño, bien vale la pena. Tal vez sólo es, después de todo, un procedimiento para conseguir el olvido... No, me estoy haciendo un lío... El sueño, el sueño maravilloso.

«...— y hemos decidido llamarle Edouard, como su abuelo. Sólo tiene cinco días, pero tiene un aspecto magnífico. Hasta esta mañana, no sé por qué razón, su cráneo y su cara parecían las de un viejo muy pequeñito. Pero hoy, de golpe, se ha convertido en un hermoso bebé.

»Besos para todos.

»Peggy.»

Notas

[1] Asociación de Jóvenes Cristianos. < <

[2] En español en el original. (*N. del T.*) < <